

ADA K. SOLER

LA MAGIA DEL CAZADOR *de cisnes*

Era capaz de hacerme conectar
como mi propio yo, para que
aceptara el modo más hosco
de mi universo.



Dark desire

LA MAGIA
DEL
CAZADOR
de cisnes

Dark desire

ADA K. SOLER

«El placer de la caza es el placer de la espera»
Joseph Antoine René Joubert

ISBN: 9798329641509

Sello: *Independently published*

Título original: La magia del cazador de cisnes

Ada K. Soler

Copyright ©2024, Jannys Sorel Hernández Reyes

Fecha de edición: agosto 2024

Corrección: Elisa Mayo

Maquetación: Ada K. Soler

Imágenes de la portada: *Esta portada ha sido diseñada usando imágenes de Freepik y de la IA . “Imagen de la maqueta Freepik”.*

Diseño de la portada: Ada K. Soler

www.adaksoler.com/pagina

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes y hechos retratados en este libro son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Para ti, que descubres nuevas historias en los libros.

Los que te hacen volar.

Con cada página que exploras.

Con cada sonrisa que dibujas.

Con cada enojo que sientes.

Con cada suspense que vives.

En cada sublime ficción...

*Para ti, que te sumerges en la magia de un
mundo imaginario en lo más recóndito de tu mente.*

Contenido

[Nota de la autora](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA](#)

Nota de la autora

Al iniciar la lectura de este libro, te recomiendo que vayas a mi Instagram o a YouTube, allí podrás ver algunas fotos para que te hagas una idea de lo que es la isla de Malta. Después te acompañaré en este viaje a través de esta historia, y de mis personajes; viviremos juntos cada rincón de esta maravillosa, magnífica y exótica ciudad. Pero con cuidado, el cazador podría ser quien menos esperas.

Introducción

Antes de empezar, me gustaría hablar un poco de Malta. Espero que esta introducción sea una fuente considerable para saber que en medio del Mediterráneo existe una porción de tierra exótica desde sus cuatro puntos cardinales, colonia inglesa declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Una isla monocromática y espectacular, a mi parecer. Es de estilo barroco y en sus calles se percibe una armoniosa arquitectura que se enlaza para dar un toque único a la forma maltesa. El color ocre de la arenisca se puede observar en sus muros y en sus hendidias. El moho que decora cada pliegue de sus paredes embellece las angostas callejuelas y se mezcla con un olor a ajo y cebolla, característico de la alta cocina de esta acogedora isla. La capital fue construida sobre una enorme fortaleza con el propósito de defenderse de los ataques en el siglo XVI. Su fundador, Jean Parisot de La Valette, fue quien dio la orden para su construcción a los grandes caballeros. Ese es el motivo por el cual se le dio el nombre a la ciudad: La Valeta.

Capítulo 1

La primavera comenzaba a brotar. En la zona portuaria de Pozzallo, Ragusa–Sicilia (Italia), el salitre se filtraba por las fosas nasales de cada ser humano. Una multitud de personas se abría paso a la espera de abordar el barco que iba a Malta, mientras en las aguas del puerto, las embarcaciones se movían al compás del viento. Unos minutos más tarde la nave despegó. Se escuchaba los murmullos de las personas que conversaban en dialecto. Algunos niños jugaban con los teléfonos móviles de sus padres y otros leían.

«Estoy sentada en este barco que atraviesa el Mediterráneo. Mi estado anímico empeora con el vaivén de las ondas y el mal tiempo. Supe que habían hallado muerta a mi amiga con un cisne pintado en la barriga. Llevo cuarenta y cinco minutos y todavía falta una hora para llegar y me acompaña un dolor de cabeza. Tengo el estómago revuelto de pensar en la crueldad que Concetta tuvo que vivir. ¿Cómo se puede matar a una persona inocente por gusto? ¿Qué sería lo que había hecho? ¿Cómo fue a dar con ese patán, con pe mayúscula? —Se tocó la nariz porque el muchacho contiguo a su asiento apestaba de una manera desorbitada. Parecía un jipi, un vagabundo. Soltó un largo suspiro, lo miró con apatía y reflexionó—: Este chico debe de llevar más de una semana que no ve una gota de agua en su cuerpo. Si continúo a su lado, voy a marearme». Ambra se levantó, tomó su bolso de mano y se alejó con suma cautela al asiento del otro lado de la fila, dentro del barco. «¡Mucho mejor!», exclamó. Se puso a mirar las fotos de su amiga y una simulada y triste sonrisa afloró en su boca.

Habían pasado dos horas desde su llegada a la isla y se encontraba delante de la entrada monumental del cementerio neogótico, Addolorata. Apoyó la valija y se colocó un velo oscuro en la cabeza que hacía juego con sus gafas de sol. Ambra estaba indecisa en si entrar o no, pues tenía que encontrar las fuerzas para enfrentar aquel sentimiento doloroso que oprimía su pecho por la pérdida de su amiga. Las campanas anunciaban las doce del mediodía con un tintineo que se propagaba por el aire. El sonido hacía eco en sus tímpanos y un reflejo de luz solar calentaba su oreja izquierda.

Se quedó...

Impresionada.

Atontada.

Nerviosa.

Entró en el cementerio con precaución. Aunque había visitado la isla con anterioridad, nunca había pensado en conocerlo. El extraordinario estilo neogótico hacía conjunto con las lápidas y las capillas, el polvo incrustado que revestía sus muros daba un toque esencial de ancianidad del pesadoso lugar. Un cactus de tuna mostraba su esplendor, en sus ramas, algunas hojas tenían incisos con nombres incomprensibles, otras con cruces.

Lamentaba no haber podido asistir a su funeral, a causa de que estaba ocupada con su trabajo. Fue imposible liberarse.

El día que recibió la noticia sintió su corazón desvanecer y caer en un orificio profundo. Recibió una llamada que la desconcertó. En ese momento, Ambra hablaba con su jefe, pero contestó porque en la pantalla de su móvil aparecía un número extraño con el prefijo de Malta.

—*Ciao, sono Rose, la vicina di Concetta, sei Ambra?* —Prestó atención en cómo la

señora, con voz sobresaltada y con acento inglés, decía que era la vecina de su amiga. De súbito, se alarmó y percibió una gota de sudor recorrer su axila.

—Sí, sí, soy yo, ¿qué ha pasado? —respondió.

—Han encontrado muerta a Concetta en su apartamento. Te llamo para que vayas a casa de sus padres y les des la noticia, aunque creo que los agentes se encargarán de ello.

Ella tenía su número, porque Concetta se lo había facilitado en caso de emergencias.

—Por Dios, ¿qué oigo! ¿Cómo ha sido? —interrogó Ambra sorprendida.

—Cuando escuché que echaban la puerta abajo, acerqué el ojo a la mirilla, entonces vi que era la policía; había pasado algo grave.

—¿Qué me dices...?

—La encontraron dos días después de su muerte —susurró Rose con voz flébil.

—¿Cómo es posible? ¿Quién dio la alarma?

—Al parecer, fue alguien de su trabajo. El cuerpo yacía en lencería sobre el sofá, inmóvil y con un cisne en la panza.

—¿Un *cisne*? —Ambra tomó asiento con la mano en el pecho, percibía que la información que había recibido le causaría un infarto.

—Yo fui la primera que entré y logré verla, tenía una nota que decía: «Bienvenida a mi mundo». Cuando los policías se dieron cuenta de que estaba dentro, me sacaron de inmediato.

—¿Qué significa eso? —A Ambra le pareció extraño que ella dijera que fuera la primera, porque antes había dicho otra cosa.

—Escuché a uno de los polis musitar que el homicida había dejado su marca y que había vuelto a actuar.

—Entonces, es un asesino en serie y es consciente de sus acciones —declaró asustada.

—Creo que sí. Luego, la forense se la llevó para examinar el cuerpo.

Una voz afable y varonil la trajo de vuelta a la realidad de un sobresalto. Acomodó sus gafas, que había bajado un poco en el hueso de la nariz.

—Hemos coincidido con la flor. —Un hombre la sorprendió por detrás. Su expresión era triste. De súbito, Ambra se percató de una imperfección: su labio inferior estaba medio torcido.

—¡Ah, la flor negra! —replicó abatida, al levantar con ligereza el capullo.

—Has tenido el mismo gusto que yo.

—No tengo el gusto que usted tiene, pero las flores frescas estaban marchitas.

—Estamos en sintonía, pensé igual que tú. Tutéame, por favor, que me siento viejo cuando me tratan de usted. Soy Gianluca. —Él notó su reticencia y su tristeza, era inoportuno conocerse en un cementerio, en medio de unos espectadores bastante callados.

—¿Quién eres? —Ambra lo observó. Vestía un traje con corbata, ladeó su cabeza y en silencio miraba la lápida con la foto de su amiga. Era la tumba de familia, leyó el nombre de sus abuelos. Con los ojos lúcidos a través de sus gafas, advertía que aquel hombre tenía poco deseo de dejarla sola. La examinaba con parsimonia, en búsqueda de una sonrisa por su parte.

—Un amigo de Concetta —respondió sosegado. Captó que ella ni siquiera se movió a su lado—. No pude venir a su sepelio y lo lamenté mucho, porque era una magnífica muchacha, siempre disponible, alegre, simpática... Puedo decir que una gran amiga.

—¿Cómo supiste que había muerto? —interrogó.

—Salió en los medios de comunicación. Hace una semana que hablan del asesinato de la chica que encontraron muerta. Después me acerqué a su casa, la vecina me dio alguna información de donde la habían enterrado.

Había estado tan ajetreada esos días, que se le escapó buscar en internet alguna noticia

que concerniera al caso. Pero nunca pensó que los medios de comunicación lo transmitirían, lo que se suponía que era grave.

—La vecina es una mujer amable —replicó Ambra, en tono apático, con la vista fija en la lápida.

—Lo es. Es un ser humano razonable con buena personalidad. También lamenta la pérdida —destacó cauteloso.

—La conocí una vez que fui a llevar a Concetta a su casa. Regresaba de la farmacia, y esperaba fuera por un mueble que le traían de la tienda —enfaticó Ambra, con desaliento.

—Parece que es un poco cotilla —ironizó.

Ambra encontró su comentario inoportuno, en el contexto en que estaban. Se agachó para tocar la lápida y que Concetta sintiera su presencia. Pero lo que advirtió fue la de Gianluca, que imitaba sus mismos gestos. Asumía por su cara que la muerte de la amiga lo había tocado mucho.

Por su semblante de tristeza.

De desconcierto.

La respuesta fue el silencio. La figura del espécimen turbaba su quietud. Se levantó con cuidado, anhelaba un poco de intimidad con la difunta. Él tomó una tarjeta del bolsillo de un restaurante que le habían dado. Y, con su bolígrafo Montblanc, escribió «Gianluca Di Pietro» y el número de su móvil. Lo sostuvo en dos dedos a fin de que ella la agarrase, como Ambra no hizo ningún gesto, la dejó caer dentro de su bolso.

Ella se alejó sin despedirse. Una lágrima recorrió sus mejillas pintadas de coral en su cara bronceada. Forzosamente, zanjó la conversación que había comenzado, siendo él tan hablador. Sintió sus pasos a su espalda. Ambra metió la mano en el bolso, sacó el pedacito de cartón y lo leyó. Tenía hambre, sus tripas ronroneaban sin parar; se aventuraría a probar la cocina en un restaurante típico de La Valeta. Sin pensarlo, dejó atrás el cementerio y se dirigió hacia la parada del autobús. Mientras esperaba, avistó un coche que pasaba con lentitud y miró con el propósito de percatarse de quién era; percibió que tenía el vidrio del copiloto bajado y los otros subidos y polarizados. Sin embargo, sus pupilas chocaron con las de Gianluca. Su mirada fue como un imán, no pudo despegarse hasta que desapareció en la lejanía.

El autobús arribó. Ambra subió y eligió el asiento detrás del conductor. Aunque se sentía desalentada, se deleitó con el trayecto.

La muerte de su amiga había perturbado a Ambra. Ese día, en un lugar tan inhóspito, encontró a un hombre y su elocuencia le pareció inapropiada.

Capítulo 2

Ambra caminó con parsimonia hasta llegar a *Waterfrom*. En ese momento, se quitó la bufanda y abrió su chaqueta para que los rayos del sol calentaran su cuerpo. Dejó de pensar en su amiga y se nutrió de la tranquilidad que proporcionaba el lugar. Contempló cómo los restaurantes tenían un nivel homogéneo, con su característico color arenisca, que embellecía cada parte individual. De repente, su nariz se inundó de los diferentes olores que expelían las cocinas, pero había uno más predominante por el aroma a ajo. Era difícil detectar cuál era el local que emanaba el perfume. Había un poco de viento, al igual que en Ragusa. Optó por sentarse en una de las mesas del *Hard Rock* que ofrecía la vista al puerto. A pesar de su antojo por las pitanzas típicas, pensó que las probaría más adelante. Ambra indicó al camarero con acento indiano que deseaba sentarse a la sombra. Él aceptó con elegancia y, tras posar el menú sobre la mesa, se retiró. Ella captó que fue a recibir a otros turistas que esperaban ser atendidos.

Mientras leía, un pensamiento fugaz pasó por su mente. Extrajo de su bolso una pequeña libreta de apuntes. Escribió algunas preguntas y dudas. Había pensado que pasaría después por la pensión donde se iba a hospedar y, luego iría al apartamento donde vivía su amiga y aprovecharía para hablar con la vecina que la había llamado. Con el ceño fruncido, su cabeza vagaba sin rumbo fijo, se aisló del mundo terrenal. El homicidio la dejó desconcertada, aceptaba con gran dificultad que Concetta ya no estaba. A pesar de que no derramaba lágrimas, escuchaba su voz suplicando ayuda en aquel momento. Su cerebro se enfrentaba a esa secuela emocional porque aún no aceptaba la idea de la partida de su amiga. Tal vez, con el paso de los días, disminuiría ese incomprensible dolor.

Debía transcurrir un poco de tiempo a fin de poder restablecer su estado psíquico.

Se sintió acompañada por las fotos en su móvil.

Le quedaba armarse de valor y superarlo. Tomó el bloc de notas que había apoyado sobre la mesa y redactó: «Preguntar el número de teléfono de amigos a los familiares». Reflexionó sobre lo triste que era perder a una hija y que en esos días ellos podrían necesitar compañía y consuelo. Estarían desesperados por encontrar al criminal que acabó con la vida de su hija.

El camarero se acercó con sonrisa afable.

La música *rock* sonaba por los altavoces.

—¿Deseas pedir? —interrogó al fijar sus ojos.

—Sí. Una hamburguesa clásica con patatas fritas y una Coca-Cola. —Ambra observó que el chico asentía con la cabeza y no escribía la orden en ninguna libreta, ni en el teléfono propio para tomar la comanda. La memorizó en su mente.

—Gracias —replicó. Empuñó el menú y se dio la vuelta.

Antes de marchar, Ambra lo hizo retroceder con una curiosidad que le surgió:

—¿De dónde vienes? —preguntó con confianza, en un intento de que él dejara a un lado la timidez. Necesitaba hablar, acercarse a alguien y sentirse en compañía. Y, de igual forma, evitar pensar en Concetta.

—Soy de origen indiano, pero nací en Londres —contestó al cruzar las manos delante de la cintura.

—Es un país maravilloso. —Notó vergüenza en su forma, también en cómo se había

dirigido a ella.

—Ya. Lo único es que llueve a menudo.

—Es su característica. —Captó una mueca de aprobación—. ¿Has escuchado algo del asesinato cometido por el Cazador de cisnes?

—Las noticias hablan de ello a todas horas —articuló mientras daba toques con el menú en sus palmas.

—¿Crees que lo encontrarán?

—¿Al asesino? ¡Bah! Quien sea actúa muy bien. Será difícil que den con él. —Hizo una seña con un ligero movimiento a uno de sus compañeros.

Un reflejo pasó por la memoria de la chica y recordó a su exjefe que un día le dijo: «En la mayoría de los casos, el culpable se acerca al lugar de los hechos o visita el sitio donde fue enterrada la víctima, con el objetivo de evaluar la situación para actuar de consecuencia». Deseaba ver su cara, al menos, de lejos.

—Es una investigación compleja. —Miró a su alrededor—. Considero que las autoridades deben poner diversas estrategias en marcha para lograr su captura.

—Así es, ese tipo de sujeto es desconfiado. Además, hace años que actúa y nunca lo han atrapado. Prácticamente, se ríe en la cara de los agentes.

—Pero ¿sabes una cosa? Hay una expresión que dice: nada dura para siempre. Algún día cometerá un error.

—Todos lo esperamos. Sin embargo, esa clase de individuo se puede llamar «genio», tiene el don de burlarse de quien sea.

—Sopeso que es un demente. Lo hace porque siente placer al quitar la vida a las chicas, también para mofarse de la policía y de los detectives o como alimento a su egocentrismo.

—Ya.

—Quién sabe de qué calaña es y cómo vive...

El muchacho se retiró. De inmediato, Ambra sacó una fotografía a su espalda; capturó sus movimientos y gestos. En lo que guardaba la foto, caviló: «Algún día el Cazador nadará a contracorriente, nadie es perfecto, por lo que la comisaría no puede dejar de investigar, son muchas mujeres asesinadas sin dar con el culpable. ¿Qué tipo de sujeto será?».

«Mmm, ¿recordará el pedido...?», meditó al percibir que la mayoría de las mesas estaban ocupadas. Comenzó a observar a los clientes con detenimiento. Después de que una pareja notara su insistencia, se puso sus gafas para disimular. Percibía cierta curiosidad, tuvo que desviar la mirada con el propósito de que no creyeran que hacía algo extraño. Se deleitó con una familia que parecía perfecta, tenían dos mellizos. La felicidad se reflejaba en sus rostros mientras alimentaban a los niños; uno de ellos tenía una rabieta, no por comer, sino porque quería el móvil de su madre. Ambra sonrió al apreciar cómo llamaba la atención. Por una parte, la mamá ponía reticencia; por el otro lado, el pequeño fruncía el ceño y cruzaba sus bracitos. Lo dejó de hacer cuando su padre lo reprendió con ojos fulminantes. De súbito obedeció. Frente a ellos, había un grupo de chicas que parecía celebrar un cumpleaños, el cotilleo se escuchaba hasta en la terraza del restaurante contiguo. Se notaba que disfrutaban del momento. Se hacían selfis, se abrazaban, charlaban, sonreían...

Recordó el día en que conoció a su amiga, participaba en una gira que impartía por toda la isla. Fue una semana fantástica; intimaron sin reparo. Ambra descubrió que ella era de la misma ciudad donde residía en Sicilia. Concetta le contó que vivía en la casa de su abuela, y sus padres estaban en Ragusa y que habían emigrado cuando eran adolescentes. Esa tarde, después de terminar su jornada laboral, se fueron a disfrutar de un aperitivo. Tras anécdotas y risas, el

reloj marcó las diez de la noche. Se intercambiaron sus números telefónicos para mantenerse en contacto. Cada vez que en Italia había varios días de fiesta, Ambra solía visitarla o viceversa.

Sentía que tenía una responsabilidad con su amiga. Encontraría al responsable de su muerte, sin comprender que podría meterse en la boca del lobo.

Capítulo 3

Ambra había llegado a la calle donde vivía su amiga y se detuvo a dos esquinas debido a que el autobús no pasaba frente a la casa de la vecina de Concetta. Caminaba con fatiga por la pendiente de la vía que, para su gusto, era bastante acentuada. La acera tenía una escalinata hasta terminar el cruce. Al otro lado, había una hilera de coches. El edificio disponía de ventanas de bahía. Las casas eran contiguas, sin espacio entre ellas. Respetaban su altura, con un mismo nivel y techos planos. La arquitectura barroca embellecía cada callejuela, las plazas, y los monumentos hacían que la ciudad fuese admirable en la isla.

—*Who is it?* ^[1]—contestó Rose con acento inglés por el interfono, al limpiarse la mano con el delantal mientras prestaba atención.

—Buenas tardes —enunció Ambra—, soy la amiga de la difunta Concetta, me agradecería hablar contigo.

La señora presionó el botón para encender la pantalla y que se activara de nuevo.

—Disculpa, no te he entendido. ¿Quién es? —repitió. Al parecer, el aparato se había apagado en el momento en que dijo su nombre.

—Ambra, la chica a la que llamaste días atrás.

—Ah, ¿qué deseas?

—Necesito intercambiar algunas palabras. ¿Puedes abrir?

—Con mucho gusto, chiquilla.

Ambra empujó la puerta, que chirrió con el movimiento. Subió la escalera, el apartamento quedaba en el segundo piso, delante del de la difunta. El ruido de sus botas resonaba en cada escalón que subía. Al llegar al último, bajó el ritmo. Con una sonrisa triste, la miró. Rose caminó hacia ella y la abrazó con fuerza, se conmovió al compartir consuelo en ese momento emotivo.

—¡Lo siento, Rose! —dijo. Se alejó tras limpiar sus lágrimas.

—Concetta era la única persona que tenía cerca, la que se preocupaba por mí. A menudo, la invitaba a comer cuando estaba libre. Íbamos al mercado. Era un amor de chica... —contó la mujer, cogió un pañuelo de papel y secó su nariz.

—Lo sé.

—Ven, entra.

—Gracias. —Ambra accedió a su apartamento.

Dos gatos corrieron a recibirlas con sus maullidos. Los acarició, sus ronroneos fueron la demostración de ser bienvenida a la casa. Dio otros pasos y se topó con un *cocker*. El perro fijó su vista. Ella se detuvo a la espera de que él reaccionara sin comprender, ya que la miraba de un modo incierto. No sabía si la atacaría o la saludaría. Aguardó ansiosa a la reacción de la dueña ante lo que sucedía.

Ambra se quedó a la expectativa.

A que la señora le diera una señal con el fin de obedecer.

Rose tronó los dedos en dirección al perro.

—Duke, tienes que dar la bienvenida a la visita. —Él movió la cola y fue a recibir sus caricias—. Discúlpalo, es desconfiado con las personas nuevas.

El animal avanzó hacia a Ambra, que pronunció:

—Hola, Duke. Ahhh, te gusta que te rasquen las orejas, ¿cierto? —El perro colocó la parte posterior para que se la masajeara. Ella lo intuyó y, rápido, lo hizo. Él se movió como si estuviera caminando.

—¿Te ofrezco un café?

—Con placer —respondió.

—Siéntete en tu casa, chiquilla.

La señora fue a la cocinita, empuñó la cafetera y comenzó a prepararlo.

—Gracias por tu gentileza —agradeció con amabilidad en tono triste.

—¿Llegaste hoy? —interrogó, al encender el hornillo.

—Esta mañana. —Ambra se quitó la chaqueta y la apoyó en el respaldo de la silla, junto a su bolso. Vio a Rose apoyar sobre la mesa una bandeja con dos tazas a la espera de que el café estuviera listo. Captó que la ventana miradora estaba llena de flores de distintas variedades—. ¿Puedo ver sus plantas?

—Claro.

Se levantó con calma; apreció el buen gusto de Rose, se notaba que las trataba con delicadeza. Ahí permaneció varios minutos, hasta que advirtió la presencia de alguien a su espalda. Pensaba que era la mujer, pero se equivocó, puesto que el perro la miraba con ahínco. Se quedó quieta hasta que escuchó:

—El café está listo. Duke, deja a la muchacha tranquila. —El animal se movió con la intención de ceder el paso—. ¿Azúcar?

—No, gracias —repuso Ambra.

—Por lo que más quieras, ¿cómo puede esta juventud tomarlo sin azúcar? Eso es para personas mayores con diabetes. —Rose endulzó el líquido con dos cucharaditas.

—Es cierto. —Sacó su libreta donde había escrito las preguntas y leyó—: ¿Ha sabido algo sobre la investigación?

—Nada, chiquilla, esas personas dan poca información. —Agarró una galleta que había puesto sobre la mesa y la humedeció en la bebida—. Ya sabes cómo son los detectives.

—Ya. Antes de encontrar a Concetta, ¿oíste algún sonido en la madrugada? —Ambra notó su contradicción porque ella retenía quien fue la que la halló y no los polis. Cuando la llamó dijo que había escuchado a los polis echar abajo la puerta.

—No, la noche anterior había salido bien cambiadita —confesó al masticar y deglutir el pedazo que se había llevado a la boca.

—¿Cómo tienes conocimiento de ello? —indagó al pegar sus labios a la taza.

La señora movió el platillo para que cogiera una galleta, pero Ambra le hizo entender que no quería con un gesto de la mano. Porque todavía estaba saciada a causa de la hamburguesa que había comido en el almuerzo.

—Vicheé por la mirilla de la puerta.

«La mujer es una cotilla. Al vivir sola, está al tanto de todo», pensó.

—¿Te diste cuenta de a qué hora regresó?

—No, mi chiquilla, después de tomar mis pastillas antes de dormir, no escucho ni los fuegos artificiales, aunque exploten justo enfrente. —Con su cara, señaló en dirección a la ventana.

—Tienes el sueño pesado —repuso con entusiasmo, con la esperanza de que dijera la verdad al mínimo detalle en la siguiente pregunta—. ¿Qué hiciste al levantarte?

—A las nueve de la mañana anterior, habíamos acordado tomarnos el té juntas. Después

dijo que iría al banco, y que por la tarde trabajaba.

—¿Y...?

—Toqué el timbre tres veces seguidas, como siempre hacíamos para identificarnos, lo hice una y otra vez. Al final, pensé que quizás había salido y lo dejé pasar.

«La mujer está mintiendo», pensó.

—¿A qué hora volvió a llamar? Porque fuiste quien la halló, ¿cierto? —Ambra estaba atenta a su comentario. Albergaba la esperanza de encontrar alguna pista al ser ella la que presencié todo y dio la alarma. Su comentario sería de gran ayuda.

—Sí. —Ambra recordó lo que había dicho por el teléfono—. Antes de las doce... Lo habitual era que, si surgía una eventualidad a nuestros encuentros, mandábamos un mensaje o nos llamábamos. Te repito, toqué en diferentes momentos sin obtener respuesta.

—Imagino tu preocupación.

—Ay, chiquilla. Tuve una corazonada, me puse nerviosa... Busqué la llave que me había dado para las emergencias. Ella tenía la mía, yo guardaba la suya. —La señora sorbió su última gota de café. Se captaba que mentía.

Ambra aguardó a que inhalara un poco de aire y asimilara el instante en que revivió aquel inhóspito episodio. También se llevó la taza a la boca, sus ojos se pusieron lúcidos. Había algo sospechoso en lo que decía, quizás era por los nervios o por recordar ese momento. Se alertó al pensar que aquello no concordaba con lo que le había contado en la conversación de móvil.

Los motivos podrían ser:

Primero: Rose, preocupada, había entrado y, al encontrarla muerta, se asustó y dio la alarma en anonimato.

Segundo: como era una persona chismosa, oyó a los oficiales derribar la puerta. Al salir, como todavía no habían tirado el pedazo de madera, preguntó qué estaba sucediendo y, al recibir la respuesta, dijo que era su vecina y la conocía, por lo que buscó la llave.

—Fue desagradable lo que viste.

—Chiquilla, chiquilla... —Dos lágrimas salieron sin poder impedirlo—. Nunca en mi vida había presenciado una escena tan espeluznante. Mucho más, cuando se trata de una persona que se quiere como si fuera tu propia hija. Concetta reposaba, ahorcada, en el sofá, en ropa íntima y con un cisne pintado en el vientre.

«¿Su asesino la conocía?», pensó.

—En lo que estuviste allí, ¿viste algo fuera de lugar? —Guardó silencio por varios segundos. Luego vio que tenía subrayada la palabra «lazo» en el bloc de notas.

—No.

—¿Ni el lazo con el que fue estrangulada? —Ambra se sintió estupefacta por su contestación.

—Nada. De inmediato, marqué a la policía.

—¿De qué color era el cisne?

—Rojo, pintado con una barra de labios —contestó la mujer. Lanzó un pedazo de galleta a Duke. Este la atrapó al vuelo.

—Rose, ¿recuerdas la nota que mencionaste que habías encontrado?

—Sí.

—¿Tomaste una foto de ella, por si acaso? —Ambra asentía, pero cayó en cuenta de que los sucesos eran extraños.

—Ay, yo no tenía la mente para esas cosas. Estaba al borde de un colapso —replicó. La señora acariciaba la cara de su perro y le pasaba más pedazos de galletas.

—Entiendo. —La observó con parsimonia—. No quiero que sufras.

—Cómo voy a seguir viviendo aquí, si cada vez que abro la puerta para salir, la veo. Oigo su voz que me llama.

—Hay que darle tiempo al tiempo. —Ambra la consoló—. Lo que ha ocurrido está muy fresco.

—Eso es lo que dice el refrán...

—¿Has visto a los familiares?

—Sí, están en la isla —respondió Rose, desalentada por la tristeza que afloraba en su rostro.

—¿Has hablado con ellos? —inquirió Ambra, necesitaba esa información.

—Sí, se han hospedado en un hotel porque el apartamento está bajo supervisión —declaró de forma casi inaudible.

—Luego, los voy a contactar. Con la semana que he tenido, ni siquiera he vuelto a llamar.

—Están pasando un duro momento.

—La poli estaba en su casa cuando fui. Al parecer, los oficiales de Malta contactaron con ellos. No sé, pero es cierto que sus caras decían lo que en ese momento sentían.

Después de dos horas de conversación, Ambra se retiró con la mente dudosa. La señora había contado un pedazo de la historia, notó incongruencia en su discurso. Primero decía una versión y luego, cuando se lo repetía en una pregunta diferente, cambiaba. Estaba segura de que la anciana sabía más de lo que le había contado.

Capítulo 4

Antes de entrar en la comisaría, Ambra llamó a su madre para informarla de que había llegado bien. La notó preocupada al otro lado de la línea, pero la tranquilizó. Mientras cerraba la conversación, leyó el letrero que presentaba el edificio: *Police*; la edificación estaba compuesta por dos niveles, enfrente había una hilera de pinos que lo adornaba. Allí dentro explicó a la muchacha de recepción que necesitaba conversar con el detective Damiano, el que se encargaba del caso del Cazador de cisnes. De súbito, la chica agrandó los ojos y transfirió lo que Ambra había dicho. En tanto que esperaba, la acomodó en la parte derecha de la estancia para atender a otras personas.

—Señorita Ambra —pronunció un caballero mientras la observaba. La secretaria había referido su nombre por el teléfono.

—Sí —respondió con seriedad.

—Acompañeme.

—De acuerdo. —Ambra siguió sus pasos hasta llegar a un cuarto. Examinó el lugar, parecía una sala de interrogatorios, por la apariencia tosca. Captó que el hombre hizo una señal con la mano. Y ella haló una silla de metal y se sentó.

—Me han informado de que usted necesita dialogar acerca del caso que se lleva a cabo desde hace años.

—Sí. —Apreció un poco de nerviosismo por cómo el señor, con voz ronca, lo había mencionado.

—¿Quién es usted?

—Soy Ambra, una amiga de Concetta, la última chica que ustedes encontraron muerta.

El detective la examinó con intensidad.

—¿Tiene alguna información con relación a ella? —interrogó.

—No, me gustaría tenerla y ayudar en la investigación.

—Ah, me pareció verla en el sepelio.

—No, fue imposible asistir al funeral porque trabajaba ese día. Cuando recibí la noticia se me complicó estar aquí —explicó Ambra con amargura. Rememoró que en ese preciso momento casi terminaba un trabajo junto a su jefe.

—¿De dónde eres?

—Sicilia.

—Somos casi compaisanos, yo soy nativo de Cerdeña, pero me crie aquí. ¿Recuerda la última vez que la vio?

—La vi en Navidad. —El interrogatorio comenzó. Ambra esperaba una charla más fluida; para ello, tenía que llevar esa conversación en un tono más familiar, a fin de poder hablar con soltura.

—En su diálogo, ¿vio o escuchó cualquier comportamiento inusual en ella? —preguntó el detective, al escrutar cada movimiento que Ambra realizaba.

—No. Ni siquiera sabía de su novio —manifestó con el propósito de obtener alguna información de su parte.

—No fue su «novio» quien la dejó sin vida —comunicó el señor. Con los codos puestos

en la mesa de metal, entrelazó sus manos y se acercó con su torso.

—Entonces, ¿quién fue? —inquirió extrañada, esperaba haber escuchado mal.

Él soltó una risita sospechosa.

—Indagamos en ello. —Se tronó los dedos.

—Por lo que sé y he escuchado, no es la primera vez que pasa.

Lo que incomodaba al detective era que todavía no habían podido detenerlo. Cada vez que aparecía un cadáver de mujer y tenía relación con el mismo asesino, se sentía perdido. Desde su punto de vista, siempre se esforzaba al máximo, pero nunca lograba encontrarlo.

—Así es. —Su subconsciente estaba lleno de cólera, porque sabía que mientras pasaban los días las investigaciones se enfriaban.

—Llevan mucho tiempo con este caso —manifestó ella.

—Ya. Es lamentable que no demos con él.

—Quizás estén buscando en el lugar o al sujeto equivocado —declaró Ambra sin tapujos.

Le importaba un comino lo que pensara, solo veía a un hombre pasible y sin ganas. La actitud y el carácter que mostraba parecían formar parte de su personalidad. Ambra era consciente de que se requería tener la astucia necesaria para atrapar a alguien que se escondía bien y sobre todo ir siempre un paso por delante.

Por lo que percibía, el detective se encontraba muy lejos del asesino. Le entraron ganas de zarandearlo por las orejas con el propósito de que espabilara.

Él mostró apacibilidad.

Ella captó su rabia.

Ambra miró hacia arriba, había una luz que fallaba porque pestañeaba sin parar. Notó que el hombre la miraba con curiosidad; había dado en el mismo centro, aunque lo sospechaba. Por ello, cada vez, las detenciones del supuesto asesino eran menos frecuentes en la isla.

—Hacemos la investigación a 360 grados, sin importar el rango de las personas —indicó el detective Damiano.

—A mi entender, el Cazador se ríe de usted sin ningún tipo de consideración. —Eso era un golpe a su ego como profesional, y ella lo sabía.

—Esta conversación ha tomado otro rumbo, es usted quien debe hablarme de la relación de amistad con su amiga. —Con los dedos, hizo señas de comillas con el fin de resaltar la palabra *amistad*.

Sus pupilas decían muchas cosas. Ambra percibió su estado; su presencia lo fastidiaba al mencionar los errores que cometían porque su equipo carecía de evidencias para atrapar al patán que se burlaba de ellos. Las pruebas que recogían nunca llevaban a una solución. Lo único cierto era que las notas podrían ser iguales, con el mismo papel, el mismo bolígrafo, la misma caligrafía. Por consiguiente, deseó preguntar si lo había pensado. Observó su mal humor, entonces desistió en hacerlo.

Ambra advirtió que las gotas de agua que chocaban en el cristal de la ventana eran gruesas, como si fuera a caer granizo. No le dio importancia y retomó el tema.

—Concetta era una buena chica, amaba su trabajo... —Permaneció pensativa a la expectativa de que Damiano se relajara.

—Señorita...

—¿Y si su asesino es un turista? —Ambra sacaba las infinitas ideas que pasaban por su cabeza, anhelaba ser de ayuda, con el objetivo de que la muerte de su amiga no quedase impune.

—¡Es absurdo! —exclamó con incredulidad.

—¿Por qué?

—Porque ya van varios casos en el arco de cuatro años. —El Cazador era más astuto que todos los involucrados en su caza. Sabía cuándo actuar y despistar a quien fuese.

—Puede que venga solo a eso y, después, regrese a su casa.

El detective escuchaba y pensaba en sus palabras. Aquel caso se había convertido en una pesadilla. Durante años, cavilaba sobre el Cazador y en la investigación llevada a cabo; sin embargo, siempre terminaba en el mismo punto. Faltaban pruebas tangibles para culpar a alguien.

—Imposible.

—Por ello nunca dan con él. —Ambra vio cómo sus ojos se iluminaron—. Busque el registro de salidas de las personas, ya sea por barco o por vía aérea.

—Buena observación, muchacha.

—Controle las temporadas, el mes, el día... Examine si hay algo igual y siga por ahí.

—Todo un cerebritito —dijo Damiano en tono jocoso. Aunque sus sugerencias eran acertadas, era verdad que, en ocasiones, se cegaban con tantos documentos que impedían descubrir más allá de lo evidente. Otras veces, tenían las respuestas frente a sus narices y no se daban cuenta.

Los depredadores solían actuar en solitario, aunque tuvieran una vida hecha. Al inicio eran amables, encantadores, pero, si se sentían rechazados, su ira los convertía en animales feroces. Era entonces cuando atacaban a su presa; la escondían y desaparecían. Podía transcurrir mucho tiempo, aun así, siempre volvían a cometer el mismo delito porque era lo que los atraía o satisfacía.

—Me gustaría echar un ojo a la nota que dejó el Cazador.

—Es imposible. —Él titubeó en su negativa.

Ambra sabía que su mosqueo impediría su colaboración, así que, sin previo aviso, sacó su portafolio, extrajo su identificación y se la mostró. Él la examinó concienzudamente; entonces, le pasó un folio y un bolígrafo. ¿Qué importancia poseía aquel documento para Damiano?

Ambra reparó en cómo se descolocó, su expresión cambió del todo. Sin emitir una palabra, se levantó y se fue. A ella le fue imposible descifrar sus pensamientos, porque al dejarla allí, sin terminar la conversación, sintió que era una falta de respeto. El encuentro había llegado a su fin. Esperó hasta que se dio por vencida y se marchó.



El detective obtuvo el número de teléfono de Ambra, tal vez serviría de ayuda en una eventualidad. Lo registró, un contacto más no hacía mal a nadie cuando se trataba del caso que se había convertido en su obsesión. A veces, Damiano se sentaba entre los papeles, los miraba y se preguntaba dónde fallaba; no comprendía cuál era el error a pesar de dar vueltas al asunto una y otra vez. Ponía a su equipo a revisar con cautela toda la documentación, pero era en vano. Se sentía incapaz de hallar una solución, hecho que lo llevaba a temer por su puesto, además de que la reputación de su oficina estaba en juego. Su superior ya se lo había notificado por medio de una carta.

Quizá era que, por su madurez, se aplicaba poco en lo concerniente a su trabajo o, tal vez, era que el Cazador jugaba bien sus fichas. En su fuero interno, tenía la esperanza de atrapar a aquel hombre. Si no, el turismo de la isla bajaría y afectaría a los moradores y empresarios. Con el transcurrir de los días, las críticas en los medios de transmisión eran fuertes, desprestigiaban a las autoridades por sus negligencias. En ocasiones, grupos de gentes aparecían delante de la

comisaría con pancartas, a requerir información acerca de las pesquisas de sus víctimas. La respuesta era: «Estamos investigando sobre ello». Los familiares eran conscientes de que las muertes quedarían impunes.

Capítulo 5

Rose desplazó la puerta de entrada al apartamento de Concetta; con pulcritud, cruzó la cinta perimetral de la escena del crimen en la que decía: *CAUTION, CRIME SCENE – DO NOT CROSS*. Con suma parsimonia, se coló en la vivienda. Escrutó su entorno, mientras caminaba se llevó la mano al pecho, y comenzó a revivir los últimos momentos pasados con su vecina. Tomó asiento en un diminuto sofá y pidió perdón. Un pensamiento improvisado afloró en su mente y se alzó con brusquedad. Extrajo un pañuelo del delantal y, con atención, limpió el asiento del diván para no dejar huellas. Cuando terminó, ladeó el costado y se acercó a una pequeña estantería que tenía un cajón. Con el mismo pedazo de tela, lo deslizó con sumo cuidado. Hurgó entre las pertenencias de la difunta, encontró un bolígrafo Montblanc y, sin pensar, lo guardó en su bolsillo. Sin emitir ruido alguno y con mesura, se dirigió al dormitorio, allí tocó las joyas y cogió algunas de valor.

Se asustó al ver una barra de labios roja en el suelo, cerca de la cama. Le pareció que estaba rota. La escrutó. Rose se agachó para recogerla y ponerla con los otros maquillajes que estaban en la canastita. Mientras observaba el lecho deshecho, supuso que la chica había tenido sexo antes de su asesinato o, bien, que no tuvo tiempo, ni ganas, de hacerla ese día. Oyó la sirena de una ambulancia cercana, también escuchó unos pasos y un murmullo que provenía de la escalera. Rauda, se aproximó a la puerta, la abrió, miró que nadie estuviera por los alrededores y, en un santiamén, salió del departamento de Concetta. En el momento en que atravesó las cintas frente a la puerta, por la rapidez, tocó un pedazo y este se desprendió. A causa de la prisa por llegar a su casa, no se dio cuenta de lo que dejaba tras ella.

Rose sabía que había actuado de manera extraña; consciente de sus actos, había entrado con el propósito de hurgar en las pertenencias de la difunta, aunque se dio cuenta de que era peligroso y limpió sus huellas dactilares, como si fuera ella la homicida. Estaba jugando sucio, accedió a la escena del crimen aun sabiendo que le traería problemas. Pero no había podido evitarlo porque, muchas veces, envidiaba la vida de su vecina y sus pertenencias. En ocasiones, la piropeaba y apreciaba el buen gusto de la fallecida, pero no eran halagos verdaderos a pesar de que la muchacha siempre había sido amable con ella. Aprovechó sin dudar el error que la policía cometió al no quitarle la llave que tenía del apartamento de Concetta. «Quizás no me tienen como sospechosa. Mejor», pensó.



Por mediación de la vecina, Ambra supo que los parientes de Concetta se encontraban en la isla todavía. Aprovechó y fijó un encuentro con ellos. Mientras los esperaba, vagó por sus redes sociales. Usaba un *nickname* poco común: ape maia. No le agradaba que nadie supiera su nombre de registro, por lo tanto, en esporádicas ocasiones, publicaba fotos, siempre sin mostrar su cara. Era determinada, su intención era pasar desapercibida; eso hizo que su jefe la tomara en cuenta de manera positiva con el propósito de desempeñar su trabajo con mesura. Ambra había crecido en una familia de acogida. La pareja que la hospedó temporalmente se percató de que era

buena y que avanzaba de modo excelente en la escuela, también con la edad. En aquellos años, los meses pasaban y la adopción se hacía lejana para ella. Pero, después de varias conversaciones con los dueños de la casa de acogimiento, le comunicaron sus intenciones, y decidieron realizar los trámites para que viviera con ellos. Ambra aceptó con agrado.

Su adolescencia fue un poco desordenada. Sus padres biológicos se divorciaron porque, por más esfuerzo que pusieran, nunca lograban llegar a un acuerdo. Ambos se herían sin tener en cuenta a su hija. El odio era recíproco entre ellos. Por diversas razones, encontraban la manera de culparse por su forma de actuar o por cómo realizaban las cosas.

Ambra aguardaba por los padres de Concetta frente de la Biblioteca Nacional, en la plaza de la República, con los brazos cruzados. Anhelaba desde lo más recóndito de su interior verlos y dialogar. La ausencia de su hija había dejado un gran vacío en sus vidas, pero había que aceptar su partida de manera positiva, avanzar y mirar hacia el futuro. Aunque eso no sería posible hasta encontrar al culpable de su muerte.

—Señores —saludó Ambra, en tono consolador. Sintió reparo por la situación, no sabía qué preguntar, y lo que soltó fue—: ¿Cómo están?

Era una pregunta inútil, lo sabía.

—Fatal.

Ambra contempló a la madre. Su semblante daba pena. Tenía unas ojeras bien pronunciadas debajo los ojos, se percibía que la pérdida de su hija la había afectado mucho.

—Mis más sinceras condolencias. —Cuando fue a su casa, debido a la gran cantidad de personas que había allí y al ver lo afectados que estaban, prefirió dejarlo para otra ocasión, además se preparaban para salir hacia Malta, para resolver todo lo del sepelio. Deseó abrazarlos y que sintieran con una ligera caricia el afecto por su parte; sin embargo, se retractó, sin entender por qué. Pensó en invitarlos a un café, aunque sintió que sería inoportuno, no era el momento adecuado. Sus ánimos estaban por el suelo, aún más al saber que todavía no tenían nada de información con relación a la pesquisa. Al menos para decir que estaban cerca y que aquel patán tenía las horas contadas.

—Gracias —musitaron al unísono.

—¿Conocen a algún amigo de Concetta que puedan facilitarme su número de teléfono?

—No —respondió la madre—. En el sepelio conversamos con algunos de sus compañeros. Preguntamos: ¿alguien estaba al corriente de con quién salía? Ellos respondieron que Concetta era extremadamente reservada con su vida personal.

—Es verdad, porque no sabía nada de su vida íntima —rectificó Ambra. Ya ella había pasado por su trabajo y habló con dos compañeros, pero ellos no supieron responder a sus preguntas.

—¿Cómo prosigue la investigación? —interrogó con la intención de seguir indagando, aunque era consciente de en qué punto se hallaba.

—Los agentes dicen trabajar con ahínco con el fin de localizar el asesino.

—¿Ustedes van a la comisaría o llaman?

—Nos han indicado que es inútil ir hasta allí, que es recomendable llamar —repuso la madre, al cruzar el brazo en medio del codo de su esposo y tomar una postura cómoda.

—En parte es cierto, aunque considero que también es importante presionarlos con vuestra presencia. Sabemos que, por teléfono, los detectives señalan lo que quiere oír la persona del otro lado.

—Tienes razón —comentó el padre, inexperto e incapaz de pensar con lucidez—, muchas veces da la impresión de que soy muy insistente.

—Señor, hablamos de un homicidio —especificó Ambra en tono de advertencia—, ustedes no llaman por llamar, hay que hacer presión, si no, los días pasarán y el caso se enfriará.

La chica temía que, si no lo capturaban rápido, el Cazador actuaría de nuevo. Puesto que un asesino en serie no se limitaba a la última víctima, necesitaba continuar para saciar su ego y su páfida mente. Ese individuo debía acabar internado en un sanatorio. ¿Por qué costaba tanto a los detectives identificar el perfil?

—Ellos tienen que decir la verdad, para bien o para mal. Ustedes, por ningún motivo, deben sentirse insistentes o molestos. Supongo que, si dejan pasar los días —repitió—, la muerte de Concetta se convertirá en un caso sin resolver, como el de las anteriores. Vayan dos o tres veces a la semana y, si es posible, refieran en modo seco que, viendo que la cuestión no avanza, contactaran a los medios de comunicación —manifestó Ambra con claridad.

—Es verdad, hay que insistir —expuso la señora.

—Así es.

—He escuchado que van varias víctimas similares —mencionó el hombre con seriedad.

—Sí, he leído que el año anterior hubo una. Es curioso que ni siquiera tengan todavía la supuesta cara del verdugo. Nadie ve nada, nadie sabe nada... Parece que fuera un caso de la mafia y que todos tengan miedo de hablar —destacó Ambra.

—Hay un fallo en algún lugar —agregó la mujer.

—Cierto, hay algo que falla a lo grande —dijo Ambra, al reformular su suposición con cierta veracidad.

—Además —dijo la mujer—, la isla es pequeña. ¿Cómo es posible?

Ambra los alertó. Al final, estaba contenta de haberlo hecho. Consideraba que podrían ser de ayuda en la investigación. Tanto era así que, si la poli era incapaz, mientras más gente hubiera indagado fuera, mucho mejor.

—El encargado de la pesquisa solo dice que lo dejen realizar su trabajo.

—Es verdad, hay que dejarlo que haga su investigación, pero, en algunas situaciones, los familiares y amigos deberían hacer caso omiso y actuar por cuenta propia. —Ambra vaciló en sus últimas palabras.

Bajó la cabeza y, en lo que observaba sus zapatos, llegó a la conclusión de que no debió decirles eso. Sintió que casi era una provocación a que hurgaran un tanto más hondo en la vida que llevaba su hija en la isla. Comprendía que eran dos personas apacibles, no obstante, entendía que su actitud de mantenerse al margen ayudaría poco en la pronta resolución de la investigación.

El silencio duró varios segundos. La preocupación afluó en sus caras. Ambra percibió un poco de satisfacción en almarlos a fin de que ellos actuaran también. «Quién sabe si descubren algo importante en el transcurso de los días o semanas», pensó. Ella tenía la intención de llamarlos después de dos días, así mantendría el contacto. Sentía pena por su situación, había llegado la hora de perseguir al Cazador. Ni siquiera entendía cómo. Pero tenía la certeza de que encontraría su escondite donde quiera que estuviera.

Capítulo 6

Ambra se dirigió al hotel en taxi donde se hospedaba su amigo. Antes de llegar, recordó que su amigo Vincenzo le dijo que iba a llevar una camiseta deportiva. Contactó con ella para verse y pasarlo bien, a ella le vendría genial despejar un poco la mente. Él supo que estaba en Malta por una foto de la bandera que publicó en Instagram horas atrás. Entonces, aprovechó la ocasión y le envió un mensaje. Permaneció en la puerta de entrada y fijó su vista en el mar; había calado la tarde y una tenue oscuridad resplandecía sobre los edificios. Contempló las luces que parecían luciérnagas a lo largo de la costa. El aire mezclado con salitre abrió sus fosas nasales y al respirar expelió su pesadez.

Las ganas de romper todo.

Impotencia.

La que había acumulado en los días anteriores.

Iba a hacer esperar un poco a su amigo. Mientras caminaba en dirección a la orilla de la playa, pensaba y ponía en orden las conversaciones que había tenido con las personas que estaban al tanto de la pesquisa. Se quitó las sandalias de cuero marrón que llevaba puestas. Dejó que el agua bañara sus pies a pesar de que estaba un tanto fría por la temporada. Sintió grima al alejarse, puesto que el Cazador andaba suelto. Después de quince minutos vagando, fue a encontrarse con Vincenzo. Aprovecharía para observar su alrededor. En el transcurso, antes de arribar al hotel, una reflexión fugaz y dudosa afloró en su mente.

«Concetta conocía a su cazador, porque lo había dejado entrar. Si no era su novio, ¿quién era?».

Cuando salió de la casa de Rose, examinó con escrupulosidad la puerta del apartamento de la difunta, y no mostraba rastros de ser forzada. Entonces comprendió que ella sabía quién era. Ese detalle era imprescindible y los detectives debían de estar al corriente, tenían esa información y se la habían escondido a los padres. ¿Por qué habían apresado a algunos vagabundos en los casos anteriores? ¿Para callar a los medios de comunicación?

«En realidad, ¿investigan cómo sería correcto? Aquí hay cierta falta de claridad, ¿o es que el señor Damiano, con quien hablé, oculta algo e impide que salga a la luz? Voy a tener que hacerle otra visita; esta vez, tendré que mencionar las mil y una».

Al acercarse al hotel, sonrió cuando Vincenzo guiñó un ojo. Sin querer, tragó saliva y su corazón empezó a acelerarse sin comprender su reacción. Ellos estuvieron juntos durante dos años, se podría decir que fue la primera persona que la hizo sentir viva, después de lo que había sufrido con sus padres. Ese chico era el típico siciliano, lleno de carácter y personalidad. Altísimo, con ojos negros, con cejas abundantes, sus brazos tapizados de vello... mejor decir, su cuerpo entero. Ambra parecía una enana frente a él. Vincenzo, con su piel broceada, se dejaba desear por cualquier mujer. En silencio, ella se lo había entregado todo, pero sin expresar lo que sentía. Ni siquiera un «te amo». Tenía miedo de que su vulnerable corazón quedase desnudo y fuera engañado. Resultaba incomprensible entender la razón por la cual se alejaron hasta que la relación se enfrió por completo. Su orgullo la impidió reclamar el motivo de su distanciamiento, por lo que se quedó con la incertidumbre que ahogaba sus pensamientos. Solo el cuaderno pequeño que escondía sabía su congoja. Era donde esbozaba su amargura, pues sus hojas eran

mudas.

—Hey, ¿qué tal? —Mostró una sonrisa afable, con solo observar el rostro de Ambra se podía apreciar su nerviosismo.

—¿Qué haces en la isla? —pronunció ella. Se mantuvo alejada a un metro de él. Tenía delante el motivo de su alteración. Apreció su delicada figura al esconder la sensación que provocaba en su interior.

Unas ráfagas de sentimientos velados afloraron en su interior. Aunque Ambra vivía en Sicilia, nunca lo había encontrado después de la ruptura. Lo esperó durante meses... Lo buscaba en las esquinas, en las canciones que escuchaba, hasta en la pasta que inventó para ella, nominada Amvin, un acrónimo de sus nombres. La preparó una y mil veces, pero faltaba el toque de él; cuyo paladar gustaba de la bondad del delicioso plato. Dolió su lontananza. Aunque pasasen los días, su mente se aferraba con ahínco a las palabras que decía el refrán: el tiempo curas las heridas. Creía que esa herida estaba cerrada, si bien su corazón le demostró lo contrario en el momento en que afirmó que se vería con él.

—Tengo que consumir unas vacaciones acumuladas. —Vincenzo tanteó su mirada—. ¿No me saludas?

Ambra, suspicaz, sintió mil cosas a la vez cuando Vincenzo se encorvó un poco por su estatura al acercarse, agarró su nuca y le plantó un beso en cada mejilla. El encuentro tanto anhelado por ella se hizo realidad.

Apreció decepción al presentarse de improviso.

Amargura al captar cuánto necesitó dar claridad a su lejanía.

Amor al sentir que su corazón bombeaba con frenesí.

Se emocionó más de lo debido y notó sus labios carnosos en la mejilla.

Esos que besó tantas veces.

Con los que había soñado durante días, meses, años... y todavía aparecían en sus noches.

—Mi pelirroja narizota... —susurró él.

Ambra advirtió que un poco de pis mojó sus braguitas, o eso creyó, y tuvo que hacer un esfuerzo colosal para recobrar la compostura.

—Una vez... —replicó escueta, con un hilo de voz. Captó cómo simuló un gesto de afabilidad por su contestación.

Lo puso en alerta que mantuviera la distancia, dando énfasis a su susurro y sin responder a la pregunta que había hecho con anterioridad.

—Mmm, Ya... Lo reconozco. —Vincenzo la vio casi masticar su lengua con una frase ininteligible. Fue paciente con el propósito de que se sintiera tranquila y a gusto.

—Lo espero. —Su sequedad transmitía con detalle que había dejado inconclusa su última conversación en el momento en que se alejó.

—¡Cerraste las puertas cuando fui a buscarte!

Un día, Vincenzo fue a su casa, si bien su madre adoptiva tenía instrucciones de que, en cualquier circunstancia que él se presentara, informarlo de que había salido. Por lo que él dedujo que la incomodaba su presencia.

—¿Me buscaste? Ni el barman del bar te cree, Vincenzo. —Señaló con un movimiento de cabeza. Una vorágine de cólera apareció en su interior.

—Así es. ¿Entramos? —confirmó. Detectó su arrebato. Haría lo posible con el fin de aligerar su malhumor, para verla relajada. Pondría sumo interés de llevar el encuentro para que fuera agradable para los dos.

—Escucha, considero que fue un error venir hasta aquí. —Ambra casi se atraganta con su

comentario. Necesitaba espetar un sinfín de reproches que rondaban en su cabeza. Al ser orgullosa y para impedir que Vincenzo preguntara cuál era el motivo de su furia, lo mejor era irse con educación.

—¿Por qué?

—Estoy indispuesta, tengo trabajo y el cansancio hace mella en mi cuerpo.

Vincenzo percibió, por la mueca que hizo, que había dicho un disparate. Casi soltó una carcajada de incredulidad que, con lentitud, consiguió contener al mover sus labios.

—Es la típica excusa. Esa ya la sé, a por otra —reclamó con bellaquería. En esa circunstancia, detectó su mentira, notaba que anhelaba irse, como si estuviese arrepentida de haber aceptado ir hasta allí—. Es mejor que digas lo que te disgusta en realidad.

Ambra calló durante varios segundos. Respiró y tomó fuerza para enfrentar la vorágine de sensaciones que Vincenzo provocaba en su cuerpo.

—Evita sacar lo anterior, hurgar detrás de las puertas que, según tú, estaban cerradas cuando tocaste. —Lo miró con fijeza—. Te fuiste igual que un cobarde. Pensé que me había equivocado en dejar que fueras parte de mi presente... excusa, del pasado; me incomodó mucho terminar lo que vivimos de aquel modo. —Ambra lo percibía impasible, sin reacción.

Vincenzo se acercó y rozó su brazo.

—Fui a tu casa con el fin de aclarar nuestra situación, empero de ningún modo logré verte. Lamento que el contexto terminase de esa manera. Es probable que, para ti, mi declaración en esta conversación sea inaceptable, créeme que fue así. Al comprender tu repulsión hacia mí, decidí alejarme.

Ambra lo escuchó, jamás supo que él hubiese ido a buscarla. Había creado en su cabeza un mundo que construyó sola, sin considerar su versión. Su madre nunca refirió lo de su visita, quizás para impedir que sufriera. En esos días estaba de muy mal humor.

Puso la mano en su espalda con la finalidad de que entrara junto a él.

—Vamos al bar. —La motivó, deseaba invitarla a una copa de vino. Esperaba que su declaración fuese la clave para que Ambra encontrase respuestas a su cólera.

—No. Quedémonos aquí sentados —mencionó con una expresión en dirección a los sofás. Su réplica la había calmado, había sosegado sus inquietudes. Mientras más dialogaban, Ambra resolvía las incongruencias que aparecían de tanto en tanto en su interior. Fue de gran alivio, aunque él merecía una bofetada de su parte, pero era consciente de que nunca lo haría porque odiaba la violencia física.

—Está bien. Voy al bar a por unas bebidas. —Vincenzo se alejó.

—Gracias. —Se dio cuenta de que olvidó decir lo que deseaba tomar. Percibió su perfume e ignoró la sensación de aquel efecto, cuya amabilidad pretendía imponerse a su excitación. Una excitación que la confundía con la belleza del espécimen que amenazaba su fragilidad.

Regresó con dos vasos.

—Agua tónica y *lime*, como te gusta a ti. —La impresionó, todavía recordaba cuál era su bebida preferida.

—Gracias. —Apoyó el abrigo que llevaba puesto a un lado del sofá. Algo insólito en ella, pues hacía frío, pero él provocaba calor con su roce. No comprendía cómo su cuerpo se encandilaba con su contacto.

«¿Cuánto me conoce este hombre?», pensó para sus adentros.

Cautelosa, Ambra tomó asiento en una butaca individual; su presencia la angustiaba hasta el punto de que sus manos comenzaron a sudar. Era la primera vez, después de años, que se

veían. Una vorágine de emociones que estaban dormidas inició un despertar y la advirtió de que cada pensamiento de su cabeza se ofuscaba. Notó una punzada en el estómago. Era su culpa, lo reconoció.

—¿Por qué cambiaste de número telefónico?

—En mi trabajo me dieron uno nuevo. Supuse que era inútil tener dos dispositivos.

—¿Cuántos días estarás aquí? —indagó él, al sorber de su vaso.

—No lo sé. —Ambra tenía pensado estar el tiempo que fuera necesario. Todo dependía de lo que su jefe dijera cuando hablara con él. De ningún modo pensaba informar del motivo de su estadía allí.

—Qué pena, hubiésemos podido organizar un *tour* juntos.

Esa proposición hizo que, de nuevo, se manifestaran esas turbulencias emocionales en el interior de la chica.

—Mis días giran en torno a mi trabajo —se apresuró a aclarar—. ¿Qué tal la vida?

—Va... —repuso Vincenzo, con un reflejo de positividad.

—¿Va?

—Sí, trabajo, gimnasio, casa y el fin de semana lo dedico a mis amigos.

—Ya. ¿No sales con tu novia? —Se atrevió a indagar con la espinita que guardaba dentro.

Él sonrió por la pregunta. De todas formas, lo hubiera hecho.

—En absoluto. —Vincenzo encontró significativo ese gesto, ya que pareció alejar la rabia que la invadía. Con esa breve respuesta demostró que estaba soltero.

—Por Dios, Vincenzo, ¿me dices que no tienes novia?

—Es así. ¿No me crees?

—Obvio.

—De acuerdo. —Decidió que sería lo más transparente posible con el fin de evitar que ella dudara de su contestación—. Estoy conociendo a una chica que vive fuera en Calabria. —Sin darse cuenta soltó un quejido de melancolía.

—¿Cómo es? —Ambra advirtió un poco de celos. Ella recordó que una vez había visitado la ciudad y la habían recorrido en bicicleta.

Sería inoportuno que Vincenzo describiese su físico, por lo que optó por obviar su pregunta.

—Hemos estado juntos una o dos veces, nuestros encuentros han sido esporádicos, hablamos más por mensajes de texto.

—Venga, que se te ve contento... —Ambra lo motivó en contra de su voluntad, para aparentar que sus palabras no habían hecho efecto alguno en ella.

—Ya. —Él apoyó la espalda en el respaldo del sofá.

Por detrás, pasaron varios turistas que regresaban a sus habitaciones, a los que Ambra oteó con suma cautela. Sin pensarlo, Vincenzo se acercó y sus piernas chocaron. Se dispuso a evadir la conversación.

—Y tú, ¿cuál es el motivo real de tu visita a Malta? —preguntó Ambra.

—Estoy por a hacer algunos negocios aquí. —Vincenzo evitó darle detalles.

—Pensaba que estabas de vacaciones por el trabajo, o eso fue lo que dijiste antes. —Sintió que mentía.

—Sí, tengo vacaciones. También tengo que ver a un amigo... —Ambra encontró su respuesta confusa.

—Vacaciones de negocios. —Se carcajeó—. Suena raro, o es unas vacaciones o viniste

por negocios.

Vincenzo encontró la manera de acercarse sin que ella lo rechazara. Fue directo a introducir los dedos en su pelo revuelto. Ambra dejó que la acariciara, consciente de que, si musitaba, la cuestionaría, y como se sentía bien, era mejor callar. Mientras tanto, se tapó la cara; así evitaba contemplarlo. Él sabía que perdería la compostura, conocía sus puntos débiles y fuertes. Aunque le pareció extraño que todavía reaccionara a su tacto.

Ella disfrutaba de aquellas caricias, a sabiendas de que nunca tendría un enfrentamiento y aclararía el porqué de la rotura entre ambos.

—Tengo que irme. —Se levantó rauda, pero él obstaculizó el paso al notar su nerviosismo, deseaba escapar de la atmósfera que se creaba con el transcurso de los segundos.

—Es mentira. Ahora mismo estás confundida. —Vincenzo alzó su mejilla para que lo mirase. Entonces volvió a agasajar su cabellera con lentitud. Ambra tenía esa fragilidad de que perdía la razón cuando alguien la tocaba de ese modo y en aquel punto. Él se sintió seducido por lo que veía en sus pupilas. Admiró que había delineado sus ojos de color verde oscuro, por lo que resaltaba sus pecas.

—Vincenzo, por favor...

—¡Shhh! —Él continuó masajeando con las yemas de los dedos su cabeza, la hizo pegarse a su torso. Percibió que su frente estaba caliente. La conocía y sabía que, de ese modo, conseguiría despejar de su cabeza lo que la atormentaba y relajaría su cuerpo.

—Vincenzo —suplicó.

La segunda vez que escuchó su nombre, bajó la mano por su espalda a propósito. Confundía sus emociones, quemaba el rencor que sabía que existía en ella por haber desaparecido. Era como una aguja que cosía la herida. Su respiración se aceleró y perdió la noción del tiempo, sin importar quién pasara por allí. La apretó contra sí, fueron muchos días los que había deseado estrechar aquel diminuto cuerpo en sus brazos.

—Ambra, yo... —Iba a decir cuánto lo sentía, pero, al mirarla, no pudo evitar besarla con toda la fuerza en su interior. Sus besos clamaban por sí solos, en medio de la penumbra.

Sin darle tiempo a replicar, la agarró y se dirigió a su dormitorio. Por suerte, el ascensor se abrió de súbito. Era pequeño. Sin expresar ninguna palabra, devoró sus labios. De ese modo, impedía que hablara y razonara porque estaba seguro de que escaparía, era casi un hecho. La conocía. Realizaría lo propuesto si le concediera la oportunidad de amarla o conquistarla.

—Por favor, no abras la puerta de tu habitación. —Juiciosa de que, si la atravesaba, ocurriría lo que soñó la noche anterior.

Él hizo caso omiso a su petición, al entrar, cerró y la arrinconó. Con su nariz rozaba sus pómulos, su boca, su frente... mientras escuchaba en un susurro su negación a que se alejara, visualizó lo que sus caricias provocaban en ella. Sin esperar, lanzó su abrigo sobre el lecho y la despojó de su camiseta, no podía aguardar más, porque estaba a punto de huir...

—Ambra, lo deseas tanto como yo. Si frenas lo que va a suceder, te arrepentirás. ¿Acaso nuestros cuerpos tienen culpa alguna del error cometido? —Su cercanía confirmaba lo que ambos anhelaban—. Demos felicidad al sentimiento que ha estado anclado durante estos meses.

—Es que no quiero abrir ese hueco para que salga.

»No quiero que me vuelvas a tocar.

»No quiero caer de nuevo.

»No quiero estar en tus brazos.

»No quiero besos tuyos, no quiero...

—¿Amar otra vez? —la interrumpió afanado y con un brillo intenso en los ojos. En ese

momento, Vincenzo se veía sincero y obnubilaba su razón con el deseo de poseerla y hacerla suya. Rozó sus pecas, era como si emanasen fuego. Su rostro ardía. Esperó a que contestara; sin embargo, Ambra no lo hizo—. Veo que navegas en una profundidad y que es imposible que alcances la superficie sin mí. ¿Me amaste?

«Mucho», meditó, segura de que de su boca jamás saldría una afirmación. Era demasiado orgullosa.

Su apetito aumentó al acariciar sus senos por debajo del sostén. Con premura, le quitó los pantalones *palazzo*, y también los suyos. La dejó en lencería. Apartó su pelo hacia atrás al buscar sus ojos. Urgía un contacto visual, que Ambra obviaba, pero estaba seguro de que la llevaría a ver la sublimidad de un deseo repleto de resentimientos que latía en su interior. Entre ellos había muchos aspectos en común; la complicidad en sus gestos, sus miradas, expresar sus pensamientos por medio de sus iris, cocinar... Tiró al suelo la maleta que había sobre la mesita y se sentó con ella a horcajadas, mientras captaba cómo perdía la cordura. La humedad en su entrepierna era el tesoro que había reclamado en cada mujer que tuvo bajo sus sábanas después de Ambra. La echaba de menos. Aunque era el pasado, eso la hacía única para sus anhelos.

—Mírame, Ambra. —La alteración se hacía visible en su febril cuerpo, anhelaba desarraigar su triste emotividad y su convicción negativa ante él.

—No.

—Necesito que me mires.

—En absoluto —recitó con un gimoteo—. Por el amor de lo que más quieras, déjame ir.

Vincenzo retiró unos mechones de su cara con la mano. Deseaba que lo que estaba a punto de pasar sucediera de forma espontánea y sin reserva. Percibía la intensidad de las sensaciones expandiéndose por el cuerpo de Ambra, también notaba cómo reaccionaba con naturalidad ante su tacto.

—Abre los párpados.

Desorientada, abrió los ojos con el rímel corrido. Vincenzo hizo a un lado sus bragas y, despacio, caminó con placidez por esa parte de gloria. Hacía mucho que esperaba entrar por aquel ingreso principal que provocaba puro goce y sentimiento a los dos.

Encontró el placer que buscaba, con parsimonia, mientras disfrutaba, captó que su cuerpo se tensaba por la sensación que Ambra le ofrecía. Con cada movimiento se despedía de la pureza de aquel acto que ella y su diminuto cuerpo provocan en el suyo.

De improviso y con rapidez, sus respiraciones explotaron.

El fuego se apagaba, conscientes del esplendor que el instante les había regalado en exclusividad. Ambra apoyó la cabeza en el hombro de él, abrazada sin decir una palabra, se quedó hasta volver a la vida real. Él manoseaba su melena en un silencio que temió romper en ese momento.

Capítulo 7

Al subir la escalera de la morgue, Ambra fue a la recepción y habló con la secretaria. Pidió información sobre Concetta, pero la chica se negó; le respondió que no podía darle detalles al respecto, más cuando se trataba de una investigación en curso. Ambra resopló abatida. Por suerte, había llevado un documento de autorización y lo mostró junto a su carné de identificación. Pero la chica se opuso diciendo que era mejor que concertara una cita con su superior. En ese momento, se sorprendió al ver a Gianluca, el amigo de la difunta Concetta con el que se encontró en el cementerio, vestía una bata blanca; aunque intercambiaron una sonrisa con condescendencia. Pensó que ese día podría ser productivo, y albergó el optimismo de que él pudiera serle útil.

—¿Eres doctor? —Sin saludar, fue directa al grano. Anonadada, meditó que era la última persona que pensaba encontrar allí.

—Soy médico forense. —La recibió con dos besos, con los que Ambra se sintió incómoda por parecerle un comportamiento inapropiado. Era la segunda vez que lo veía y se había tomado la libertad de acogerla como si tuvieran confianza.

Se le iluminaron los ojos, y una brillante idea vino a su mente; lo utilizaría a fin de que la ayudase con lo que buscaba. Necesitaba alguna información adicional y, si se negaba, mostraría la identificación que usaba en su trabajo.

—Wow, ¡qué sorpresa que estés aquí! —recitó Ambra con alegría.

—Mucho más para mí —dijo al mirar a su alrededor. Caminaron al compás hacia afuera y se quedaron debajo del pórtico. Él se puso las gafas de sol—. ¿Qué haces por este lugar?

—Necesito saber algunas cosas sobre la difunta Concetta —declaró Ambra. Captó el modo en que arrugó la frente; parecía que su respuesta le había causado un tanto de curiosidad.

—¿De qué tipo? —preguntó Gianluca, perplejo.

—Tengo muchas inquietudes y nadie da respuestas —explicó para dar certeza a las palabras pronunciadas.

—¿Cuáles son? —Gianluca mostró interés.

—En el momento en que encontraron muerta a Concetta y la examinaron, ¿tenía alguna señal de violación? —Él abrió los ojos para que comprendiera su turbamiento.

—Ese dato es privado y, en calidad de médico, no puedo decírtelo —destacó en un tono dulce y fascinador.

—Tienes razón. Lo olvidaba. —Ambra se ausentó por unos segundos y pensó que su visita iba a ser inútil.

De repente, un sentimiento desmoralizador se apoderó de ella. Incluyó la cabeza con ternura, necesitaba tomar una decisión para poder entablar, al menos, un diálogo con él. Con determinación, lo miró y observó detrás de su espalda al otro lado del pórtico, donde había dos doctores que conversaban con dos vasos de café en las manos.

—¿Me entiendes?

—Sí, entiendo tu posición. —Haría todo lo posible para averiguar quién era el responsable del crimen.

Gianluca apoyó una mano en su espalda y la condujo hacia dentro del edificio.

—En el momento en que la trajeron, ya llevaba muchas horas muerta —anunció Gianluca, con vehemencia.

—¿Y quién la encontró? —Aunque sabía ese dato, necesitaba confirmarlo.

Se acercaron a la recepción y allí se quedaron. Se guardó las gafas de sol en el bolsillo delantero de la bata blanca.

—No lo sé. Tienes que preguntarlo en la comisaría.

—Lo haré. ¿Fuiste quien hizo la autopsia? —Ambra observó el caracol pintado en el cuadro frente a ella. Su vista se movió hacia el techo y su mente buscó un punto en el vacío, mientras prestaba atención a lo que Gianluca decía.

—Sí. Pero como te he advertido antes, no puedo decirte nada —denotó Gianluca.

—¿Podemos dialogar en un lugar más tranquilo? Aquí hay mucha gente, y me abruma ver a los familiares tristes que se consuelan unos a otros.

—Sí. Vamos a mi lugar de trabajo. Así hablaremos con quietud.

Se dirigieron a la sala. Gianluca deslizó la puerta como un gentil hombre para que Ambra pasase. Al entrar, el olor peculiar a formol inundó su nariz. Sus vellos se alzaron en aquel sitio inhóspito, y escrutó con detenimiento cada singular hueco y utensilios que estaban posados sobre varias mesas metálicas.

—Olvidé ofrecerte un café, ¿lo deseas? —inquirió Gianluca.

—Gracias, pero ahora tengo el estómago revuelto. —Apreciaba un cierto desagrado por estar allí. Pensó que días atrás su amiga se encontraba abierta sobre el panel de metal, desnuda ante Gianluca, y percibió un poco de vergüenza.

—Pues lo dejaremos para después de la charla.

—De acuerdo. Cuando examinabas el cuerpo —decidió retomar el discurso—, ¿viste algo inusual?

—Ese dato no puedo dártelo.

Sin esperar, Ambra extrajo del bolso su carné de trabajo y se lo mostró. Gianluca abrió los ojos cuando lo leyó.

—Entonces... —expuso seca.

Caminó junto a la plancha donde acostaban a los cadáveres y se llevaban a cabo las autopsias. Se puso frente a él y aguardó a que emitiera alguna palabra. Ambra se percató del fuego que emitían sus pupilas y prestó atención a su figura que, fríamente, con misterio, la desafió. No importaba si creía que le había tomado el pelo. Estaba allí con un solo objetivo: sacar información. Sabía que él tenía mucho que decir, pero por ser el médico forense de Concetta se retractaría.

La abrazó una extraña sensación de su virilidad, al incitarla a distinguir un imponente deseo. En ese momento, una complicidad se creó con espontaneidad por ambas partes.

Gianluca irradiaba autocontrol; en un santiamén, tronó sus dedos y, gracias a una sonrisita provocadora que simuló, Ambra pestañeó.

—En particular, no. Tenía un cisne pintado sobre el estómago.

Eso ya lo sabía. Ambra se percató de que Gianluca la ayudaba poco. Entendía su posición; hablar ponía en riesgo su impecable carrera. Tendría que buscar el modo de abordarlo de otra forma. Emplearía cualquier actitud para averiguar, al menos, varias respuestas a sus inquietudes. Ella desvió la conversación de lo profesional a lo personal para que se sintiera más cómodo, así obtendría con más naturalidad que Gianluca hablara.

Ella bajó la mirada, le agradecería su disponibilidad en colaborar con su investigación. Ambra percibió que él se acercó un poco más de lo debido. Quizás fue intencionado, pero ella

retrocedió dos pasos. Se extrañó porque consideraba que aquella proximidad era inoportuna por su parte en ese lugar.

—Podemos disfrutar de una bebida, charlar relajados fuera de aquí. Noto que este lugar no es de tu agrado —susurró él.

Gianluca no era un hombre que embellecía las palabras para que parecieran bonitas. Era del tipo que hablaba con franqueza, sin reserva, iba directo al grano, con pretensiones y con claridad.

«¿Cómo ha intuido mi pensamiento? Es evidente mi disgusto con este sitio y su olor a formol».

—Es una buena idea —aceptó Ambra, le venía bien conocerlo mejor. De seguro que se le aclararían las ideas y, quizás, surgiera alguna pista para continuar con la búsqueda de respuestas.

—Lo será. —Gianluca asintió con una sonrisa, ya que había aceptado sin ningún impedimento. Pasar el rato con una nueva chica y, para su gusto, bonita, aumentaba el deseo de acercarse.

Ambra mantuvo su concentración a pesar de lo que surgía entre los dos, aprovechó su cercanía y soltó:

—¿Puedo echarle un ojo al informe de la autopsia?

La miró con atención, interpretó por un gesto que ella no iba a darse por vencida.

—Fue un trabajo un poco particular el que hice con ella. Esperaba otra respuesta— expresó mientras caminaba hacia el archivador, pero cuando llegó se volteó.

Las palabras de Gianluca la entristecieron. Mostró una mirada intensa, Ambra no entendía si la ayudaría o no. Ella, para que cambiase de idea, sonrió con carisma. El hombre misterioso que había visto por primera vez en el cementerio la confundía. Lo examinaba, aquella espera se le hizo tan larga que casi perdió el control.

—No están —mencionó él.

—¿Te importaría buscarlo otra vez?

Mientras él buscaba los documentos, movía la cabeza en forma de negación. Su confusión acrecentaba y la impotencia carcomía sus órganos vitales. Todo en su mente era nublado, se hallaba en un punto estático donde algo impedía que avanzara.

Apoyada en una encimera, oyó asegurar a Gianluca que los documentos no estaban allí. Ensimismada en su pensamiento, él dejó que aceptara su respuesta. Al cerrar el archivo, intercambiaron las miradas. Pero la de Ambra lucía agobiada.

—Más adelante, quizás, hablaremos, sin embargo, quiero que sepas que es una delicada situación —argumentó al dar por hecho que la vería en los próximos días.

—Lo espero. —Con la yema del índice se tocó un ojo.

La ponía nerviosa estar en ese lugar junto a ese espécimen. Esa sensación recorría sus vellos y provocaba que se levanten. Desde cualquier perspectiva, en la mirada de Gianluca se esparcía una oscuridad glacial bastante impresionante; quizás fuese por la penumbra. Se sintió atrapada dentro de sus pupilas, allí se refugió y disfrutó de un hipnotismo placentero que él transmitía con sus iris que la hacía arder. Advirtió que él descifraba cada ínfimo pensamiento.

Su mirada la achicó.

Como una hormiga.

Igual que una migaja de pan.

Era un hombre corpulento, pero no de gran estatura, sabía manejar cada parte de su cuerpo. Ella percibió que dominaba sus instintos.

Ambra, inconsciente y sin experiencia, bajó las barreras que se había creado en su

cabeza. Sin querer, emitió una risa burlesca mientras observaba las líneas de su esculpida cara. Necesitaba descifrar sus gestos, era un acto que se imponía con suma relevancia. Sin poder, expulsó un soplo vacilante que estalló para romper el silencio que se había instalado entre ellos. *A priori* captó su interés en ella. Se confundió a causa de la sobriedad que emanaba la atmósfera. En realidad, ¿él la ayudaría a encontrar lo que buscaba o solo la confundía para llevar a cabo sus propios intereses? Ella tuvo que terminar aquella conversación y marcharse porque percibía que Gianluca la ponía nerviosa.

Capítulo 8

Dark Desire

Cuando apenas era un crío, me enamoré de una adulta; a decir verdad, era la esposa de mi primo. Los días en que la veía, una deseable emoción animalesca comenzaba a expeler dentro de mi diminuto organismo. A fin de poder aplacar mi mente retorcida durante las reuniones familiares, en ocasiones, tenía que fingir que estaba enfermo para evitar devorar su hermoso cuerpo delante de todos.

Un día, el primo al que adoraba, y al observar las pupilas tan deseosas ante la silueta de su dama, decidió enfrentarme. Ya me controlaba a causa de algunos pequeños episodios que se habían dado con anterioridad. Me escabullí a mi habitación con miedo de plantarle cara. Él, al notar mi repulsión, me siguió y me preguntó un sinfín de cosas. En ese momento, me cohibí de expresar los maquiavélicos pensamientos que pasaban por mi cabeza. Recuerdo que fue hasta mi escritorio, se quedó atónito al observar mi desahogo, que profería a través de los diseños que efectuaba. En aquel tiempo, aquellos dibujos eran demasiado explícitos para un chiquillo de mi edad. Realizaba con esmero cada singular trazo, que era de un modo insano; prácticamente, hablaba de casi un adolescente. Me excitaba con las representaciones que llevaba a cabo de la Diosa. Tenía una atracción muy pecaminosa hacia ella. Varias veces, la pintaba como si fuese la muerte y practicaba sexo conmigo; su constitución era más grande que el niño que figuraba sobre el papel en blanco. Sin embargo, mi primo, astuto, instaló un diálogo entre nosotros, y, para mi consternación, no recibí insulto alguno; si bien, abordó una conversación que, a mi parecer, fue placentera. Las preguntas eran comentarios que fluían entre los dos, que él mantenía con pulcritud. Hablaba de una manera tranquila, sin presionarme, sino más bien para que desarrollase lo que en realidad mi cabeza instigaba a confundirme.

Con el paso del tiempo y a escondidas de los demás, me condujo en el deleitable universo del oscuro deseo. El que mi psicología me mostraba en el mundo imaginario, del que solo yo tenía conocimiento. El que amplificaba en los encuentros esporádicos y que después se convirtieron en asiduos.

Un *dark desire* que empezó a tomar forma y que lo esbozaba como un alumno impecable con su esposa: la Diosa.

Un *dark desire* que practicábamos en un escenario irreal para muchos, real para nosotros.

Un *dark desire* que me acompaña todavía ahora.

Un *dark desire* que provoca la imperiosa necesidad de dar forma a mi imaginación en un mundo real donde las ninfas son partícipes de él.

Siempre tuyo.

Capítulo 9

En Malta, las ciudadanas estaban en alerta por el nuevo episodio que había sucedido días atrás. Despavoridas, permanecían en sus hogares negándose a salir. En esos días, hasta las abuelas que vivían en la isla sacaban el tema. En las casas, las televisiones encendidas presentaban los titulares de diferentes prensas, los programas donde se transmitían las noticias publicaban: El Cazador ha vuelto a actuar. Otra víctima encontrada. El logo del Cazador es un cisne...

Los periodistas supieron de que una multitud de personas se hallaban delante de la comisaría y corrieron a aprovechar la oportunidad con el fin de comunicárselo al pueblo. Algunos familiares habían enganchado carteles enfrente que decían: «¡Años en búsquedas y todavía no dan con él! ¿Por qué no son capaces de dar con el Cazador? Tenemos miedo por nuestras hijas». Ese era el lema de una lámina que sostenía una mujer. Allí estaban los parientes de Concetta, con sus letreros, que voceaban a coro con los demás. Alborotados, continuaban con ahínco presionando en busca de respuestas. Las preguntas y llamadas que se hacían eran respondidas de manera insustancial. Era una vergüenza para el Gobierno y la estación de Policía; los días pasaban y, para resolver el caso, tenían que encontrar al culpable en las primeras semanas. Si no, existía un porcentaje bajo de que se zanjara.



Ambra recorría a todas horas los locales de la ciudad, casi en una persecución. Se vestía como una chica normal pero provocativa que buscaba divertirse en sus días de vacaciones para pasar desapercibida. Tomó asiento en un taburete en la terraza de un bar restaurante y, en el acto, detectó que sus vellos se erizaban sin entender la razón. Se sintió observada. Con el objetivo de aligerar la tensión, inició una conversación con la camarera. Cruzó las piernas debajo de la mesa y metió las palmas de las manos dentro de los muslos para calentárselas.

Fijó la vista en la joven que insistía en mirar detrás de ella. Curiosa,ladeó el costado, y se sorprendió al encontrar dos pupilas que parecían dos focos en medio de la penumbra. Gianluca. A Ambra, inconsciente y con la cabeza que trabajaba a mil por hora, le gustó verlo allí. Sin embargo, había un aspecto de ese hombre que se le escapaba. Sintió que él empezaba a colarse por una fisura en su pensamiento con facilidad y perfección. Se puso rígida por la intensidad de su mirada. Como una onda abrumadora, fue arropada por la inteligencia del doctor y la sombra de aquellos dos cristales embriagadores que parecían sus ojos. Vestía una camiseta azul oscuro que se acercaba a un negro impenetrable. Con unos vaqueros que dejaban desear sus piernas a horcajadas. Su cabellera tapaba su frente. Ambra contempló cómo, con la mano izquierda, se la acomodaba hacia la derecha.

Cautivada por su figura, percibió que estaba en una rueda panorámica.

Desprendía una sensualidad que la hacía perder como si estuviera en un laberinto, haciéndola prisionera de su sonrisa y de un deseo confuso que crecía en su interior.

—Ese tipazo hace rato que examina tus movimientos —cotilleó la muchacha con la bandeja en las manos.

Ambra volvió al mundo real con las últimas palabras pronunciadas por la camarera.

—¿Él llegó antes que yo? —interrogó alterada.

—Tomó una mesa, después de que te sentaras —precisó la chica con entusiasmo.

Intuyó que buscaba un acercamiento, típico de los especímenes de su rango, con la finalidad de instalar una comunicación, para luego estrechar la relación. Gianluca tenía la capacidad de crear un ambiente erótico, aunque fuese en un área pública.

Su presencia hacía voltear a cualquier mujer.

La intención de no llamar la atención se desvanecía en las miradas de las mujeres. La alteraba, encanalándola a sueños prohibidos, mientras él se quedaba impertérrito.

Gianluca se acercó con un perfume arrollador, esta vez no olía a formol. Él esperó en silencio a que la joven se alejara; pero, al parecer, la muchacha estaba hechizada por su figura.

De repente, Ambra advirtió que Damiano se avecinaba en un modo jocoso y amigable. Notó que siguió con mirada hambrienta a la camarera, creyó ver que, incluso, se mojaba los labios al saborear la pomposa silueta de la dependienta. En ese preciso instante, percibió que Gianluca se alejaba tras la chica, que, rauda, dejó la bandeja en una encimera donde se apoyaban los utensilios de las mesas.

—Señorita Ambra, ¿qué hace por aquí? —interrumpió el detective Damiano, en tono jovial, a su costado. Ella tuvo que girar su cuerpo con levedad para poder mirarlo.

—He venido a tomar un poco de aire —replicó al entrelazar sus dedos. Presumió que soltaría la próxima pregunta.

—Ya, la temperatura y el lugar son agradables, sobre todo aquí la comida es exquisita —subrayó Damiano. Dio una calada al cigarrillo que tenía entre los dedos y, con levedad, levantó la cabeza para expulsar el humo retenido en su boca—. Qué coincidencia —canturreó el detective—. Aunque esta zona es peligrosa para una persona como tú.

Estaba solo y, al encontrar a Ambra, creyó que podía acompañarla e invitarla a cenar con un buen vino tinto. Y quizás, si luego ella quería, caminar junto a él a lo largo del malecón.

Ambra prefirió hacer caso omiso a su comentario y aprovechó para preguntarle:

—¿Alguna novedad en la investigación? —Ella buscaba actualizar la situación.

—No trabajo después de la cinco —dijo al dar otra calada al cigarro.

Permaneció pasmada con la respuesta y sobre todo por su indiferencia. Su modo escueto significaba que no le importaba un carajo encontrar al hombre que se complacía en quitar la vida a las féminas.

—Pronto haré una visita por su despacho —informó al volver en sí. Su tono fue amenazador.

—Usted...

—Soy peor que una garrapata, hasta que no esté satisfecha, jamás dejo tranquilo al animal. Escuche, detective —enunció—, sé que es un caso agotador, pero hay familias que esperan su respuesta. Personas que tienen angustias, que duermen poco, que solo piensan cuándo van a descansar en paz sus hijas. Pruebe a ponerse en la piel de ellos.

—¿Por qué está tan interesada?, ¿es algo personal? —Damiano la oyó sin dar mucho peso. Según su actitud de descuido, le pareció curioso que ella insistiera tanto.

—Póngalo como algo personal con prudencia y respeto hacia las víctimas. —Lo miró con desdén y él hizo lo mismo.

El hombre, pensativo, desvió sus pupilas hacia la entrada, contemplaba la avenida y los vehículos que transitaban. Una hilera de hoteles decoraba la costa, otros estaban en construcción. La hermosa penumbra del atardecer reflejaba el rojo grisáceo mezclado con las

nubes, dando un toque exótico y romántico a ese lugar de la isla.

—Detective Damiano —llamó—, mueva a sus compañeros a que hallen al sujeto que se burla de ustedes. Porque creo que, si no lo encuentra, su puesto de trabajo estará en juego. El pueblo no tolerará que el Cazador mate a otra chica.

Él lo sabía, la comunidad estaba alborotada y la prensa de ninguna forma molaban. Hacían presión en todos los sentidos: expresaban críticas destructivas de mal gusto y su jefe lo presionaba porque la investigación había pasado al canal mediático. Se nutrían del tema del momento para destruir a las autoridades competentes. Los padres de Concetta habían ido a uno de los noticieros. Contribuyeron a decir con detalle su declaración, echaban la culpa a las autoridades de que hubieran sucedido varios asesinatos y todavía no supieran cuál era el paradero del Cazador.

Ambra dijo, con el debido respeto, lo que pensaba, sin reservas y sin rodeos. Comprendía su posición, pero se tardaba en apresar al hombre. Los días transcurrían y las palabras «lo hemos atrapado» no se escuchaban por ninguna parte. Ambra imaginó las veces cuyo superior podría haberlo convocado. Le tenían que haber llamado la atención. El círculo se estrechaba en torno a Damiano por su negligencia.

Ellos continuaron con las diatribas, y, con toda naturalidad, él entendió que debía mantener la discreción. Estaba en un lugar inadecuado para hablar del tema y sacarlo al aire. Si bien, su cólera acrecentaba por el descuido que ella advertía y que él mostraba.

Capítulo 10

Rose encontró a Ambra frente de su apartamento. Al verla se detuvo, la observaba y la examinaba con un velo de curiosidad. Ambra captó que la puerta del exapartamento de la difunta Concetta tenía varias cintas, aunque había algunas que de una parte se habían quitado y colgaban.

—Buenas, señora Rose —manifestó Ambra. Advirtió que la anciana, mientras subía, mostraba pesadez en su cuerpo y percibió que estaba ansiosa, como si escondiera algo. Lo comprobó porque miraba para los lados menos a ella.

—¡Hola! —La mujer se limitó a decir una sola palabra, y dudó porque entendía el motivo de su visita.

Ambra, con cara de rareza, detectó que su voz era insegura, además, con una pizca de nerviosismo.

—Me alegro de que hayas llegado —repuso, sosegada, al ajustarse la bufanda que rodeaba su cuello.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —inquirió, interesada, con las llaves en la mano.

—Lo justo para poner las ideas en orden que pasan por mi cabeza —contestó Ambra con amabilidad. Vio cómo Rose la escrutó, indisputada de hacerla entrar a su casa.

—¿Qué te traes por este lugar? —Parecía que comprendiera que la tertulia se alargaría más de lo que ella deseaba si la invitaba a tomarse un café.

Era evidente.

—Quisiera aclarar algunas cosas. ¿Podemos charlar adentro? —Señaló con su dedo la puerta—. Tú, al igual que yo, sabes que es inoportuno conversar del tema aquí —destacó al incitarla, ya que, anteriormente, ella fue bastante locuaz.

Ambra apreció que estaba algo incómoda, por un gesto de su cara. Pero no entendía si era por su presencia o por otro motivo. El tiempo para ella valía oro, posponer su visita y acordar un encuentro llevaría horas, quizás días. Ambra necesitaba hacerle unas preguntas, aunque no fuese el lugar indicado, se vio obligada a hacerlo.

—Estoy apurada —dijo Rose con desdén.

—Vamos al bar de la esquina —insistió Ambra.

—Belleza, ando con prisa y sin ganas de hablar —recalcó al levantar la mano a medias.

—Entonces, no me queda otra que demandarte. ¿Conocías a los amigos de Concetta?

—Hoy, me gustaría evitar ese tema. Tengo un mal día —espetó Rose, con una notable falsedad.

Ambra reparó que fingía porque sus pupilas miraban hacia abajo y a la izquierda. «¿Por qué mentía?», pensó que, con su negación, su sospecha crecía en su cabeza al poner en evidencia que Rose mentía con total impunidad y no sabía el motivo ¿Cuál sería la razón? ¿Por qué lo hacía? Si en el encuentro pasado estaba dispuesta a dialogar, ¿por qué entonces se negaba? La vez anterior había contado el mínimo chisme de su amiga, pero ese día andaba con prisa. Parecía que la otra vez quiso adelantarse y ayudar para que la autoridad la eliminase de la lista de los sospechosos. Todas sus presunciones caían sobre la vecina de la difunta.

Rose dio unos pasos para abrir la puerta, al darse cuenta de la intención de la joven, que

estaba detrás, se giró con brusquedad. Con una señal clara, indicó que debía retroceder.

—¡Es fundamental! —perseveró con duda y pensativa.

—Es obvio que no me decía con quién salía, no soy ni cata ni garrapata de Concetta. Además, yo evitaba entrometerme en su vida cotidiana. —La señora apoyó la bolsa del supermercado junto a sus pies y extrajo la llave de su cartera.

Ambra tocó su espalda, sin querer al girarse en modo afable, siempre con su suspicacia.

—Trata de recordar, por favor. ¿Ella nunca trajo amigos a su apartamento?

—Es que su vida me incumbía poco; además, ya dije lo que sabía a los detectives — comunicó Rose, al desplazar el pedazo de madera. Empuñó la compra y entró a su vivienda.

Ambra la siguió sin preocuparse de que la echaba. Darse por vencida era lo que menos deseaba, aunque ese sentimiento persistía y la atormentaba a cada rato.

—Siendo así, ¿nunca la viste con nadie, ni siquiera afuera de este edificio? —Ambra continuaba con el interrogatorio.

—Una vez la vi subir con alguien a quien no vi bien; por prudencia, yo seguí mi camino.

—¿Cómo era? —Cruzó la puerta y avanzó unos pasos.

—Vestía como un banquero, chaqueta y corbata —explicó la mujer, al saludar a sus animales.

—¿Ni siquiera la cara? —«Por fin hablaba», se dijo para sus adentros.

—No, porque la llevaba inclinada al subir los escalones.

—¿Tuviste alguna sensación?

—El tipo era apuesto. —Puso las llaves y las bolsas encima de la mesa del comedor.

El perro saludó a Ambra; sin embargo, la escrutó sin alegría al recostar la parte trasera sobre el suelo y se sostuvo con las dos patas delanteras, en vertical. Aquel animal le agradaba poco. Apreció que el lugar estaba con una tenue iluminación que daba sobriedad al interior. La señora lo mantuvo así, porque volvería a salir, según lo que había dicho. Rose tomó unos recibos de la encimera y los abrió, eran las facturas del mes. Los dejó descansar en el mismo sitio. Hacía sus cosas como si estuviera sola, sin dar importancia a Ambra.

—¿Qué más recuerdas? ¿Oía bien? ¿Alguna fragancia en particular que pudieras reconocer?

—Ah, sí. Oía a rey. Poseía un perfume embriagador, recuerdo que sonreí y murmuré: *¡Oh, my god*, Concetta vas a caer redonda a los pies de este macho!

—Cuando volviste a verla, ¿averiguaste quién era el donjuán?

—Claro —confesó Rose, con expresión nerviosa, al notar que la chica la miraba con curiosidad. Pestañeaba continuamente e intuyó que hablaba más de lo debido, esa era la mujer que Ambra quería.

La cotilla.

Sin pelos en la lengua.

La que necesitaba dialogar porque se sentía sola.

—¿Qué te dijo? —Ambra preguntó con alegría, por cómo profería información.

—Según ella, era un colega.

—¿Y tú qué respondiste? —Conocedora de que hacía muchas preguntas, agradeció de que continuase con el diálogo. En el momento en que se diera cuenta de su insistencia, buscaría la manera de cambiar el discurso para volver a retomarlo cuando fuese posible.

—Me reí en su cara. —Rose se carcajeó al recordar el episodio con su vecina—. Dije: «Vaya compañerito el que te gastas». Ella sonrió al elevar los ojos al cielo. En ocasiones venían un grupo de amigos, se alborotaban, festejaban como jóvenes sin compromisos. Ya sabes... lo

que hacen ustedes.

Ambra se reclinó con el hombro a la pared cerca del comedor, de esa manera se ponía cómoda, ya que de ninguna forma la señora tenía la intención de invitarla a sentarse. Siempre atenta al perro que hacía guarda y, de tanto en tanto, le echaba un vistazo. Parecía que esperaba cualquier movimiento con el motivo de atacar; por suerte, se recostó, daba la impresión de que se había relajado. Desconfiaba del animal, quizás percibía su miedo.

Reconoció en su alma la elocuencia de Rose. Solo las personas cercanas a la difunta Concetta podrían ser un punto clave en la pronta resolución del proceso de la investigación. Con las manos dentro de su chaqueta, distinguió que la señora tenía el refrigerador en un impecable orden. Los recipientes de cristal con sus respectivas tapas posaban a la izquierda, y todas las raciones bien esparcidas y ordenadas. Por un instante permaneció pensativa, pero se asustó al oír caer la escoba que estaba contigua a la nevera cuando Rose la cerró.

—¿Era de alta estatura?

—No lo sé. Escucha, es una situación delicada, sé que tú, como yo, quisieras que encontraran a ese energúmeno que la asesinó. Estoy cansada y tengo que salir, llego tarde a la cita.

Ambra entendió que no podía alargar más la conversación

—Una última cosa, y disculpa mi intromisión. —Se arregló la chaqueta para irse—. Si recuerdas un episodio inusual que hayas escuchado, sentido... —concluyó con seriedad—, llámame, te recompensaría de forma muy grata.

Daba por seguro que le hubiera comprado un collar, ya que, según su parecer, eran de su agrado, porque la primera vez llevaba uno puesto y en ese momento tenía otro distinto.

—¿Por qué investiga sola?

—Porque nuestra amiga lo merece. —Se dirigió a la salida al darse la vuelta y, de reojo, miró al perro que aparentaba estar relajado.

Se despidió y se marchó, estaba segura de que volvería. Ambra tenía la certeza de que ella guardaba más anécdotas y quizás una de esas la conduciría al Cazador o a la Cazadora, porque sus sospechas acrecentaban en lo que se refería la señora Rose.

Era la pregonera del edificio y del barrio. Por su ventana cotilleaba en murmullos hasta las horas de salidas y llegadas de los vecinos. Antes de salir a la calle, extrajo su libreta y apuntó con punto y coma lo que Rose le había contado.

Capítulo 11

Dark desire

Mientras crecía, me encarcelaba el olor íntimo que brotaban de las piernas de las ninfas, lo disfrutaba con una grandiosa intensidad. En un invierno, pacté con una chica lo que iba a realizar durante el acto. Con cuidado y midiendo las palabras, especifiqué que amarraría sus tobillos y ella aceptó. Los alargué y los até en un lecho a cada esquina sin lastimarla, haciendo que se sorprendiera. Teníamos acordado cuáles eran las palabras claves. Mi ego saboreaba cómo pronunciaban mi nombre y, sobre todo, apreciaba cuando decían *fermati*, era la señal de que debía parar, y *vai* se usaba para acelerar. Aquellas dos palabras tenían un efecto contundente en mi mente, también era una de las reglas, que aumentaba al mantener el autocontrol para hacerla sufrir de placer, un oscuro *placer* que yo solo podía sentir, nadie más. Mis nervios se contraían. La maltrataba con obscenidad a lo largo del evento en que éramos partícipes, pero no a nivel físico, sino con los propios deseos que ella misma probaba en la práctica. En esa época, una de las escenas que más goce me daba, y la que en ese instante ejercía sobre la chica, era ver cómo se estimulaba con delicadeza en el momento que pasaba por sus muslos una rama de rosa espinada; decididamente, esa práctica inducía a que mis neuronas actuaran de una manera desenfrenada. Impulsaban la sangre a mi falo con el fin de que exhalase el último chillido.

La sacudida animalesca con la que mi cuerpo reaccionaba con los ínfimos toques era fabulosa y placentera. Ahí perdía el control de la cabeza a los pies. Era donde mi *dark desire* ganaba sin yo poder hacer nada.

En ocasiones, mi primo presenciaba lo que me había enseñado. En esporádicas situaciones, lo veía ofrecerme una sonrisita. Las veces que me acompañaba, notaba mi evolución. Comprendía que me hacía fuerte con el pasar de los meses. Hasta en un cierto momento, me dijo:

—Me has superado, eres la persona cuya contención es mucho más grande que el inherente apetito.

Así fue como progresaba en mis habilidades. Entraba en el más mínimo hueco que un alma poseía. La Diosa me ayudaba a que me descubriera, me incitaba a desarrollar los instintos maliciosos que escondía, decía que no debía cohibirme ni avergonzarme por mis peculiares anhelos. Y poco a poco fui creando una fuerza interior y apartando de mi cabeza todas aquellas paranoias que sacaba a la luz cuando estaba con ella.

Con mi Diosa.

Siempre tuyo.

Capítulo 12

Ambra se dirigió a la tumba de su amiga con un ramo de rosas. Desde la distancia, vio un objeto que yacía sobre la plancha de mármol del sepulcro y que atrajo su atención. Era un cisne blanco de origami con algunas líneas de dimensión pequeña. Con prisa, tomó su móvil y sacó fotos, incluso hizo una panorámica. En ese instante, la desorientó aún más la llegada de un mensaje. El remitente era Vincenzo.

Pizza, da Robi Pizzeria?

Había pasado una semana del encuentro con él. «¿Qué hace Vincenzo todavía en la isla?». Ni siquiera contestó. En ese momento estaba demasiado ofuscada para escribir una respuesta, lo haría más tarde.

Por la mañana, el sol brillaba con su esplendor sobre el cementerio neogótico Addolorata. Ambra observó concentrada a su alrededor. «Esto es una burla», musitó para sí misma. De repente, sintió que se ahogaba; para respirar mejor, deshizo el nudo de la bufanda. La tensión subía. Ella tragó a boquiabierta con fatiga. Al mismo tiempo, advirtió una presencia que hizo ladear su costado.

—¿Qué haces aquí?

—¡Hola! —saludó—. Te vi en el instante en que subías al autobús. Cuando quise llamarte era tarde, deseaba darte un aventón y te seguí.

—¡Ah! —Él se acercó.

Ambra absorbió su aliento con sabor a café, mezclado con una fragancia de vetiver y cedro.

—Espero que no te moleste, si hubiera tenido tu número telefónico, me hubiese comunicado contigo. —Con espontaneidad, Gianluca posó la palma de las manos sobre su espalda y, al verla perturbada, la estrechó contra su cuerpo.

Se encontraba aterrorizada, con los latidos acelerados por el susto de encontrar el cisne de origami y los turbios pensamientos que se apoderaban de su cabeza. Como en una fábula, percibió soledad, en espera de que el príncipe viniera a rescatarla, se sentía que corría perdida en un mundo en el que ella sola se había sumergido. Asimismo, no tenía el coraje de abandonar la investigación por la deuda que sentía tener con su amiga. ¡Encontrar a su Cazador! En plena confusión, concedió que ese minúsculo toque de Gianluca tranquilizara aquella emotividad angustiosa que percibía en su interior.

—¡Estás temblando!, ¿te sientes bien? —interrogó Gianluca.

—Sí.

—Es un sí por decir, porque demuestras lo contrario. —Estaban delante de la lápida. La giró y la puso frente a él. Le tomó los hombros y focalizó sus iris para, en ese instante, llamar su atención, con la buena intención de ayudarla a que su estado de confusión volviera a la normalidad y apaciguar el caos en su interior. ¿En qué se había metido Ambra?

—Ese... —Sin responder a su comentario, señaló el pequeño cisne de origami que todavía posaba sobre la lápida.

—Olvídate de lo que has visto, más tarde lo comentarás en la comisaría. Ven, camina

junto a mí. —La animó con el fin de reconfortarla. Él era capaz de transmitir seguridad para que Ambra se relajara. La abrazó para que se sintiera protegida. Gianluca tenía la habilidad de infundirle tranquilidad para que su temor desapareciera.

Avanzaron despacio por un camino en el cementerio, Gianluca vio un banco en el que había brochas y botes de pinturas; entonces, decidió hacer un poco de espacio para sentarse. Parecía que alguien pintaba el mausoleo de al lado. La acurrucó en sus brazos, con esa actitud comunicaba un sinfín de palabras silenciosas que Ambra acogía como si colmara un tesoro escondido. Con un contacto lento y agradable, inició un masajeo en su nuca. Ambra inclinó la cabeza con levedad, estaba sumergida en un mutismo. Era imposible hablar y desahogarse. Con parsimonia, recibía las caricias, que su cuerpo detectaba de forma candente en su estado de turbación.

Daba la impresión de que él entendía la causa de su malestar.

—No digas nada, relájate. —Gianluca advertía una leve atracción por Ambra, por ser diferente. Pelirroja, con ojos verdes, labios carnosos e inteligente... Completaba el prototipo de mujer que él tenía en mente como pareja.

Con la fricción que él provocaba en su cabeza, Ambra sentía expeler su sensualidad a través de su virilidad. Un calor subió a causa de su olor cautivador, con aquella peculiar fragancia que él poseía. Sus brazos la apresaron, eliminó cualquier distancia que Ambra estableció entre ellos; ella oyó que él emitió un verso gutural sin poder frenarlo.

Gianluca la hizo levantar y la encaminó al mausoleo que estaba abierto. Dentro, las fotos de los familiares era lo único que adornaban el espacio en un lado, no había flores por el momento, solo algunos utensilios que usaban para pintar. En el centro había un pequeño bloque de mármol negro labrado con los nombres de los cadáveres que allí reposaban.

Con las piernas temblorosas, Ambra detectó el frío del muro en sus glúteos. Debía anclarse para no perder el equilibrio, así enfrenar la onda que venía en dirección a su intimidad. Pero él impidió que se moviera. Su voz en susurros ayudaba poco a recobrar los cinco sentidos y ponerlos en orden. El colorido de sus pómulos se mimetizaba con su pelo. Ambra tragó con un agobio extremo.

Gianluca percibió que no le era indiferente, que despertaba en ella el deseo de tenerlo a su lado. La barba en fase de crecimiento rozó su piel. Con toque prohibido y lleno de erotismo, la invitó a cerrar los párpados. Asimismo, navegar junto a él, en aquel lugar inadecuado, en un profundo deseo en el que un alma puede perderse, con sus mismos gemidos, y con la expectación del público oculto entre sus paredes.

Ambra escuchó que él masculló agitado, con un aliento prohibido en su oreja, provocando tensión en su cuerpo. Con su fricción aumentaba su excitación en una vorágine que escalaba cada parte. La torturaba con satisfacción a propósito. La llevaba al límite como un sádico, malévol, atrapándola en el manicomio de unas sensaciones pecaminosas. Gianluca, con una depravada sonrisa, atrajo su atención.

Ambra simuló un poco de interés en un flagrante descuido, para que no creyese que se le caía la baba por él. Siempre con la tensión que se anidaba en la parte más sublime de su precioso cuerpo. «¿Cuánto tengo que esperar para que este hombre haga de mí lo que quiera?», reflexionaba con un mínimo razonamiento que se desvanecía y con rabia de que duraba mucho.

Apenas cerró sus párpados, inhaló, alimentó los pulmones de esa ebriedad que expelía su tórax. Exhalaba, sin premura, mientras anidaba una sensación que la transportase a la resignación.

Quería que la hiciera suya y basta.

Que dejara de martirizarla.

Sin embargo, el inalterable médico forense aparentaba resistirse a sus encantos. Se dio cuenta de que solo había rozado sus labios, y con su proximidad la empujaba al borde del éxtasis. ¿Cómo Gianluca podía tener tanto control en sí mismo? Lo advertía excitado igual que ella, o eso creía, pero faltaba algo que Ambra desconocía, lo que lo incitaría a dar el siguiente paso.

Gianluca era un tipo frío, que con una ínfima caricia atesoraba la capacidad de conducir a cualquier mujer a sentir un tortuoso deseo. Con furia tocaba su cuerpo para que reaccionara a su provocación, para que alcanzara el punto más sublime del clímax, y así expandir las centellas que se ahogaban en su cuerpo. Centellas que la atarían a él.

A su oscuridad.

A su entera ánima.

Al renegrido mundo en que él vivía.

Gianluca no buscaba una falda o dos bonitos senos, ni la que se insinuaba. Era más que eso... Tomaba a las mujeres por su inteligencia, con el propósito de proporcionar la complacencia que, por su dignidad, eran incapaces de aceptar. Para después pisotearla, fustigarla y originar en su mente la necesidad de él. Después de obtener su objetivo encubierto; concretaba su naturalidad más pecaminosa en un elegante y tenebroso placer. La poseía y la encadenaba con placidez, desvergonzadamente, en una situación curiosa, nueva y, a la vez, dependiente de su deseo. Sellaba su territorio igual que un animal, para que la fémina no volviera a buscar un hombre normal, después de que él hubiera pasado por su vida. Se mostraba de manera refinada con cada expectativa que solicitaba, cuando Gianluca se daba cuenta de que la mujer estaba por traspasar la línea que determinaba como punto de rotura, se acababa todo.

Él sabía lo que provocaba en su interior, porque sus movimientos mezclados con algunos gemidos eran la respuesta. Con las yemas de los dedos, la tocó sobre su ropa íntima, le enseñaba que con roces podía sentir sensaciones potentes que su abertura escondía. Palpaba su territorio con una insólita pericia que Ambra no hubiese podido imaginar en un mundo real. Se dio cuenta de que su cuerpo necesitaba más, por lo que, para mortificarla, bajó el ritmo hasta volver a la normalidad, de tal forma que no pensase que se había aprovechado de ella o de la situación. Con parsimonia, dejó el deseo inconcluso; por su lúcida experiencia, sabía que le gustaría reanudarlo más adelante para saciar su sed de revivir el episodio. Gianluca poseía la capacidad de hacer sentir lo que nunca una mujer había probado. Utilizaba lugares inusuales para que ellas recordaran la aventura de modo afable.

Gianluca era...

... quien ponía a prueba a cada hembra elegida.

Quien se abría paso en la oscuridad para satisfacer cualquier alma que buscara un oscuro deseo.

Quien hacía feliz.

Quien se arraigaba con sus actos en la mente de forma longeva.

Quien había estudiado la anatomía de cabo a rabo y cultivaba su atención en los puntos débiles de manera prodigiosa. La mujer era su divinidad...

Capítulo 13

Damiano entró al despacho de su jefe, al percatarse de que la puerta estaba abierta.

—¿Me mandó a llamar, señor? —indagó. Era la tercera vez que lo reunía durante el día. Presentía que había una extrañeza en el aire, ya que él había observado sus movimientos, pues subía y bajaba de piso dentro de la comisaría.

—Damiano —mencionó el anciano, puso sus lentes en un lado del escritorio y se estrujó los ojos. Entonces, lo miró fijamente y arrugó el entrecejo. Con un simple gesto, lo preparó para lo que iba a decir.

El detective bajó su mirada, presentía una emoción rara en su cuerpo. Una intuición que rondaba por su cabeza del porqué lo convocó, pero no quería alarmarse. Damiano notó a su jefe que respiraba a fin de recobrar valor. El bolígrafo que empuñaba lo pasaba de una mano a otra. Parecía que medía el discurso que llevaba horas en su mente.

—Diga —estableció con sumo respeto.

—¡Tenemos problemas! —anunció su jefe mientras ojeaba algunos folios en su mesa.

—¿En qué sentido? —interrogó Damiano al escrutar sus muecas bastante pronunciadas. ¡Estaba a la espera de que soltara lo que fuera de una vez por todas!

—Muchos de los casos que ha conseguido durante años y en el que llevas en estos días, en particular, no han tenido un buen fin. ¿Cierto? —mencionó su jefe, con breve elocuencia.

—Sí, tiene razón, pero usted sabe que la búsqueda es difícil y, aún más, dar con los asesinos. De ninguna forma podría achacar el delito al primero que me dé la gana. —Tragó, la saliva quemó su esófago como un fuego irritante que deterioraba su garganta. Quiso mantener el control; si bien esa era su intención, fracasó.

—Son numerosos —recalcó con determinación—. Mis superiores están evaluando cómo lo has llevado a cabo. —Su jefe tomó sus palabras en consideración al advertirle su poco interés en dar resolución a los hechos inconclusos que todavía esperaban ser solucionados. Al igual que la de Damiano, su posición estaba en riesgo, existía la posibilidad de que lo transfiriesen de cargo. Aunque, antes que eso, cambiarían a Damiano.

El detective inhaló y exhaló con parsimonia. El puesto que había custodiado durante tantos años oscilaba por perder la estabilidad. Su jefe captó su tensión, la nuez de Adán subía y bajaba, el cual mostró una expresión de incomodidad por lo que había escuchado.

—Ellos no pueden hacer eso.

—Por supuesto que sí. —Sostuvo su mirada, mientras Damiano mostraba un estado de ansiedad.

—Entonces, usted ya sabe la respuesta. Es injusto a mi edad. —Advertía que su cuerpo mandaba señales de punzadas a su corazón, entretanto que razonaba que la situación tomaba otro matiz. Parecía asustado de que lo cambiaran de puesto. Quería dejar a su jefe con la palabra en la boca y salir de esas cuatro paredes que lo oprimían.

—El último caso, ese del Cazador, ¿en cuántas ocasiones ha ido al lugar de los hechos? —solicitó su superior, a la espera de que quizás dijera dos o tres veces. Así tener una respuesta cuando le preguntaran en la reunión que tendría en breve para hablar de la situación que concernía al detective Damiano.

Aunque su jefe era consciente de su devoción por visitar él primero la escena del crimen y examinar a las víctimas, en ese instante mostraba lo contrario.

Evitó responder porque sabía que fue una sola vez el día que encontraron a Concetta. Percibía que su mundo se venía abajo con el pasar de los segundos. Era posible que lo cancelaran o lo bajaran de puesto. Siempre había un hueco en la parte administrativa para sacar fotocopias.

—Trabajo en ello todos los días —replicó Damiano, en modo general, aun sabiendo que eso no era lo que su jefe quería oír. Como un mentiroso, escondió su verdad, porque para él era inaceptable asumir su desinterés.

—Los medios de comunicación nos tienen con la soga al cuello; a diario envían correos, exigen respuestas y entrevistas para dialogar sobre el tema. Nosotros, por ética, debemos dar la cara.

Hacía tiempo que la mala fama de mujeriego y de su negligencia arribó a los oídos de los que tenían el control. Se había casado cinco veces y tres de las esposas estaban muertas. La primera murió por una hemorragia a causa de un aborto espontáneo; la segunda se fracturó la nuca por una caída que tuvo en un barranco en la caminata que hacían cada año en las montañas Dolomitas, en Italia. La tercera apareció muerta en su habitación, razones inexplicables de las que todavía no había respuestas. Otra lo había dejado por mujeriego. Y la última con quien vive es la que dice de amar.

—Prepárame —prosiguió su jefe— el avance del último caso, tengo una rueda de prensa esta tarde.

Damiano detectó un peso que oprimía su pecho, casi trastornado porque su carrera se partía en pedazos; aquella que, con su verborrea, le daba la fama de ser el mejor detective de Malta. Con rabia, se sentía un completo fracaso. ¿Qué explicaría a sus hijos, que residían en Cerdeña, de su situación?

—De acuerdo —fue la última palabra que pronunció y dejó solo a su superior, que lo miró con suspicacia, como si todas las informaciones inconclusas llevaran a él.

Los días ausentes en el trabajo. Los permisos repentinos sin justificaciones. Las mujeres en los bares que hablaban de su vida mundana donde todos lo conocían. Las tres cónyuges fallecidas... Según la conversación de su jefe con sus superiores, encajaba con el perfil del presunto Cazador.

El círculo se le estrechaba, ellos estaban dispuestos a recorrer Malta y Cerdeña de cabo a rabo para investigar sobre su vida con más precisión. Por el momento, lo pasarían al departamento administrativo, así lo tendrían cerca. Después, ellos comenzarían a analizar sus pasos detenidamente. Damiano era un canalla, debían indagar su presente con sumo cuidado. Su jefe, en esporádicas ocasiones, había sido partícipe de su charlatanería. Visitaba lugares donde se practicaban intimidades consensuadas en grupos. Esa era la fetichista felicidad de su ofuscada mente. Aquella práctica lo conducía a un extremo, a socavar un deseo persistente que lo inducía a querer explorar con ahínco pensamientos que rondaban por su cabeza. Disfrutaba al observar cómo se tocaban los demás. Sin embargo, aquel *dark desire* que anidaba en su mente le costaría el nombre en su carrera. Nadie pensaría que ocultaba gustos tan macabros con ese aspecto de hombre serio. Era elegante, mostraba su calva con orgullo, incluso alardeaba de que era la devoción de sus ninfas. Determinado en el acto sexual, pero en absoluto en su labor. Con algunos vicios que no podía ignorar como la ludopatía, practicar orgías... Después de la diez de la noche, Damiano se transformaba en un animal nocturno, que descargaba su testosterona en los bares de mala muerte. No importaba arribar a su casa a las cinco de la madrugada, tampoco llegar tarde a su trabajo. Esa era la vida que llevaba en la isla.

Pensaba que era su final, solo tocaba aguardar por su traslado. En ese momento, Damiano comenzó a preparar lo que pidió su jefe; su cólera y su cara enrojecida reflejaban la furia en su interior. Se quitó la corbata y la arrojó a un cajón de su escritorio. La muerte de Concetta y el alarmismo radiofónico habían conseguido un continuo cotilleo por los pasillos del departamento. Maldecía a todos, hasta a la difunta. En vez de dar honor a la institución como el encargado principal, lo que hacían era desprestigiarlos. Era la primera vez que sucedía un episodio allí dentro. Había llegado la hora de que establecieran reglas para que la comisaría funcionase mejor.

Encendió un cigarrillo y sacó su bebida secreta de un bolsillo de su chaqueta y dio un trago; en realidad, dos. Damiano puso las manos detrás de su cabeza, bebió otro más. Su mente se rompía en pedazos. Musitó un sinfín de malas palabras. Mientras calaba otro tiro al tabaco, observaba a sus compañeros, que continuaban sus labores desde sus respectivos escritorios con una armonía natural, casi perfecta. Eso ayudó a mejorar un poco su estado de perturbación. Si bien, sus colegas conocían su negligencia y su traslado.

Ahora tocaba pensar qué podría realizar para resolver su situación antes de su exclusión.

Cabizbajo.

Desanimado.

Pero... no abatido.

Damiano se hundía en su propio pantano, lentamente, por culpa de su indiferencia en el trabajo. Tendría que demostrar a su jefe que se equivocaba.

Capítulo 14

Dark Desire

Soy un hombre frío, ambiguo, incapaz de sentir aprecio por nadie. Me gusta mi trabajo, ir a la zona del delito y averiguar cómo ha muerto la víctima. Estimo revisar los cadáveres, tocarlos y examinarlos. Me considero un humano con una complacencia peculiar, un ser cuya señoría viene aplaudida y elevada de un modo gratificada. Aunque en ocasiones sale la introversión que escondo en mi interior desde que era un crío. Un chico callado, observador y reservado. Comencé a hablar con quien consideraba oportuno, también con mi cuñado, fue poco a poco que tomé confianza con él. Luego que se dio cuenta del deseo tenebroso que me rondaba por la cabeza.

Las ninfas que han estado conmigo saben que soy capaz de hurgar en emociones jamás sentidas. Después de conocerlas, busco cuáles son sus virtudes para actuar en consecuencia. Me fascina escudriñar cuáles son sus barreras y hasta qué punto pueden impulsar sus emociones con el propósito de conseguir el límite en la acción. Como ya he mencionado con anterioridad, una de las figuras más valorables en mi acaecido crecimiento fue la esposa de mi primo, la que considero una Diosa. Siempre será un punto de referencia en lo que concierne a mi naturaleza. Fue quien me demostró que estaba capacitado para atraer y seducir de forma lóbrega a mi presa, con el fin de acorralarla en su propia apetencia.

Nutría mi ego, entretanto, yo abonaba mi alma haciéndome más estoico. Me había convertido en un animal que absorbía el aliento a cualquiera del sexo opuesto en el acto sexual. Imponía modales indecorosos, la manejaba a mi merced con el objetivo de marcarla para toda la vida. El ansioso y desordenado anhelo que crecía en mí se fortalecía de una forma páfida, irónica y trascendental. Mientras más practicaba, más encontraba sensaciones desconocidas en mi cuerpo.

Otro hallazgo que descubrí fue jugar con muñecas; fue una revelación portentosa. Las comprabas y las vestías de negro con trajes de fiestas; otros, bastante sexis, en los que se dejaba ver las lencerías oscuras. Se convirtió en un fetichismo, no de manera viva, sino muerta.

Con el transcurso de los años, después de tener una masiva colección bien ordenada en una habitación de mi apartamento, sentía que faltaba algo que satisficiera mi descarriada e impecable manía. Sin darme por vencido, busqué y busqué hasta colmar ese algo que reclamaba; era simplemente un cisne blanco que adquirí en un mercado, durante unas vacaciones. Cuando lo puse en uno de los estantes, cerca de una de las muñecas que estaba recostada, noté que la composición iluminaba mis iris con una sonrisa fascinadora. Medité que necesitaba un ataúd; desde ese instante, inicié a construir pequeños féretros de diferentes dimensiones y a conseguir cisnes por la red.

Construí un tétrico lugar, en el que volqué el placer de satisfacer una imperiosa necesidad que, en medio de mi fantasía, daba vida a una ilusión que solo yo creía en un mundo en el que los cadáveres femeninos fueron un punto de inflexión de una curva en crecimiento.

Esta es otra parte de mi pasado, es el único modo para que me conozca por medio de estas páginas.

Gracias por leerme en tu silencio.
Siempre tuyo.

Capítulo 15

Ambra nunca hubiese imaginado de lo que fue capaz, de casi tener sexo en aquel lugar inhóspito, en el encuentro deliberado con Gianluca.

Llamó a su jefe y le explicó cómo iba el progreso de la búsqueda. Él recomendó seguir yendo a los sitios nocturnos donde se concentraba el flujo de personas, y así lo hizo. Realizó todos sus consejos y tácticas. Esa noche había ido al casino, donde encontró al detective Damiano. Descubrió una faceta desconocida de la vida nocturna que él llevaba. Desde lejos y con una parsimonia similar a la de un tigre cuando quiere atrapar a su presa, Ambra escrutaba sus movimientos. Observó cómo las chicas se acercaban y susurraban en su oído. Él agradecía con un beso en la boca. Damiano tomaba un *whisky* mientras pinchaba los botones de la máquina de juego que estaba frente a él.

Durante la semana se había acercado a muchos hombres de diferentes edades, sin éxito alguno. Estaba abatida y agotada porque el plazo de la búsqueda se acortaba y todavía no tenía cara para el presunto asesino. Pensó en su desconfianza en Vincenzo, porque había contestado a su mensaje para aceptar su invitación para ir a comer *pizza*, pero él no había vuelto a dar señales de vida. Aunque pensaba llamarlo e invitarlo a tomar un café si todavía seguía en la isla.

Continuó observando al detective y su entorno. Había una chica que cuchicheaba y, al mismo tiempo, sonreía; a Ambra le fue difícil intuir que ellos hablaban. Captó que Damiano hizo un guiño a la chica, que, de improviso, la haló y pasó su lengua por los labios rojos de ella. Después de quince minutos, él se alejó con su vaso de bebida en una mano y la otra en el bolsillo. Despacio, la muchacha lo imitó y siguió sus pasos.

Ambra se escondió con suspicacia detrás de una columna, frente a unos visillos corredizos, para que su plan no se fuera al garete. Entonces examinó su alrededor. Se asombró al ver la puerta que se ocultaba a través de la cortina. Decidida y con la curiosidad a tope, se aventuró a averiguar qué había allí.

—¿Me sigue, señorita Ambra? —Damiano susurró en su oído izquierdo, al atraparla al vuelo en el instante en que entró.

Sintió que él olfateó su pelo.

—No me toque. —Lo empujó para deshacerse de sus manos, hecho que fue imposible porque la apretaba.

—¡Ah!, se hace la seria. —Volvió y musitó en su oreja.

Aquel espacio era un lugar furtivo en el casino para los amantes de deseos extremos y pecaminosos. Ambra captó que en el centro había una mesa con una joven amarrada y, en el sofá, había varios grupos de mujeres y hombres que compartían caricias y besos. A su alrededor, había una iluminación crepuscular, solo algunos focos de color verde iluminaban la zona en los puntos imprescindibles. Miró atónita a Damiano, porque en la distancia se practicaba una orgía de lo más asombrosa que su mente podía imaginar.

—Usted es una caja de sorpresas. —Él la soltó, y Ambra caminó, así relajaba la tensión en su cuerpo y sobre todo inspeccionaba con detenimiento. Una ligera música instrumental se escuchaba mezclada con los gemidos y movimientos de las muchachas. Había todo tipo de hombres, hasta el que hubiera parecido de lo más normal si lo viese fuera de ese espacio.

Reflexiva, se detuvo mientras escrutaba.

—Puede ser más que eso... —La chica que se encontraba amarrada en el centro del lugar en plena orgía parecía que estuviese poseída, ejercía movimientos inconexos.

—¿Más que eso? —Enseguida, Ambra caminó para ver mejor y lo dejó que creyera su pregunta.

—Puedo responder a su duda si acepta un trago.

Con el fin de evitar contestar, ella levantó su bebida y la mostró.

—Ya tengo una, ahora tiene poca excusa, solo espero que hable.

—Aún no sabe cuánto es de peligroso haber atravesado esa puerta —dijo él en un tono amenazador.

Demasiado curiosa para su gusto. Advirtió que Ambra quería aparentar astuta.

Ambra lo observó desconfiada.

—Veo que disfruta del espectáculo. —Damiano caminaba por los alrededores a su compás. Al arribar a otro espacio, abrió y la hizo entrar.

En ese momento, permaneció pasmada.

Sin habla.

«¿Cuántas zonas ocultas tiene este casino?».

En ese lugar había un ring con una pareja que ejercía el sadomasoquismo, sobre ellos, una luz roja central confería al lugar un ambiente horroroso. Era difícil detectar si la estancia era circular o cuadrada por los visillos que colgaban en el área. Ambra percibió que había más espectadores que en el primero, que se deleitaban con el escenario.

Sintió ganas de vomitar.

—¡Usted encuentra atractiva esta peculiar perversión!

—Voy a compartir un secreto con usted, pero no lo divulgue —confesó Damiano al comportarse como si fuera un niño—. Soy un apasionado de este tipo de actividades.

—Guau —solo emitió una palabra al descubrir que el detective serio que todos conocían escondía el más lóbrego secreto que una autoridad podía tener.

—Es parte de mi naturaleza.

«Naturaleza».

Su timbre de voz había cambiado, sintió su aliento igual que un soplo que dilataba cada vaso sanguíneo de su cabeza.

—Menuda cualidad, señor Damiano. —Se puso cara a cara para retarlo. Aunque temblaba por dentro, debía mantener su tranquilidad de modo que no se diera cuenta. Inconsciente, Ambra iba en dirección a un campo minado que en breve explotaría.

—Si me deja, la llevaré al más sublime universo que pueda desear. —Se acercó y agarró su mano. Su calva brillaba en medio de la luz roja fluorescente.

Ambra lo tanteaba sin ser consciente de que corría peligro.

Damiano no la dejaría ir por nada en el mundo, la amarraría si tuviera que hacerlo.

—Menudo universo —repuso Ambra.

—Ha llegado la hora de que lo vea. —La aferró de la muñeca y se desplazó a otro lugar, en el que se apreciaba más luz que en aquel otro truculento sitio.

Se dejó conducir, curiosa.

—Espere, tengo que ir al baño, ¿puede llevarme? —preguntó Ambra, con temblores, porque ni siquiera sabía moverse en esa inhóspita zona. Todo era nuevo para ella.

Las paredes eran cristales, entre los que, al parecer, una novata como ella se podría perder con facilidad.

—Por supuesto, cariño —comentó con una sonrisa malévola. La retenía como un tesoro, desde el momento en que ella había seguido sus pasos y había abierto la puerta del beneplácito.

Ambra entró en el baño y, rápido, echó la llave. Fue lo único que pasó por su mente. Sin saber hacia dónde correr, ojeó la estancia, no veía punto de escape alguno. Nerviosa, apoyó la bebida y vomitó en el lavamanos por la tensión que había acumulado. Se miró en el espejo y, con un poco de agua en las palmas, se humedeció las mejillas. De nuevo, examinó las cuatro paredes en busca de una ventana.

Rauda, sacó el móvil y llamó a su jefe.

—¡Carajo, contesta! —musitó preocupada.

—*Pronto* [2] —respondió su jefe.

—Estoy en peligro —fue lo primero que pronunció con la voz y las manos temblorosas.

—*Ambra, sei tu?* [3] —contestó Donato.

—Sí, soy yo. ¡Estoy en peligro! —recalcó.

—¿Qué dices?

—He encontrado al Cazador, y creo que me va a matar —reveló ella, en un estado de ansiedad e impotencia.

—Ambra —dijo su jefe con tono preocupado por la confianza que tenían de años ejerciendo esa labor—, sal de allí lo antes posible. Yo estoy en Sicilia y no puedo ayudarte. Mañana tomo el primer avión para Malta.

—Aguarda, te marco ahora —cortó la comunicación. Una ráfaga de luz iluminó su mente. Rebuscó un número nuevo que había registrado recientemente y marcó—. Gianluca —verbalizó al oír la llamada descolgar.

—Sí. ¿Quién es? —indagó con una tonalidad señorial.

Ambra escuchó en ese instante la manilla de la puerta y la vio moverse, como si alguien quisiera entrar.

—Presta atención, estoy en serios problemas, en peligro, mejor dicho. Es algo grave, creo que me van a matar. He encontrado al Cazador.

—¿Quéééé?

—Sí, tengo poco tiempo, es probable que me mate —expresó en tono flébil.

—¿Dónde estás? Voy para allá.

—Te envío la ubicación. —Al cerrar buscó la ubicación y sin perder el tiempo quiso pinchar compartir, pero, en ese instante, la puerta se abrió bruscamente y se asustó.

«Mierda».

Al ver a Damiano, solo replicó:

—Por favor, no me haga daño.

Damiano la sujetó con impetuosidad. Su verdadera naturaleza había salido a la luz. Había perdido la paciencia al esperar fuera.

—Nunca entendí a qué jugaba cuando se puso curiosa y, a la vez, melosa. —La sacó del baño y la encaminó con impulsividad a otro lugar.

—Usted es un horrible cerdo. —Había cruzado una línea peligrosa, sin marcha atrás.

Ambra casi se desmayó, sintió que la empujó para que entrara. Vio a varias jóvenes tendidas y atadas a unos soportes de leño, adyacentes a las mesas, con precisión; eran cuatro y faltaban dos puestos por llenar. Las ninfas, encima de la madera, vestían unas lencerías que dejaban distinguir sus intimidades. Expuestas a que varios individuos las tocasen. Sobre ellas, un foco de neón verde iluminaba sus figuras.

Un olor peculiar inundó sus fosas nasales.

Era imposible destacar.

Atónita, escrutaba de manera ofuscada.

—Toca su piel nívea. —Ambra gimoteó de miedo, con asco puso su palma y él la hizo deslizar—. Siente la suavidad y déjate llevar por la magia y la fragancia.

«Mierda, este hombre es un sádico».

—Estas chicas están muertas. —Con inapetencia y obligada, recorría el cuerpo. La ninfa estaba inmóvil.

—No, duermen.

«Duermen», gritó en su mente.

—Ella ni respira. —Se fijó en el pecho, puso sus dedos en su cuello. Descubrió que estaba viva, pero con un pulso muy bajo fuera de lo normal.

—Disfrutan del placer que les damos —replicó Damiano.

Ambra respiró su aliento, sabía a alcohol. Detectó su miembro duro. Se excitaba al practicar junto a ella las caricias que la muchacha aceptaba como un elogio de ser instrumento y provocar placer a un personaje que ni conocía.

Se sintió apresada.

En una jaula.

Sin escape.

Sin que nadie la rescatase.

Sin poder echar el ojo a su teléfono para cerciorarse de haber enviado la ubicación a Gianluca. Una vorágine de humo que salía por un orificio de la pared arrasaba con su entendimiento. Hacía que perdiera la cognición. Poco a poco, Ambra dejaba que Damiano la condujera a realizar sus macabros y tenebrosos deseos. Se dejó llevar, sentía su cuerpo como una pluma ligera, solo escuchaba sus susurros...

—Me encanta la obediencia. —Era una acción determinada en el acto que apreciaba.

—Ellas no obedecen, ellas están amarradas sin permiso para hablar —expuso con un tono relajado. Se sentía mareada. La tensión en su cuerpo y la mortificación no permitían que reaccionara, era incapaz de analizar o controlar la situación.

Albergaba la probabilidad de que Gianluca la socorriese del maniaco que estaba a su espalda. Una sensación de nostalgia la embargó por completo, después se percató de que el monstruo echaba un poco de aceite sobre la chica para introducir su asqueroso dedo. El ambiente parecía tranquilo para los que estaban allí presentes. Sin fuerza, se resignó ante la idea de que hiciera lo que él quisiera. Por fortuna, todavía vestía sus ropas, pero los oscuros pensamientos de Damiano incluían desnudarla y explorar su cuerpo con infinidades de caricias que ese tedioso lugar hacía cultivar.

Sin ánimo.

Con prisa.

Había perdido la noción del tiempo con lo que le hacía.

Deseaba huir con anhelo.

Correr lejos del asesino.

Tenía miedo de enfrentarlo.

Tenía que hacer todo lo posible para salir de allí.

Se sentía como una pluma que caía en medio de un lago profundo. Había atravesado la peligrosa línea que Damiano había mencionado rato atrás, en aquel espacio en el que él retenía a la perfección sus turbias emociones.

—Haré que pruebe la excepcional sensación que anida mi miembro por usted.

Fue lo único que oyó cuando sus fuerzas flaquearon.

«Este hombre va a hacer conmigo sus porquerías. Gianluca, ¿dónde estás?», sintió sus mimos de un modo misterioso y pasional. Se avergonzaba, cada respiración invadía su interior. Se dejaba ir...

Era el castigo por inmiscuirse en sus asuntos.

Todo para él era normal.

Una normalidad que albergaba su mente pervertida.

«Corre».

«Corre», decía en el profundo de su subconsciente. Asustada por aquellas manos que tocaban su cuerpo, sintió que Damiano la tenía abrazada todavía por detrás, con su cabeza apoyada en el pecho de él; con el miedo que le provocaba espasmos.

—Vive el pecado en forma de perversión —sugirió en modo íntimo y salvaje.

Damiano desplazó sus piernas con su rodilla, la había liberado de la chaqueta y su camisa, solo calzaba su pantalón. Disponía de un laborioso autocontrol para no apresurar el manjar que se comería con acurada codicia.

El bolso quedó tirado en el suelo. Ambra lo provocó con insensatez, con la posibilidad de que podía sostener la situación. Empero se equivocó al atravesar la puerta del pecado... De forma calmada, la acostó en una de las mesas vacías, vio que, con sus párpados pesados, oteaba a la chica de al lado, que parecía sin vida.

«Escapa».

«Escapa».

Su subconsciente insistía en que reaccionara, antes de que le quitara el pantalón.

La tocaba con ferocidad.

Palpaba sus senos.

Entraba los dedos en su boca.

Con la virilidad que poseía, lamía su ombligo.

En cada pequeña porción de su piel.

Con suspiros, saboreaba aquel pastel en forma de mujer que había tocado a su puerta.

—Oh, sí... —mascullaba por la sensación que provocaba su figura, que yacía como un cadáver encima de la mesa. Damiano empuñó las esposas de un cajón bajo el pedazo de madera, las colocó en sus muñecas, una por una, y las ató.

La poca lucidez que quedaba en Ambra la hizo sentirse devastada por haber cometido un error tan grave en su vida.

Un error por dar un nombre al asesino de su amiga.

Un error que, en ese momento, la hacía avergonzar.

Se dejó llevar por la depravada sensación que Damiano realizaba en su cuerpo, al esculpir su deseo en una necesidad asombrosa. Lo excitaba de forma lujuriosa esa intensidad que practicaba con halago, sabiendo que ella, siendo consciente, le prohibiría.

Sin inhibición.

Sin pudor.

Deglutía con fatiga; finalmente, iba a coronar su lascivia con la ninfa que se había interpuesto en su investigación.

Era así como había anhelado verla.

Desprovista de sensibilidad.

Desprovista de lucidez.

En su mundo.

En el que podía saciar sin cohibición sus pensamientos indecorosos.

En una piel virgen.

En una piel nueva...

Con una depravación que saciaba su lengua con lentitud, asimismo, degustaba el perfume de sus brazos bajo una tempestuosa tormenta.

Bajó la cremallera de su pantalón y palpó su monte de Venus. Maximizó el roce en su intimidad, lo olfateó con perversidad, en un universo oscuro en el que la estrella estaba a su merced para tocarla. Satisfacer sobre ella lo que sus instintos dictaban.

En la mente.

En el espíritu.

Fue allí donde, con destreza, ella quedó concedida a su voluntad en las manos del Cazador.

Capítulo 16

Dark Desire

En el momento en que descubría la siguiente víctima, la observaba y la examinaba; al llevar a cabo ese trabajo, mi cuerpo comenzaba a reaccionar igual que un necrófilo, sentía un excelso y sublime deseo que tenía que desahogar. Esperaba a que nadie se hallase por el entorno y, además, me cercioraba en el lugar donde estaba, de que la puerta estuviese cerrada. Era el instante más lujurioso, en el que iniciaba la seducción de mi muerta. La forma en que le hacía el amor era como la de un poeta que recitaba...

Cada verso.

Cada singular estrofa.

Mi excitación se iluminaba en una lóbrega lujuria, convirtiéndome en mi propio súcubo, de una ocre y funesta fantasía. Me trasfiguraba en un nuevo monstruo, con un insano *dark desire* al descubrir otra parte de mi naturaleza; por ello decidí irme lejos de aquel pueblucho en el que residía. No fue por pura casualidad que elegí la isla de Malta. Antes hice una cuidadosa búsqueda de los locales donde podía ejercer mis inconcebibles deseos sin ser juzgado. Recuerdo en ese tiempo a la mujer de mi primo, mi Diosa, en una de esas noches que compartía intimidad con su consentimiento, me reprendió al notar la ofuscación que atormentaba mi cabeza, en ese momento, supe que mi futuro en aquella ciudad estaba en juego.

—¿Piensas que seré juzgado por cómo soy? —Mientras preguntaba, vertía la cera derretida del cuenco que empuñaba, que formaba un pequeño corazón al endurecerse en la parte íntima de la Diosa.

—Todos somos juzgados por un motivo u otro. Recuerda que, para construir el mundo con la felicidad que quieres, tienes que aceptar tu verdadera naturaleza —recalcó ella al gemir por el placer que provocaba el denso líquido caliente en su anatomía. Una naturaleza que me embriagaba en un hilo que se alargaba con el minúsculo hallazgo en cada aliento insolente—; debes encontrar personas rebeldes que estén dispuestas a experimentar los actos que deseas aplicar, aquellas que te den un cierto dominio sobre tu personalidad.

—Lo estoy haciendo —manifesté.

—Para ello, debe crecer en modo psicológico. Haz que tu propio ego sea tu héroe por dentro y por fuera, en el pasado y el presente.

La Diosa había detectado la desesperación en mis ojos, me sostuvo la mano para que no cayera en el abismo de mis tétricos pensamientos. Era ya un joven con un don de intimidad abismal que mezclaba con absoluto erotismo. Un aspecto que no me gustaba eran las preguntas. Me incomodaba responder, tenía que esforzarme porque no había respuesta para mi inclinación, cuando comenzaban con el interrogatorio para conocerme mejor.

—Tú eres así y punto —me declaró la Diosa con una dulzura sosegada.

En ese instante la atraje hacia mí, desahugué el pensamiento negativo que me atormentaba.

Era ella quien me ayudaba a enraizar mi profunda oscuridad.

Era la que se reflejaba en mí mismo espejo, encarcelando en mi interior las luces oscuras

del animalesco deseo que sentía.

Era capaz de hacerme conectar como mi propio yo, para que aceptara el modo más hosco de mi universo.

Era quien alimentaba mi ego, para satisfacer sus antojos.

Era quien aumentaba mi imperturbabilidad haciendo que la sintiera como un obsequio que tenía en mi interior.

Era quien recalcaba que no ignorara mi naturaleza.

Era pan para mis dientes, con quien ponía en práctica mis actos temerosos. También era la que lo disfrutaba más que yo.

Era ella.

La única.

Mi Diosa.

Siempre tuyo.

Capítulo 17

—¿Dónde estoy? —interrogó Ambra al levantarse, desorientada por la claridad que cegaba sus pupilas.

Gianluca empuñaba una taza de café en sus manos con sobriedad.

—En mi apartamento —replicó él al acomodarse en el centro de la mesita, delante del sofá—. ¿Cómo te sientes?

—Tengo náuseas, necesito un baño con urgencia. —Tenía que enfrentar el argumento, necesitaba entender lo que había pasado; por más esfuerzo que hacía, su recuerdo era confuso. Por fortuna, estaba fuera de peligro, pese a la situación complicada en la que había venido a caer.

—En el pasillo —indicó Gianluca mientras le mostraba el espacio para que lo usara.

Ambra, con prisa, pero apoyada en la pared para no caerse, fue en su dirección; apenas deslizó la puerta entrecerrada, corrió al váter y vomitó. Esperó a sentirse aliviada y luego se lavó la cara, humedeció un poco de papel y se estrujó los ojos para deshacerse del resto del rímel que se colaba en sus ojeras. Observó los detalles del baño lujoso, daba la impresión de estar en un hotel de cinco estrellas.

Gianluca la había salvado, pudo arribar a tiempo antes de que Damiano la desnudara por completo. Un sudor recorrió su frente, había hecho mucho esfuerzo. Evocó, explícitamente, cómo sucedieron las cosas cuando estaba tendida a merced del detective.

«Carajo, ese cerdo tocó mis partes íntimas».

Agradecía el valor que había tenido Gianluca yendo a rescatarla al indecoroso lugar para maniacos depravados, en el que se ejercían las fantasías más tenebrosas que un ser humano podía guardar. Regresó un poco mejor a la sala y se sentó en un taburete junto a la encimera. Apreció la figura de Gianluca que sorbía el café humeante en lo que miraba hacia afuera.

—¡Ha sido una mierda meterme allí!

—¡Ya! —exclamó Gianluca, con circunspección, tras ladear su costado en forma misteriosa para estar cara a cara con ella. Conocía aquel lugar y sabía lo que se llevaba a cabo.

—Sé que has hecho un acto de héroes.

—Hay lugares peligrosos que te pueden costar la vida. —A tragos pequeños, se bebía el café, parecía pensar de manera misteriosa.

—Noto que estás turbado. ¿Estás cabreado porque te pedí que me ayudaras?

«Quizás se sentía amenazado o temía que lo involucraría en problemas, porque entendía que después iría a presentar la denuncia contra el detective», meditó.

—Lo estoy un poco. —Sin duda, era indiscutible haberla socorrido, lo haría de nuevo si fuese posible. Pero había algo que Gianluca detestaba del rollo en el que se había metido Ambra.

—Para mí, en especial, es relevante.

—Es reconfortante escuchar que lo tomas en cuenta. —Gianluca hablaba con parsimonia, haló un taburete y se acomodó sobre él. Cavilaba de una forma enigmática.

—Espero que lo aprecies. —Ambra advirtió un aura suspicaz.

—Ya.

No entendía por qué se comportaba así. Ella manifestaba su aprecio por lo que había hecho. Tenía la sensación de que estaba fingiendo o que sus palabras no le importaban mucho.

Cerró las manos y con los dedos índice y pulgar se frotó la nariz. Era difícil descifrar lo que le pasaba por la cabeza. Avergonzada, cruzó las piernas por su reacción indiferente. Tuvo la sensación de que sus palabras lo incomodaban.

—Es mejor que me vaya.

—Quédate, todavía es temprano.

Ambra observó sus rasgos tan perfectos... Percibió una diluida neblina que revestía sus iris. Como una flor cuando el polen cae en sus pétalos al sobreponerse al propio color.

—Gianluca, necesito tu sinceridad en lo que voy a preguntarte. Cualquiera que sea la contestación, por favor, dímela, para bien o para mal. —Lo observó con fijeza. Algo lo turbaba y ocasionaba escepticismo en él. Quizás era por la revelación que había hecho—. ¿Te ha incomodado lo que dije con anterioridad?

—Ambra, comprende que es la primera vez que me veo involucrado en una situación similar. Aún más, si se trata de lugares de esa envergadura y con personas como ese señor.

—El detective Damiano —pronunció.

—Existe la probabilidad de que no se quede de brazos cruzados, él vendrá a por ti otra vez —informó Gianluca, con suma claridad.

Ambra no lo había pensado y se asustó.

—A pedir explicaciones de por qué me ayudaste —agregó, con la certeza de que tenía razón.

—No solo eso, querrá callarte de una forma u otra. Tú has descubierto su mundo. Para él, eres una amenaza.

—Puedo denunciarlo por lo que hizo, yo estaba en contra de mi voluntad —replicó Ambra.

—A ver..., ¿él te condujo a la fuerza hasta allí? —Gianluca necesitaba aclarar sus ideas, porque creía que ella había entrado a aquella zona del casino por decisión propia.

—No, lo seguí. Pero al entrar a ese sitio me sentí mareada, entonces él aprovechó e hizo lo que quiso conmigo.

Un arrepentimiento repentino la invadió. En lo más profundo de su interior destacó aquella inusual experiencia como una de las peores de su vida, también de su trabajo.

—Espera a que entienda... Prácticamente, ¿tú lo perseguiste? —indagó Gianluca con preocupación.

—Sí —comentó Ambra al aceptar que había metido la pata en el lodo.

—Por lo tanto, ¿qué denuncia piensas poner?

Permaneció en silencio.

Reflexionaba a sus palabras.

«Es verdad, él podría explicar que me encontró allí dentro; además, las cámaras de seguridad corroborarían su versión».

«¡Qué carajo, carajo, carajo!».

—Puedo decir que, cuando entré, curioseé un poco el lugar y, al sentirme mareada, él se aprovechó de mí —confesó ella—. Es la verdad.

—Ambra, cuando llegué, todavía llevabas puestos los pantalones. —Gianluca pensativo la escrutó—. Es difícil entender qué quieres obtener; por lo que he visto, él no abusó de ti.

—Pero estaba en contra de mi voluntad, también mareada y dormida.

—Te vi como si estuvieras somnolienta —aseguró Gianluca.

—Luego, ¿qué ocurrió?

—Me acerqué y, al estar tendida, creí que estabas muriendo.

—Menudo susto. —Sonrió Ambra—. Imagino lo que saldría en los titulares televisivos: «Médico de Patología Forense asiste a la muerte de la...».

—Cállate —la cortó. Ella sonreía para aligerar el momento de tensión que se había creado—. Fue un susto que no le deseo a nadie. Entonces, sentiste curiosidad y comenzaste a pasearte por allí. ¿Qué viste? —dijo con el fin de averiguar más.

—Te ahorraré los detalles, porque comprendes lo que en ese sitio se lleva a cabo, y lo que el detective practicaba con sus sádicas manos.

Gianluca tuvo una expresión neutra.

—Lo amenacé al comunicarle que había llamado a un agente policial, y ya estaba en camino, si no te soltaba o te dejaba en paz.

—¿Él qué hizo?

—Creo que se asustó porque se alejó, ni siquiera me di cuenta de por dónde se fue —repuso él al tiempo que levantaba una mano en señal de que no pudo hacer nada.

—¿Y lo dejaste escapar? —preguntó Ambra al imaginar ese funesto episodio.

—¿Querías que te sacaras de allí o que saliera a correr tras él? Luego pensé que, como te ocupas de investigar el caso, hablarías con alguien en la comisaría.

—Que me sacaras de allí. ¿Cómo me soltaste? —Detectó un *miedo* indescriptible al recordar las manos del detective y sus sucios susurros.

Un miedo que se había hecho realidad.

Un miedo que se había cincelado en lo más recóndito de su corazón.

Un miedo que tenía nombre.

—Llamé a un chico que estaba... —Se silenció con la finalidad de evitar detallar lo que hacía el chaval. A pesar de que la conocían y había estado en una recíproca intimidad, todavía le faltaba confianza para dialogar sin reserva—. Pregunté por las llaves y él, concentrado, me ignoró mientras continuaba teniendo sexo con una muchacha.

—¿Cómo la conseguiste?

—Me acerqué y lo advertí de que la policía se encontraba en el casino, llevaba a cabo una redada. Él indicó asustado que la llave estaba debajo de la mesa, que había en un cajón, y salió corriendo en pelotas. Fue difícil sacarte de aquel lugar, era imposible salir por la puerta principal, porque alertaría a todos, al tratarse de una zona privada que muchos desconocían. Te subí encima del hombro, luego pregunté por la salida de emergencia al primero que vi. Había varios hombres que parecían gorilas que aparecieron y se posicionaron delante de mí; sin vacilar, les dije lo mismo.

—¿Sabes?, creí que no te había mandado la ubicación. Por suerte, sin darme cuenta, había pinchado la opción de compartir, porque en ese instante —agregó—, Damiano entró en el baño. Si no te hubiese enviado la ubicación, imaginas qué sería de mí en estos momentos.

—Estarías inmovilizada.

—Mejor dicho, muerta. —Ambra frotó su cara con los dedos.

—¿Cómo dices?

—Gianluca, Damiano es el Cazador. Tengo que denunciarlo.

Ambra captó que pensaba.

—Para mí, es un personaje que va a desahogar sus fantasías —argumentó sin dar peso a sus palabras.

—Es un enfermo mental. ¿A qué individuo que razona con los cinco sentidos le gusta tener sexo con una chica que finge estar muerta? —Ambra manifestó su idea con ansiedad, a la expectativa de que aprobara su razonamiento.

—Considero que es una persona que se divierte con ese tipo de cosas. Que satisface sus necesidades de ese modo, como hay otros que lo hacen de manera diferente.

—Menuda manera de buscar mujeres y participar en orgías.

—Pero él no busca mujeres en la calle. Va a los lugares adaptados para ello —aclaró él.

Ambra notó que lo defendía de forma indirecta, quizás porque era hombre.

—Lo entiendo, si bien, es siempre una persona anormal —indicó ella, dando énfasis a la última palabra. Quería descifrar la luz que emanaba de sus iris. Se centró en su figura, inhalaba y exhalaba con parsimonia.

Suspiró con la mirada serena, se aseguró de que Gianluca razonara a sus palabras.

—Es solo un hombre con actitudes peculiares. Hay muchos similares a él.

—Es necesario investigarlo, y yo seré la primera en hacerlo. —Cubrió su rostro con sus manos al pensar en cómo reaccionaría cuando lo tuviese enfrente. Sentía asco por aquel morboso hombre. Soltó un bufido. Llevaría su confesión a la comisaría, aunque primero debía hablar con Donato, su jefe.

—Pues tienes que actuar antes que él. —La alertó de que había una posibilidad de que el detective pudiera adelantarse y declarar su versión antes que ella.

—Voy a buscar el móvil, tengo que enviar un mensaje a mi jefe. —Era conveniente que Donato estuviese alerta.

Observó que él apretaba la mandíbula marcada con levedad, con la barba cortita y el bigote fino pero pronunciado.

—Espera. —La frenó.

—¿Qué pasa? —Recorrió su figura con sorpresa.

—Evita mencionar mi nombre. —Gianluca no quería tener nada que ver con esa acusación, porque estaba seguro de que debería ir a dar una explicación y su carrera podría verse perjudicada. Tendría que responder a un interrogatorio—. Te he echado una mano, pero de ningún modo quiero verme implicado en lo que concierne a tu declaración con testigos.

Esa respuesta la dejó pasmada, no esperaba una contestación como esa. Pensaba que, ya que la había ayudado y ver lo que había hecho el detective, él estaría dispuesto a colaborar para que lo atraparan y terminaran con el caso que, desde hacía años, estaba en curso. ¿Qué podría hacer Ambra para que su testimonio fuese creíble si no contaba con su ayuda?

Capítulo 18

Ambra, atónita, casi se atragantó. Necesitaba su declaración para que la denuncia tuviese peso y credibilidad. De esa manera, Damiano sería detenido.

Puso la mano en su pelo con expresión preocupada. Su repulsión la había tomado por sorpresa.

—¡Necesito de ti! —estableció. Su confesión sobre lo que ocurrió era indispensable para impulsar la resolución del caso.

«¡Carajo, esto no me lo esperaba!».

—Negativo. Para ello, no —claudicó Gianluca, al levantarse del taburete.

—¡Por favor! —le suplicó con la mirada perdida en dirección a la ventana donde él sorbía su café. Una infinidad de pensamientos azotaban su cabeza. Su negación derrumbó las expectativas de poner fin a su estadía en la isla. ¿Qué se podía inventar? De ninguna forma lo obligaría, convencerlo sería lo mejor, pero ¿cómo?

«¿Por qué?», meditó al rascarse la frente y después la nuca.

—¿Es por tu carrera?

—¡Basta! —Gianluca gritó enojado, con el ceño fruncido. No soportaba su insistencia. Nunca había ido a una comisaría, ni había tenido nada que ver con la justicia. Era un hombre sin antecedentes, por lo que manchar su nombre por Ambra era lo que menos deseaba. Apenas la conocía. En el momento oportuno le tendió la mano, con presteza, sin requerir nada a cambio, pese a ello, solicitaba que respetase su decisión.

Ambra captó la sombra gris que mostraba su temperamento, hasta entonces se había comportado como un donjuán, con un *sex appeal* afable, disponible, desde cierto punto de vista. La tonalidad de la piel de su cara pasó de blanquecina a roja. Era una reacción desmedida, solo había solicitado su ayuda, al no ser así, se alejaría sin pedir más. Ella solo deseaba acabar con una cuestión: meter entre rejas al hombre que se aprovechó de su sensibilidad. Anhelaba con ardor poner fin al tema del Cazador de Cisnes.

A Damiano.

Quien disponía de poco entusiasmo para resolver el problema que temían las ciudadanas de la isla.

Quien en los prostíbulos era una autoridad.

El que poseía un cargo alto, y lo usaba con el fin de comportarse como él quisiera.

Quien tenía las horas contadas.

Según decían, era el mejor detective de Malta, la isla ubicada en el Mediterráneo.

Si Gianluca se retractaba, Ambra haría lo imposible para dar su versión y que fuera creíble.

Era verdad que Ambra había vivido una intimidad fortuita con Gianluca que todavía permanecía latente en su memoria, ya fuera por el lugar inhóspito donde se llevaron a cabo los hechos o por los espectadores, pese a que sería difícil que hablaran. En aquel momento parecía excitante. Él la marcó con un crayón imborrable para toda su vida con ese acto.

Vacilaba sin saber qué agregar a su rechazo. Tal vez, si lo dejaba madurar la idea durante unos días, cambiaría de opinión. ¿Cómo haría a fin de hacerlo razonar de que necesitaba esa

declaración para atrapar a Damiano?, ya que lo había descubierto.

«Damiano tendría que estar con el agua al cuello de asustado», pensó.

En ese instante, Ambra se acercó con debilidad.

Él giró su costado, la miró con sus dos pupilas enigmáticas.

Ambra sintió en su cuerpo un efecto colateral que solo Gianluca podía provocar.

Con sus defectos.

Con su experiencia.

Con la valentía de ser capaz de percibir la pasión que una mujer pudiera tener apagada.

La sombra que expelía se apoderó de ella. En ese ínfimo segundo, Ambra vio un Gianluca irreconocible, con un aura malévola y, a la vez, sobria. Ella apreció pavor de nuevo. Le dolía el estómago. Su afabilidad desapareció, sin entender el porqué, había desahogado su rabia de forma inusual. Había asistido a episodios iguales, con su jefe y con otras personas, empero nunca sintió miedo por cómo lo veía.

—Discúlpame —dijo Ambra con voz agitada. Fue lo que pudo articular. Metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

Gianluca la desafiaba con su mirada.

Ambra entendió que él nunca daría su versión en la comisaría. Sus iris eran como dos rayos láser, que quemaban su piel con extrema ligereza.

«Tengo que salir de aquí», reflexionó.

Había traspasado su valentía, preguntando si podía ser su testigo. Para él fue la gota que colmó el vaso. Aunque en ocasiones hay gente que siente urticaria al ir a la comisaría o verse envuelta en un tema tan delicado y mediático como era el del Cazador de cisnes en ese momento. Comprendió que su favor se haría público, lo llevaría a ser perseguido por la prensa, siempre y cuando la información se filtrase. Ambra no era nadie para él, ¿por qué debería ayudarla? Lo entendía en modo trascendental, su reputación se iría al traste. Era consciente de lo cotillas que resultarían los medios de comunicación. «Son expertos en destrozarse a cualquier con tal de vender noticias».

Su semblante cambió, sin mover su espalda ni las líneas de su rostro. Estaba ahí, la escrutaba de un modo indescifrable, expulsaba su misterioso y afable aroma rodeado de un erotismo portentoso.

«Madre mía, este hombre hasta enojado es bello».

Una belleza capaz de bajar las barreras más altas que una mujer pusiera.

Se sentía seducida de una forma prohibida.

Sin reserva.

Declaraba su negación con mesura. Su aspecto cautivador absorbió su respiración y le provocó una agitación de los pies a la cabeza, mientras recordaba cómo la había seducido con solo tocar su nuca. Era incapaz de despojarse de la llama ardiente que había encendido con su mirada. Con miedo, anhelaba quitarse el ilícito deseo que avivaba su figura imperiosa.

Con cada toque.

Cuando sus iris se centraban en su boca.

Era quien tenía el poder de hacer tambalear sus piernas en ínfimas circunstancias.

Con su pródiga apariencia, creaba una impoluta sensación que se convertía en tensión, que elevaba su placer al imaginar tenerlo a su disposición.

Su subconsciente gritaba que se calmara, que aquietara y controlara la intensidad que aquel perfume suscitaba en su beata gratitud.

—Tengo que buscar el móvil —articuló. Ambra percibió sus electrizantes ojos detrás de

ella. En el instante en que tomó el aparato, apareció el nombre de su jefe, junto a su perro, con una llamada entrante. Sin embargo, no pudo leer los mensajes que había enviado la noche anterior. Sin preámbulo, se dirigió a la puerta para poder mantener una conversación segura y tranquila.

Con la palma de la mano izquierda agarró el pasamanos mientras bajaba los escalones. Evitó entrar en el ascensor, porque la señal se debilitaría. Con cada peldaño que descendía, su miedo se calmaba y se sentía más tranquila.

Capítulo 19

Dark Desire

En el periodo de mi desarrollo, las hormonas jugaban el peor partido sobre mi cuerpo; eran las que me incitaban a cometer actos depravados que solo la Diosa podía colmar el vacío que las adolescentes dejaban. Me sentía una mierda al comprender que no era como mis amigos. Caminaba por las calles y me reprochaba: «¿Por qué soy diferente?». Asistía a los encuentros con un grupo de compañeros, me encantaba estar en su compañía y pasar el tiempo con ellos. Un día, la mayoría de mis amigos confesaron que todavía no habían hecho el amor. Recuerdo que una de las chicas dijo esa vez que ella se conformaba con besuquearse y que pasar a mayores se hallaba lejos de su mente. Al escucharla, experimenté una sensación de repugnancia, más bien sentí que mi interior se encontraba putrefacto. Imaginar babosear a una chavala me daba asco. Fue allí donde me di cuenta de que mi particularidad estaba posada sobre un campo minado y explotaría en cualquier momento.

Este es otro de mis secretos, detecto besar, prefiero seducir y permitir que el cuerpo hable por sí solo; lo hallo satisfactorio. Crear esa atmósfera de tensión y dar lo que necesiten aumentaba mis creencias de ser capaz de mucho más. Llámame como quieras, soy diferente, culpo a mis instintos de ser un chico insólito.

Antes de tener intimidad con una chica, proponía que me practicara sexo oral, pero amarrada con una cadena caliente. Si se retractaba, entonces pedía de forma romántica que me suplicara como una gatita a que le diera su elixir. La mayoría de veces fui rechazado, y la cólera crecía de una manera desorbitada. Era algo que no podía controlar. Cuando captaba mi ira, me miraba como si fuese un loco. Era un mal momento, en mi psique ese rechazo me destrozaba hasta tal punto de sentirme como había mencionado con anterioridad: una mierda. Un joven cuya natura degeneraba. En mi cabeza, el cerebro bombeaba palabras fuertes como perverso, enfermo, psicopático... a pesar de lo cual, por otra parte, el subconsciente murmuraba: «Si lo fueras, abusarías de las ninfas que no estén dispuestas a ello». Con eso conseguía tener quietud en mi mente. Aunque duró poco, era una guerra sin tregua que peleaba día a día, minuto a minuto. Ahora puedes juzgarme si quieres, pero otra revelación de mi personalidad es que las ninfas fáciles no me llaman la atención de ningún modo.

Mi inclinación va a las reservadas.

Las que se retractan.

Las que responde con un «no» rotundo cuando las enamoro, son ellas las que cautivan mi personalidad, para después reinar en su interior y ahogarlas con sus propios deseos.

Mis padres nunca supieron nada, hasta el día de hoy que cuento mi historia. No sé calificar si me atrae el BDSM^[4] porque, a veces, no logra excitarme en absoluto; por más esfuerzo que pongo, es inexplicable para mí también. Suena bizarro, ¿cierto?

En un verano, el calor afanaba a las personas, hasta hacerlas marearse por la baja tensión. Aquellos días, recuerdo que en Sicilia el termómetro de la farmacia del pueblo marcaba 45 grados. La temperatura te quemaba la piel apenas salías. Los medios de comunicación daban la alerta de que se acercaba el viento de siroco. Iniciaba el mes de julio, y mi intranquilidad crecía, porque la chica que se había negado durante meses a una de mis peticiones se iba de vacaciones

con su familia por unos días, pero volvía. Cuando entendí que ella no cedería de la más mínima forma a que pudiera ejercitar mis oscuros deseos con su hermosa figura, me preparé para su regreso. Usé la táctica que me había enseñado la Diosa, mi Diosa: estrategia adolescente, convertirme en una persona fiable y más cercana a ella.

Cuando regresó de sus vacaciones, y tras otro episodio de rechazo, un día, en una tarde de tertulia mencioné:

—Permíteme ser tu amigo, entonces. —La miré con rabia.

«Un coño de amigo», pensé para mis adentros.

—Ni se te ocurra malinterpretarme, por favor —establecí, al alzar las manos en señal de rendición. Tenía a la chavala entre ceja y ceja porque, con su negativa, me impedía realizar lo que mis deseos elucubraban.

Ella reflexionó a mi petición en silencio, luego arqueó la ceja y respondió que me daría esa oportunidad.

En ese mes fui su camarada más cercano. Me volví su dependencia total.

Las miradas.

Hice que los roces cobrasen forma en su memoria. Cuando tuve la certeza de que literalmente era el patrón de sus pensamientos —antes de seguir, tengo que precisar que nunca la besé ni la enamoré con palabritas cursis, no soy ese tipo de hombre, ni siquiera en mi pubertad —, permanecí a su lado por un tiempo; eso sí, menos de un año. Cuando ella decidió dejar que la tocara, con puro placer, navegué como un pirata en su hermoso interior. Absorbí las infinitas veces que se negó a mi petición, le hice sentir lo que se había perdido. Cuánto me gustaba. La conduje por un prodigioso océano para que remara, cuya dirección era yo. Es más, le mostré que yo dominaba su cuerpo y ánimo —era una pequeña venganza, sé que fui canalla, pero entiéndeme que insistí mucho y ella nunca accedía—. Su debilidad fue un punto a mi favor, yo me ejercitaba con mi Diosa y, por otra parte, ejercía la práctica con la niña ingrata. La atraje. Maniobré sus vasos sanguíneos para que fluyera en mi beneficio. Solo con toquecitos y caricias que corrían por debajo de sus cortos vestidos; en la escuela, detrás de la capilla, en la iglesia donde nos reuníamos a fin de estar con mis compañeros, en su casa, a la que iba con la excusa de estudiar, una tarea que duraba media hora máximo. Ahora te preguntarás cuál sería ese estudio. Practicaba sexo oral de todas las maneras posibles; en muchas de las ocasiones, ni de broma permitía que alcanzara el orgasmo. Era una pequeña punición. Era veloz en ciertas situaciones. La dejaba turbada en casi todos nuestros encuentros. Recuerdo que, cuando terminaba, ella no podía abrir la boca porque temblaba. Solo decía: «¿Ya te vas?». Y yo, sin replicar, abría la puerta y salía de allí. Quedarme a escuchar sus diatribas me fastidiaba, un día, antes de irme, dijo de sentir emociones jamás probadas. La miré con media sonrisa maléfica. Era su Poseidón, el que alborotaba su intimidad. Al mismo tiempo, nutría mi triunfo, cada vez que estaba con ella me distanciaba al cerciorarme de que el objetivo que me había propuesto llegaba a su fin.

En aquella época, Grazia, era su nombre, confesó que le encantaría hacer el amor conmigo —era obvio, ni siquiera me sorprendí—. Teníamos quince años.

Soy conocedor de que mis gustos son un poco raros, pero desde esa época en que necesitaba contestación, la penetración era el último pensamiento que pasaba por mi cabeza y, a día de hoy, sigue así, pero está claro que al terminar mis actos toca desahogarme. Busco, y siempre buscaré, el avaro placer que una vagina pueda dar.

Llamo bálsamo a esa holgura.

Capaz de provocar escalofríos con su suavidad.

Aligerar las cargas que un cuerpo pueda sostener.

Suscitar grandes inquietudes en la mente humana.
Acoger al que posee la sublime dependencia de una sensación abrumadora.
Mi respuesta a la niña ingrata fue:
—Eres mi amiga, y los amigos no follan. —Sí, así de vulgar.
Fue la última vez que la vi.
Y estoy seguro de que todavía me recuerda.
Siempre tuyo.

Capítulo 20

Ambra esperaba a su jefe fuera del edificio donde vivía Gianluca. Con un tic nervioso, movía irrefrenablemente las piernas y se mordía las uñas. Examinaba la vía de izquierda a derecha. En ese instante recibió un mensaje en su móvil que decía:

Estoy al inicio de la calle. ¿Estás?

Sí, me encuentro en la acera, a dos metros de un árbol frondoso —respondió Ambra ansiosa por verlo.

Suspiró con una intensa profundidad y confortación. Caminó al apreciar el coche que venía en su dirección; enseguida, la soledad que percibía desapareció al sentirse protegida por la figura de Donato. El vehículo aparcó a su lado, Ambra abrió la puerta y se acomodó en el asiento del copiloto. Un quejido de alivio salió de su boca.

—Donato —enunció, aguardó por un abrazo que no llegó de su parte, aunque era su jefe y no tenía ese tipo de confianza con él, más bien profesional.

—*Cos'è successo?* [5] —inquirió en italiano. Donato la examinó con preocupación—. Ayer por la noche, con tu llamada, me asusté mucho, presentí lo peor y en el rollo que venía si te hubiera pasado algo.

—Ahora, mientras llegabas, vi tus mensajes.

—¿Entonces?

—Encontré en el casino al detective que está a cargo de la pesquisa de Concetta. De súbito, captó mi atención que él estuviera allí. Como lo usual y lo acordado está en la búsqueda de cualquiera que tenga un perfil semejante al Cazador, me centré en él al percatarme de que a Damiano le gustaba jugar en el casino.

—¿Damiano es quien lleva la investigación? —interrogó con cierta duda, al mismo tiempo quería rectificar que era a él a quien se refería. En los intercambios de mensajes había hablado de él.

—Sí, le seguí los pasos, sin acertar adónde iba a parar.

—¿Qué cojones dices? Habíamos acordado que, si sospechabas de alguien, me contactarías —estableció alterado.

—Lo sé, he tenido poco tiempo.

—¿Entiendes que hay un límite en este trabajo para retirarse? Eres mujer y tu figura resultaría una presa fácil para cualquier hombre. Ambra, te contraté por tu intuición; percibes cuándo un asunto va mal y no te rindes e insistes hasta que se demuestra lo contrario.

—Todo pasó rápido. Había chicas que lo rodeaban, pasaban las manos por sus hombros y se iban. Luego él se levantó y yo caminé a su espalda a escondidas... —Ella terminó de contar cómo habían acaecido las cosas. Mientras hablaba, recordó las palabras que sugirió Damiano: «Vive el pecado en forma de perversión». La hizo sentir sucia otra vez.

Donato encendió un cigarrillo y el motor del vehículo que había alquilado. Puso el primer cambio y, en lo que despegaba, Ambra vio a Gianluca salir del edificio. Se dio cuenta de que había dejado su bolso en su apartamento.

«Más tarde iré a por él», pensó.

—¿Adónde vamos? —Tragó saliva, abrió la ventanilla para respirar aire. El humo del tabaco la fastidiaba, porque todavía no había desayunado.

—A la comisaría, es hora de hacer frente a la situación. —Donato era un hombre de cincuenta y cinco años con los brazos llenos de tatuajes, alto, con barba, su pelo se asemejaba más al gris que al castaño y era un amante del *rock*. Usaba camisetas con estampas de sus grupos musicales preferidos.

En su agencia de investigación, los años de experiencia le habían contribuido a que, cuando uno de sus empleados se encontraba en situaciones que amenazaban su carrera o la de su empresa, lo primero era reportarlo a la estación de policía. La cuestión era que se trataba de Damiano, una autoridad que trabajaba en el mismo lugar al que iba a denunciar.

Al arribar al edificio, los llevaron a una sala con un señor anciano. Ellos contaron los detalles de lo ocurrido, hicieron mención del detective Damiano. Ambra sentía presión, se reclinó hacia la mesa y suspiró, mientras miraba al hombre con arrugas pronunciadas en su cara. Si le preguntaba por un documento de identidad, mostraría el que tenía escaneado en su móvil, ya que había dejado el bolso en el apartamento de Gianluca. Sintió que la barriga ronroneaba. Necesitaba desayunar para recobrar fuerzas.

—Es una situación delicada —dijo el policía.

—Cierto que es *delicada*, pero seguiremos con la denuncia. Comuníquelo a su jefe si es el mismo de Damiano.

—¿Hay pruebas? —preguntó. La demostración en una denuncia es un punto clave para dar veracidad a los hechos.

Ambra, amilanada, hizo un gesto negativo.

—Puede buscar en los registros del casino —repuso ella.

—Todo está grabado; si es de su competencia, prosiga con ello —replicó Donato, al continuar el discurso de Ambra. Él hizo una leve inclinación para apoyarse en la mesa al tiempo que entrelazaba los dedos.

—El detective es el Cazador, el que ustedes buscan —abogó Ambra—, tienen que encontrarlo. —Cerró sus ojos, albergó ese momento con el fin de dar quietud a la angustia ofuscante que se había instalado desde la noche anterior. Al abrir los ojos, esa posibilidad se alejó. La desilusión la embargó al ver al hombre que estaba delante de ella. Nutrió la esperanza de que se convirtiera en una falsa felicidad al considerar que Damiano se encontraba fuera de las cuatro paredes.

Imaginó una visión panorámica de lo que podía suceder desde ese momento en adelante, siempre y cuando lo detuvieran.

Su carrera como investigadora secreta se elevaría.

Donato podría ser cascarrabias, pero era un buen jefe, la premiaría con un porcentaje de lo que cobrara por la pesquisa.

Sí, el Cazador se viera atrapado, muchas familias tendrían un nombre para sus muertas. Donato y Ambra volverían a Sicilia, promoviendo en lo alto la mejor agencia.

—Aunque el detective se asemeje al Cazador de cisnes, debemos tener pruebas suficientes; de lo contrario, podemos hacer poco al respecto —dijo el señor.

Ambra sintió un fuerte puñetazo por esa contestación, si bien ya lo sabía. Si iba al casino a hablar con los dependientes, se encontraría en más problemas; además, ellos nunca dirían nada. Para resolver la situación, necesitaba la ayuda de Gianluca. Una vez que saliera de allí, iría a por su bolso. Quizás tuviera suerte y él aceptara ayudarla esa vez.

Donato prestaba atención a la conversación y a la posición en que se encontraba el señor. Comprendía que no podía hacer nada para concretar la acusación. Analizar los detalles de lo ocurrido llevaría algunos días, empero era su deber averiguarlo.

La expresión de Ambra hablaba por sí sola.

—¿El detective está aquí? —interrogó Donato.

—Tiene el fin de semana libre —replicó el señor. Atrajo la atención de los dos en el mismo momento en que se miraron. En ese instante, ahuyentó la esperanza que ellos pudieran tener.

«Lo que faltaba», pensó Ambra.

—Joder... —susurró al comprender lo que había escuchado.

Ambra observó el techo sobre ella, la luz blanca transmitía un sonido exacerbado que la conducía a desvanecer sus expectativas y se hundían en un elegantísimo pozo de lodo. Anhelaba terminar su trabajo de un modo seguro, de un modo que le permitiese la tranquilidad que necesitaba; era indudable que el camino correcto era continuar hasta dar con él. Aquellas palabras llegaron como un alfiler a su estómago.

—Hágale saber esta denuncia. —Era la justa conducta que ellos debían llevar a cabo.

—Ustedes despreocúpense, resolveremos pronto la cuestión.

«Mentira».

«Solo mentiras».

«La insulsa respuesta que daba para que las personas estuviesen tranquilas. Como era la autoridad, no podían decir lo contrario».

—Espero que haga su trabajo, si no tocará mover a mis contactos con tal de tener información sobre vuestro avance —dijo Donato en tono amenazador, con absoluta seriedad. Debía presionar con el fin de que captara la importancia del mensaje y de que el juego se había acabado.

Sin agregar nada más, el señor realizó los documentos para elaborar la denuncia en contra de Damiano. Otro hecho que lo ponía en la mirilla de su superior. Poco a poco el detective perdía fuerza, parecía que en una semana todo se había ido al traste, por lo que mostraba y practicaba fuera de la comisaría.

—Tranquilos —afirmó el señor, para infundir sosiego.

—Encárguese de inmediato, esto tiene que ser resuelto pero ya —claudicó en voz tajante. Compartió su mirada con la de Ambra que se veía inquieta.



Damiano se escondía a unos kilómetros de su apartamento. El día anterior, antes de huir, había insertado una nota por debajo de la puerta a su esposa. Dejó escrito lo que tenía que decir en caso de que se comunicaran con ella, preguntando por él. Se encontraba en la pensión de una amiga prostituta. En lo que se frotaba los dedos, su estado impedía que razonara con claridad. Por fortuna, por un lado, estaba relajado, ya que la chica le debía algunos favores.

Ojeaba por una ventanilla. Quería llamar a un amigo abogado, pero llegó a la conclusión que, si declaraba que hacía cosas vergonzosas fuera de su casa, lo acusarían aún más. Tenía la opción de no ser sincero, pero, si le decía la verdad, estaría en problemas. Su móvil permanecía apagado y había puesto en *off* la opción de rastreo.

—Préstame tu teléfono —pidió a la muchacha, que obedeció con presteza.

Navegó en busca de alguna comunicación relativa al allanamiento del casino; sin

embargo, fue en vano. Confundido, miró pensativo al suelo. Sin dar con cualquier noticia que lo relacionase, respiró y exhaló al albergar un poco de alivio. Se sentía un gusano. Se había dejado llevar por la satisfacción de tener a su merced y, sobre todo, de tocar a la muñeca que le había echado en cara que no era bueno en nada. Un error que se sumaría a la investigación, en la que su jefe y superiores estudiaban con tal de encontrar información para trasladarlo de su puesto de trabajo. Escuchó un coche que se acercaba, se levantó raudo y examinó por la ventanilla otra vez. Al parecer, eran dos turistas que se habían perdido.

Encendió el televisor a la espera de que los noticiarios emitieran la actualización del día. Miró la hora, faltaba poco para la primera transmisión de las doce.

«Hay que pensar con la cabeza fría, es posible que sea temprano para que salga algún dato relativo al registro que hizo la policía ayer. Ambra, Ambra... ¡Joder!, podría estar denunciándome a estas horas. Tengo que dar con ella a toda costa y hacerla callar por las buenas o por las malas». Damiano vigilaba por el tragaluz y, al mismo tiempo, también lo que hacía la muchacha en su entorno.

—¿Me das una cerveza? —se dirigió a la chica de manera informal.

Necesitaba alcohol en su cuerpo para calmar esa pizca de inquietud que latía desde la noche anterior. Se restregó la cara con las manos e hizo una mueca como si fuera un demente. La mujer estiró el brazo con la botella, él la agarró. De nuevo se asomó a la ventanilla, observó el cielo crepuscular, parecía que iba a llover. Damiano agachó la cabeza, angustiado. Tenía la sensación de estar confinado igual que años atrás. Más adelante, cuando encendiera el móvil, esperaba la llamada de sus compañeros. Odiaba estar incomunicado.

La luz mortecina de la lámpara otorgaba al lugar un aspecto lúgubre. Captó los ojos temerosos y curiosos de la prostituta, su semblante decía que algo no andaba bien. Ella reclamó su teléfono con una señal, todavía no se lo había devuelto.

—¿Quieres hablar? —indagó la chica, para entender qué pasaba. Era consciente de lo diferente que se comportaba.

La escrutó con desdén.

—¿Sobre qué piensas que puede platicar una ramera?, ¿de cómo te follaron anoche?

—Es innecesario. Un desahogo a veces ayuda a resolver los problemas.

—¿Desahogarme? —Resopló con hastío—. Por lo que más quieras, mujer, eres la persona menos adecuada en quien confiar.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —Su cara era redonda, con quijada pronunciada y saliente, la boca fina pintada de rojo, sus ojos eran de color azul, su pelo rubio, flaca y alta.

—¿Según tú? —respondió asqueado con una pregunta a la espera de su contestación; como ella de ninguna forma hablaba, solo lo examinaba, continuó—: No he tenido otra opción.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —Damiano asimilaba sus palabras.

—El menos posible, ¿crees que deseo quedarme en esta estrechura? —Los pocos muebles que decoraban la pieza eran viejos, sobre todo reinaba el desorden—. Solo con respirar me dan arcadas.

Le fastidiaban sus insinuaciones, entendió que su presencia allí, en su espacio, la incomodaba, o bien comprendía que al estar escondido sería su cómplice y la acusarían de encubrimiento. Ya había tenido algunos contratiempos con la comisaría por su trabajo. En ese momento, estaba claro que ella quería evitar problemas.

Cuanto más tiempo pasaba allí, más se arriesgaba a que la chica se pudiera comunicar con la comisaría. Se observaron con descortesía; él percibió que hizo un soplido. Ella apagó el televisor.

—Dame de nuevo el móvil. —Mientras ella hablaba, Damiano le arrebató el aparato de las manos. Se acomodó en una silla y encaramó los pies sobre una pequeña mesa, cuyo color había desaparecido, solo quedaban rasgos—. Enciende el televisor.

—La energía está muy cara —dijo de mal modo al pulsar el botón de *on*.

Examinó la pantalla y, al mismo tiempo, pinchó el icono de internet del teléfono. Escribió: «News Malta», esperó a que apareciera los enlaces y revisó cada noticia que mostraba la pantalla. Controló varias páginas e hizo zum en los artículos, empero no halló nada. El mediodía se asomaba, Damiano, inquieto, rehuyó la mirada furtiva de la muchacha y, haciendo caso omiso, continuó con la lectura de los titulares que encontraba en la web.

«Nada».

«¿Qué sucede, carajo?».

—Yo tengo que salir —avisó la mujer al tomar las llaves y el bolso.

Él advirtió que lo incitaba a dejar su casa en pocas palabras.

Abrió la puerta, se lamió los labios a la espera de que él le diera la gana de irse.

—De acuerdo, yo también me voy. —Tiró el móvil sobre el lecho y cerró la puerta con rudeza.

«Es la hora de buscar a Ambra y terminar mi misión».

«Antes voy a pasar por casa, tomo una ducha, un buen café con un tabaco y como un emparedado para recobrar un poco de lucidez».

«¿Y si envío un mensaje a Simón? Mejor no».

Recostó la cabeza en el cabezal del coche y manejó prolijamente. Simón era su amigo abogado.

«¡Mierda!, ¿cómo lo hago? Desmentir mi versión ante Ambra empeoraría la situación».

«Es el final para ti, preciosa».

«A por ti».

Ambra corría peligro en la isla, Damiano nunca la dejaría en paz. Era su presa, y a la presa había que cazarla. Daría lo que fuese por tenerla cerca y concluir lo que había frenado la noche anterior.

Capítulo 21

—Gracias por recogerme —dijo, después de saludarlo. Vincenzo intercambió el saludo.

Él abrió la guantera del coche alquilado, controló unos documentos y luego los puso en el mismo sitio.

—¿Quieres almorzar? —interrogó él.

—Sí, pero antes necesito ir a ducharme. —Ambra recitó la dirección para que la pusiera en el navegador.

—Te llevaré a un bonito lugar a almorzar. Es un restaurante que abrió hace poco.

—Gracias.

—Un buen baño te sentará bien —afirmó. Vincenzo tenía un cargador en el coche, entonces, Ambra aprovechó y conectó su móvil

—Beh, diría que sí —contestó Ambra, en modo irónico.

—No es que huelas mal, pero... —manifestó con picardía al ver su cara colorada.

—Por Dios... —Se tapó la cara, sus mejillas tomaron un color rosado.

Vincenzo la miraba de reojo, alegre, porque la conocía; por la expresión que mostró, se apreciaba que se había avergonzado. Era un gesto que la hacía verse bonita. Todavía, su figura tenía el poder de despertar las emociones que había sembrado mucho tiempo atrás. Esa sensación se presentaba al estar con ella, pero al ser hombre la escondía; sin embargo, la distancia hizo mella en su interior.

—¿Te ha dado vergüenza? ¡Soy yo, Ambra!

—Lo sé —replicó ella, con desasosiego.

—Con un par de años más —sostuvo Vincenzo en tono sarcástico, al fijarse en sus mohínes.

—Ya. —Desvió sus ojos para coincidir con los suyos, captó que eran explícitos.

Ambra percibió que se sentía confundida.

La atracción entre los dos era latente.

Era imposible distinguir lo que apreciaba en ese momento, sería pasión, amor o atracción que surgía al verlo. Pero sabía que el encuentro con Vincenzo era pasajero. Volvería a lo mismo una vez que regresara a su vida cotidiana. ¿Por qué había esperado tanto en buscarla? ¿Por qué lo hizo en Malta y no en Sicilia?

Pasaron cerca de una iglesia, el campanil señalaba las doce del mediodía. Un auto de la policía pasó por el carril paralelo, Ambraladeó la cabeza con levedad y lo examinó, mantenía la expectativa de que fuese Damiano, pero se equivocó.

Los rayos del sol calentaban su piel, la primavera estaba en su apogeo y los árboles frondosos florecían; a otros se les caían los pétalos ya debilitados.

Habían pasado quince días desde que puso los pies en Malta. Su jefe le había dado un mes para la investigación con el propósito de que tuviera noticias o encontrara un sospechoso. Una vez rastreado al supuesto Cazador, Donato volaría a la isla para terminar el trabajo; es decir, meterlo entre rejas, y era lo que estaba haciendo, porque las cosas se habían anticipado repentinamente. La inquietud se había calmado un poco, solo se tranquilizaría al ver apresado a Damiano.

Vincenzo conduciendo seguía la indicación que mostraba el navegador. Él acarició su melena, embriagado por su perfume, apreciaba cuando se la levantaba en un moño desordenado y caían flequillos de cabellos en su cuello. Apretó su mano para que pudiera sentir su calor.

—¿Cuándo acabas? —preguntó él.

Ella lo miró con suspicacia, con el fin de cerciorarse a qué se refería.

—¿Qué?

A pesar de que Ambra agradeció verlo todavía allí, junto a ella, sentía la perversidad de Damiano sobre ella. Apartó ese pensamiento y se centró en Vincenzo.

—Tu misión. —Él la escrutó receptivo con desesperación.

—Nunca te he dicho que estaba en trabajo.

—Vamos, es obvio que estás en ello.

—¿Y tú qué haces aquí? Me dijiste que tenías varios días de vacaciones; al parecer, son bastante largos.

—No te alteres —verbalizó Vincenzo, agobiado—. Estoy por hacerme socio de un amigo que tiene un restaurante aquí. Estudio si conviene o si es mejor dejarlo pasar.

Ambra lo escuchó con una sensación de culpa que recorría cada fibra de su sistema nervioso. ¿Cómo pudo haber sospechado de él al principio? Cruzó su mirada y se sintió fatal. Era obvio que aquella situación la hacía dudar de todos, hasta de una mosca que pasase por el lado. Si no era eso, ella pensaba que estaba de vacaciones con la chica con la que estaba saliendo. También había desconfiado de Rose, la vecina de Concetta, al ser ella una persona variable en lo que decía.

—¿Quién es ese muchacho? —Hasta cierto punto, necesitaba esa información para dar fin a su conjetura acerca de él.

Evitaría abandonarse a la emoción, puesto que él no tenía la intención de estar a su lado. Regresar a la relación estaba lejos de su comportamiento, por cómo lo veía actuar en comparación. Se notaba a leguas que responsabilizarse de nuevo era lo menos que quería. Tocaba a Ambra para que aceptase el jueguito de amigos con derecho a roce.

—No lo conoces. —Vincenzo advirtió que no creía sus palabras. La incerteza afloró en su cara—. Te digo la verdad; es más, si quieres, abre la guantera. —Ambra hizo lo que dijo—. Toma esos documentos y léelos.

Un poco de vergüenza brotó en lo más recóndito de su interior. Echó un vistazo con parsimonia.

—Disculpa, en los últimos días ando saturada. —Vincenzo apoyó la palma sobre su pierna, su contacto fue como una ráfaga de fuego que incendiaba su cuerpo. Elevó la tensión que sentía cuando sus largas manos rozaban con ínfimas caricias su piel a través de la tela. La brisa azotaba sus pómulos y su cerebro se oxigenaba, en ese instante, captó que su mirada se oscurecía.

—Lo sé, por ello me apetecía verte para distraerte. —Su contestación y su sensual voz masculina hicieron que se activara esa adrenalina que sentía cuando estaba cerca.

Él ignoraba la turbulencia interna que ella enfrentaba a su lado, reviviendo esos sentimientos que había enterrado en el pasado. Ambra ocultó su vulnerabilidad, porque sabía cuánto le gustaba.

—¡Qué precavido eres! —exclamó ella, en modo halagador.

—Soy precavido con lo que deseo. —Continuaba la indicación del GPS en el instante que hablaba.

«¿En serio?», meditó ella.

Apareció una sonrisa con los labios apretados, enseguida, los lamió para humedecerlos.

«Si él pretende una reacción mía, le salió el tiro por la culata. O si piensa acostarse conmigo, se ha equivocado».

—¿Estás flirteando?

—Si lo has visto de esa manera, no está mal, entonces —argumentó Vincenzo al mostrar un pícaro guiño.

«Está insoportable».

«Canalla».

—Para nada —Ambra agregó con guasa—. Es lo que quieres.

—¿Por qué lo dices?, ¿te incomodó que lo hiciera?

—En absoluto.

—¿Cuál es el problema? —inquirió él con curiosidad.

—Ninguno. —Ella lo miró. Mientras el coche corría, desvió sus pupilas y observó los árboles y los palacios. La Valeta siempre era un encanto. Sus colores y el olor que emanaba de las cocinas convertían en exóticos los ángulos por donde se caminaba. La capital tenía una belleza singular que se quedaba grabada en lo más profundo de la memoria.

Vincenzo aparcó. El GPS avisó que había llegado a destino, se acarició la cara de forma imperceptible.

El sol se filtraba sobre el manto de un pequeño árbol que estaba plantado dentro de una enorme maceta de terracota. Observó con agrado las hileras de ventanas de bahía en cada edificio contiguo. Los turistas tomaban fotos, algunos se encontraban sentados en un bar que utilizaba barriles de vinos como superficie de apoyo. La temperatura oscilaba en veintitrés grados, sin viento. Al fondo de la calle se podía apreciar el mar, que resplandecía en su superficie; daba la fascinante sensación de que el verano se asomaba.

—Espera aquí —comunicó Ambra al hacer amago de abrir la puerta.

—No, voy contigo. —Apagó el motor y salió. Se dirigieron al portón y él se dio cuenta de que tocó el timbre—. ¿Y la llave?

—Como ves —Ambra enseñó sus palmas—, el bolso se ha quedado en un lugar, después de almorzar iré a recuperarlo.

Ambra decidió no revelar los detalles, ya que se trataba de información confidencial relacionada con su trabajo.

Vincenzo la escrutó desconfiado y con recelo.

Se escuchó una voz, Ambra respondió a la dueña de la pensión, que abrió con presteza, al entender quien tocaba a su puerta.

—Muchas gracias, señora Grace —agradeció al entrar en el pequeño apartamento. Caminó en dirección a su habitación. Vincenzo, que la escoltaba, saludó a la mujer con un gesto.

Ambra se despojó de su vestuario al entrar en el baño, dejó a Vincenzo solo, que se había sentado en la cama sin que lo invitara. Él empuñó una caja de galletas con gotas de chocolates e inició a comer.

Ambra abrió el grifo y permitió que el agua corriera por su cuerpo. Frotó sus manos para eliminar cualquier suciedad que pudiera tener, después de que Damiano la tocara. Era difícil borrar de su mente esa visión que fraguaba su estabilidad emocional. Agachó la cabeza con el chorro de agua que bajaba por parte de su cara y su espina dorsal. Se arrinconó en una esquina para lavar de su alma aquel tétrico recuerdo. Permanecía ahí, inmóvil y paralizada, dando peso a lo que había sido la noche anterior.

Anhelaba con ardor ser libre.

Una libertad que todavía era insegura.

En ese instante, abrazó sus rodillas con miedo. Un miedo latente que la sujetaba sin poder escapar. Delante de Vincenzo había mantenido una actitud firme para que creyera que se sentía bien. Sin embargo, su interior estaba destruido por lo que había acaecido. Volvió en sí al escuchar a Vincenzo, que hablaba animado con alguien; pensó que tal vez era con la chica que salía. Sintió una punzada de celos. Con los labios apretados, recordó un desagradable episodio que la unía a él.

En una ocasión, Vincenzo contó que su sobrino y él se habían ido a jugar a un cerro. Subieron a un árbol juntos, él tomó una rama grande y el niño lo imitó. Desafortunadamente, resbaló y se fracturó el cuello. Vincenzo quedó traumatizado. Bajó con cautela y se fue a su casa sin avisar a nadie. Tenía miedo de que le achacasen su muerte, debido a que su papá era odioso. Todo le hedía y nada le olía. Él hizo jurar a Ambra que no diría a nadie ese secreto, dado que ni sus padres lo sabían.

—Ambra... —llamó Vincenzo desde el otro lado de la puerta.

Se levantó rauda y se puso la toalla antes de que entrara.

—Ya voy. —Él accedió, vio que apartaba la nube de vapor que se había acumulado en el aire.

—Hace casi una hora que estás dentro, ¿te sientes bien? —indagó Vincenzo al levantar el mentón y percibir su mirada afligida—. Habla.

—Estoy bien —mintió ante su contestación.

—Tienes los ojos rojos, se te ves como si estuviera perdida; vacía, mejor dicho.

—Han sido días duros —contestó Ambra, al quitarle los dedos de su barbilla.

—Me conoces, puede confiar en mí y desahogar tus turbios pensamientos.

No podía explicárselo, porque era secreto profesional.

Ella lo sobrepasó.

Él se quedó atrás, reflexivo.

Ambra buscó la ropa en su maleta y regresó al baño.

—Sal, por favor, necesito cambiarme. —Vincenzo obedeció en un silencio suspicaz. Comprendía que algo en ella no andaba bien, empero se encontraba con las manos atadas para ayudarla; si quería dialogar, tenía que ser por su propia voluntad.

—Puedes aniquilar conmigo esos fantasmas que te asilan, igual que cuando estábamos juntos... —Temió terminar la frase, tal vez se lo tomaría a mal.

Era cierto que, en aquellos días, se habían acercado aún más, empero no dictaba que su relación volviera a la normalidad. Al parecer, Vincenzo todavía no había insinuado nada con respecto a retomar la relación. Daba la impresión de que su conducta era buscarla de vez en cuando, sin ningún compromiso.

Capítulo 22

Damiano, decidido, accedió a la comisaría y se dirigió al despacho de su jefe. Se sentía amenazado. Sin preguntar a sus compañeros fue y tocó la puerta. Al oír la respuesta, entró.

—Quiero aclarar mi condición —dijo al observar al hombre anciano sentado detrás del escritorio, que en ese instante quitó la vista del computador en el que tecleaba.

Percibió que soltó un bufido, parecía que no lo esperaba.

—Bien. Lo mejor que puede hacer es colaborar, dadas las circunstancias, su estado ha empeorado.

—Lo sé. Por ello estoy aquí.

El señor marcó a sus superiores para que bajaran. Al darse cuenta de que el teléfono sonaba sin contestación, los llamó a sus móviles. Era la tarde del sábado y, al parecer, ya habían dejado las oficinas. Cuando le respondieron, explicó la situación, ellos se negaron a volver con rotundidad. Le dieron la libertad de llevar a cabo cualquier tipo de declaración e informe. No le quedó otra que iniciar el diálogo con su subalterno.

Damiano comenzó una conversación poco agradable, sugirió que llamara a uno de sus colegas como testigo. Al verlo llegar, comunicó lo acaecido con la chica que investigaba el caso de Concetta. También de las peculiares fantasías que practicaba, fuera de su matrimonio. En premisa, le daba vergüenza, pese a que era significativo ante su perfil en el trabajo. De tanto en tanto, evaluaba a su compañero, que tomaba nota y lanzaba algunas miradas inquisitivas.

—Después que la chica y su jefe vinieron a hacer la denuncia, David y yo fuimos a echar un vistazo al vídeo del casino. No nos lo querían mostrar, pero, por fortuna, los convencimos de que era algo de suma importancia —notificó—. Hemos hecho algunas comparaciones sobre lo que usted hizo, en virtud de las pruebas, la denuncia que han puesto no tiene peso, porque la joven acudió allí por voluntad propia, además lo siguió.

Había intuido que Ambra llevó adelante la acusación después de lo sucedido, con tal de verlo en el calabozo. Damiano soltó un soplido de alivio a causa de lo que había escuchado.

—De ninguna manera obligué a la muchacha. —Se hizo el silencio—. ¿Entonces?

—No eres el Cazador de cisnes —mencionó su jefe, al alzar la palma para finiquitar el asunto.

Él se quedó pasmado ante semejante contestación, que, por su comentario, estaba sorprendido como él.

—¿No pensará que soy un asesino, después de los muchos años que llevo trabajando con ustedes?

—Lo sabemos. Pero su posición es invariable. Tiene que acostumbrarse a un nuevo cargo.

La charla se demoró casi una hora. Damiano, al igual que su jefe, se notaba cansado, agradeció de que en ningún caso mencionara sus aficiones y lo juzgara por la descabellada fantasía que él se empeñaba en nutrir.

Su jefe, al terminar la frase, se levantó, con el fin de dar por terminado el diálogo. Su compañero, que estaba a su lado, saludó y luego se retiró.

Él sin decir nada, alzó los antebrazos en señal de resignación. Tras lo referido, se dio

cuenta de su negligencia. Aceptaría cualquier colocación en la misma estructura con tal de mantener su empleo. Además, estaba seguro de que lo mandarían a sacar copias y arreglar archivos. Salió de allí y fue a un bar cercano a tomar algo fuerte, para poder enfrentar la jodida jornada de trabajo que le esperaba. Aunque si tenía el fin de semana libre, prefería trabajar para que su jefe notara su esfuerzo. Era consciente de que no podía hacer nada con relación a Ambra, así que decidió dejarlo y eliminar de su mente la venganza que tenía hacia ella.

Capítulo 23

Mientras Gianluca se quitaba la ropa que llevaba puesta, con la que había salido horas atrás, escuchó el timbre sonar por segunda vez. Corrió hacia la puerta y empuñó el interlocutor al tiempo que se vestía con una camiseta blanca.

—¿Diga? —respondió por el interfono al observar la pantalla y notar que alguien bajaba la cabeza, por lo que solo le permitía apreciar su cabellera.

—Soy yo, Ambra.

—Dime.

Restó perpleja ante su contestación.

—Disculpa la molestia, he dejado la cartera cerca de tu sofá. —Ambra replicó con una reacción de vergüenza. Se giró e inclinó la cabeza. Escuchó el clac del seguro del portón.

—Sube —enunció él, con determinación e indiferencia. Estaba decidido a que, esta vez, impediría que Ambra volviera a mencionar el tema de ser su testimonio. Con un poco de malhumor, entrecerró la puerta y se fue a la cocina a por una cerveza. Era sábado, su día libre del trabajo. En lo que ella subía, destapó la botella y sorbió con gusto. Pasó la mano por su pelo al verse en el cristal que reflejaba su silueta. Al escuchar un sonido que provenía de afuera, avanzó en dirección a la entrada a esperar el ascensor.

—¡Hola! —repuso Ambra con timidez. Mantuvo la distancia con el propósito de entender si estaba fastidiado por su visita. Se miraron con condescendencia, sin expresar ninguna emoción. Él caminó hacia el salón y ella siguió sus pasos al no mostrar reparo.

—Tu bolso está donde lo dejaste —repitió su saludo sin reacción de su parte. Amplió sus fosas nasales, para aspirar con fuerza la fragancia que esparcía la chica a su alrededor.

Una esencia que era difícil pasar desapercibida.

Ambra entendió por su gesto que, para él, era complicado entender cuál era la mezcla de las flores con la que habían fabricado la solución ligera y agradable que usaba.

Gianluca echó la cabeza hacia atrás, reflexionando, daba la impresión de que él estaba deseoso; era lo que Ambra provocaba con su olor. Chasqueó los dedos por obligarse a poner nombre al perfume.

—¿Pasó algo? —interrogó ella, al advertir el sonido que hacía con sus dedos. Apartó su vista, y él la señaló para que callara, como si quisiera hablar.

—Olvídalo —dijo él, para que no comprendiera lo que pasaba por su mente. Parecía luchar por recordar el nombre de la fragancia que llevaba Ambra.

—¿Qué piensas?

—Quiero saber qué perfumes usas.

Ella lo escrutó de forma confusa.

Minutos atrás se notaba incómodo y después saltaba con que quería conocer cuál era el perfume que usaba.

—A ver si adivinas... —planteó Ambra, a fin de seguir su juego; después, quizás le pediría si podía ir a la comisaría.

—Son flores, pero es difícil decirte cuáles.

—Sí... —Gianluca apreció la fragilidad de sus labios al pronunciar esas palabras.

—Es que lo tengo en la punta de la lengua, joder.

Ambra introdujo las dos manos en los bolsillos de su pantalón. Hacía ese gesto cuando se sentía cohibida. Todavía existía una efectiva tensión con la persona que tenía delante. Vislumbró cómo la atraía con sus dos enigmáticos iris. Su corazón pulsó sin razón. Aquel hombre envuelto en misterio le producía debilidad. Él olisqueó el ambiente de nuevo, sin esperarse, le salió una risita.

—Tiene jazmín. —Gianluca la sorprendió al mencionar que la infusión tenía esa flor.

—También peonías —continuó ella— y rosas.

—¡Lo sabía! —exclamó entusiasmado—. Una vez entré en una perfumería y una chica probaba esa esencia; cuando se fue, por curiosidad, inquirí a la dependienta.

A Ambra le agradó ver que se relajaba. Analizaba su figura, en cierto punto se sintió avasallada por el aura que había visto justo antes. Lo notaba cambiado con levedad. Mostraba esa tenebrosidad que en particular la cautivaba. ¿Quién era ese espécimen que con sus ojos hipnotizaba a cualquier mujer? Su postura, sus movimientos eran sensuales. La seducía y ella, inconsciente, lo acogía en su interior.

—¿Y te gustó el olor?

—Te diré uno de mis secretos. —Ella abrió sus párpados—. Me fascinan los olores particulares.

—El del formol también —ironizó Ambra, al estimar en ese instante que él la abrasaba con sus iris. Reparó en que se encendía una llama entre ambos.

—El formol tiene un hueco en mi cuerpo, es con el que vivo todos los días. —Arrugó sus labios al decir una de sus verdades. Se giró y le dio la espalda.

Ambra lo notó pensativo.

—Perdona, no quería ofenderte —expresó Ambra. Admiró una iluminación sombría que cada segundo se hacía más hosca.

«¿Qué pensará?», se preguntó para sus adentros. Ladeó su torso y captó su mirada impenetrable, sintió que la arrinconaba como si la sometiese solo con su impoluta figura. Ella veía que la examinaba con lascivia, sin expresión. Su silueta la atraía en un silencio que la traicionaba y la encanalaba a una sensación imperiosa que ya atizaba con el fin de ahogarla en su propio deseo. «¡Parece un macho dominante!».

—No tienes por qué justificarte, es la realidad. —Sorbió un poco de líquido que quedaba en la botella.

La escrutó.

«Ahora su mirada es pérfida», reflexionó Ambra.

Sintió el móvil vibrar en la parte trasera de su pantalón con un nuevo mensaje, pero hizo caso omiso. Su semblante era brumoso y cautivador que lo rodeaba de algo turbio; para Ambra, era imposible descifrar su pensamiento.

«Ahora aparenta que se ha molestado, tiene el entrecejo fruncido. Por lo que más quieras, este hombre es ininteligible». Con cada singular segundo que pasaba percibía estar confundida.

—Aguarda aquí —destacó. Se fue a la parte del área de dormir de su apartamento. Ambra no pudo observar, ya que no lo siguió. Mientras tanto vio el bolso apoyado en el suelo, dio dos pasos para recogerlo, empero él la sorprendió antes, por lo que lo dejó allí—. Huele este aroma. —Él puso la muñeca en su nariz.

Una fragancia varonil y arrebatadora embargó sus cinco sentidos. Con su sensualidad imponente, la sugestionó. Evaluó el velo de oscuridad que emanó de sus pupilas, otra vez. Una oscuridad que iba y venía confundía a Ambra con intriga absoluta. Retrocedió de inmediato.

Miró las arrugas que se insinuaban a los lados de sus párpados. Se veía complacido y alegre a la espera de que ella articulara palabra. Sin embargo, se le habían atragantado todas las letras del abecedario; se sintió incapaz de elaborar una oración.

«Ahora se ve como si quisiera tener sexo».

Fue lo único que pudo meditar, a causa de que tenía la mente en blanco, en una neblina espesa que la impedía razonar.

—Lo compré ese día en la perfumería; la dependienta me dijo que no tenía mucha salida, porque era una marca poco conocida, pero la esencia y la infusión de las hierbas al mezclarse le dan un toque seductor.

«Sensual», meditó para sí misma.

—La verdad es que huele bien —ratificó Ambra.

«¿Por qué Gianluca tiene el poder de desestabilizarme con cualquier comentario o gesto que haga?». ¿Qué don poseía para que ella actuase o reflexionase de esa manera? ¿Cómo podía embelesarla con su atención y confundirla de ese modo? Se masajeó las mejillas, dudosa. Reflexionó que no debía haber dicho eso, puesto que, al parecer, él se sintió halagado.

—¿Te gusta?

—En particular, no. —Si respondía que sí, sería el comienzo para llevársela a la cama; la persuadiría, al darse cuenta del efecto que provocaba en su corazón.

Gianluca se quedó impertérrito ante su contestación; rauda, su semblante se trasfiguró y se calló. Se miraron con intensidad.

«Ahora parece que se ha ofendido», pensó Ambra.

Mostró su dentadura con los dos colmillos que salían con ligereza. Era una sonrisa falsa, envuelta en algo, profundamente, eclipsado. Había cambiado de forma irritable y, a la vez, elegante.

Una elegancia que la conduciría a saborear el peor pecado de su vida. Si se dejaba, la ahogaría en sus propios y sádicos deseos. Ambra se mantenía resistente a sus pupilas. Le vino el instinto de excusarse, pero se retractó porque, en realidad, ese aroma se percibía sexi en él, pese a que no era de su agrado. Quizás era debido a que todavía tenía el aroma de Vincenzo en la nariz.

Ambra retrocedió con delicadeza para distanciarse, era hora de marcharse. Su deseo era pedirle una vez más que fuese a declarar en contra de Damiano, como lo había pensado antes. Empero, de la manera que se habían dado las cosas, en ese instante en que estaban juntos, era obvio que se negaría. Intentarlo sería inútil.

—Necesito recoger mi bolso. —Ambra hizo una señal con la barbilla con el propósito de que se alejara para ella proseguir e irse. Si bien, él permaneció sin moverse varios minutos. Ambra temió y sintió la inquietud de estar en peligro. Con el silencio impasible e imperturbable, era difícil interpretar lo que pasaba por su cabeza.

Sus ojos volvieron a desafiarse, los de él brillaban con una órbita de oscuridad.

Ambra advirtió un trémulo pavor.

—*Necesito recoger mi bolso* —repitió, por si no la hubiera escuchado, debido a que su mente pudiera encontrarse en otro lugar, fuera del salón de su apartamento.

De improviso, volvió en sí y se apartó para dar paso a que cogiera lo que había pedido. Ambra vislumbró un piano en un ángulo que, por su posición anterior, cubría la pared y era difícil apreciar desde el salón. Cuando fue al baño, en dirección opuesta, no pudo darse cuenta. Se deleitó en ese pequeño espacio saliente, con cristales por los que se veía la otra ala del edificio y parte del final de la calle. Sobre el instrumento detectó un folio semejante al origami que vio en el cementerio, aunque estaba dos metros de él, se percató de las líneas de colores que resaltaba en

la superficie. Pestañeó varias veces y, agobiada, su corazón empezó a latir con demasiada fuerza, y sus oídos se taponaron, por lo que no podía oír nada. Solo percibía unas notas tocadas al piano. Una melodía lejana que aturdió cada vena que bombeaba su cerebro. Su móvil vibró y la devolvió al lugar. Nerviosa, lo sustrajo del bolsillo trasero de su pantalón y, con sus huellas dactilares, lo desbloqueó. Aparecían dos mensajes, uno de Donato y otro de Vincenzo, que habían entrado recientemente, con el pulso temblando entró en el de su jefe, que decía:

«Estoy en la comisaría, han interrogado a Damiano. No es el Cazador de cisnes».

El jefe de Damiano llamó a Donato para informarlo de los resultados del interrogatorio. Él había respondido que iría a la comisaría para hablar de ello.

Se llevó la mano izquierda a la frente. Miró de nuevo el piano y su mundo se vino abajo.

«No puede ser».

«No puede ser».

«Joder», se sintió desfallecer.

Ambra nunca sospechó de Gianluca, se había equivocado, había cometido un error garrafal al acercarse con la intención de que, de una manera u otra, la ayudara. Entonces, tenía detrás de ella a quien buscaba, con una sonrisa páfida que mostraba sus colmillos.

Atrapada.

Sin poder escapar.

Arrepentida.

Con náuseas.

Con los minutos contados, porque Gianluca no la dejaría ir.

Sin saber si encararlo o a hacer caso omiso a su descubrimiento para poder salir viva de allí.

«¿Cómo pude caer en su red?».

«Auxilio».

Su embriagadora presencia la ponía más nerviosa, simular que no había pasado nada sería difícil por el estado de ansia en el que se encontraba. Ella misma había buscado por todos los lados al Cazador de cisnes, sin darse cuenta de que él acechaba sus pasos desde el primer momento en que la vio en el cementerio.

Capítulo 24

Con ojos desorbitados, advirtió, por su perfume, la presencia de Gianluca a su espalda. Estaba ofuscada por el tétrico pavor que carcomía su lucidez. ¿Cómo lo enfrentaría para que no se percatara de que lo había descubierto?

«¡Necesito salir de aquí!, tengo que calmar mis nervios».

—¿Qué pasa? —Escuchó decir a Gianluca, con la certeza de que estaba a un paso de ella.

Se giró rauda y apretó el bolso a su costado. Observó cada elegante línea de su rostro.

Eran diversas.

Él *era diverso*. Una miríada sensación dominó su estado anímico. El erotismo de su fragancia la conducía en una penumbra, la aprisionaba en la más brillante y oscura curiosidad que surgía en su conciencia. Decidida, hizo amago para desviar su cuerpo y esquivarlo, pero él se precipitó y la detuvo al intuir que algo no andaba bien en ella.

—Voy a irme —claudicó Ambra, con premura, al distinguir cómo mostraba una sombra que nunca había visto en él.

—¿Ahora mismo? —preguntó al captar la inseguridad en sus palabras y movimientos.

Respiró.

Tomó coraje.

—Mi jefe me espera —comunicó al realizar una señal con el teléfono.

—Mientes. —Le arrebató el aparato para leer si era cierto lo que había dicho—. ¿Cuál es la contraseña?

—¿Qué haces? Es personal.

Él vio que se podía desbloquear con la huella dactilar.

Gianluca tomó su mano con fuerza y puso el dedo pulgar en la pantalla. Ambra intentó zafarse; sin embargo, su agarre era mucho más fuerte. Él tuvo la suerte de que se desbloqueara al instante. Ambra, sobresaltada por la rudeza que emitió en el acto, sintió un poco de dolor en la palma por el apretón que le había dado.

Perpleja de su ira, pensó:

«Estoy jodida».

Ambos se retaron.

Gianluca agrandó sus ojos con gesto viril. Ambra apreció una sonrisa. Era maléfica, sádica, de alguien que había sido desenmascarado y entendía cuál era el próximo movimiento que tenía que dar.

Se sintió aprisionada.

Engañada.

En una jaula.

Ofuscada.

Amenazada.

La confirmación a su reacción fue:

—Me has pillado, Ambra. Has descubierto mi magia —declaró Gianluca, estupefacto por su revelación. Por primera vez, durante esos años, había desvelado el deseo más oscuro que poseía en lo más recóndito de su cabeza. Con el que alimentaba su tenebrosidad en un misterio

que solo él podía comprender—. Bienvenida a mi mundo.

Era él.

El Cazador de cisnes.

Ambra quiso correr, sin embargo, él la apresó para impedirlo. La pegó como un imán a su pecho. Un frío recorrió su cuerpo al percibir que Gianluca apartaba un mechón de su cabello y lo deslizaba por sus falanges, con un sarcasmo absoluto. La onda de miedo que sentía ante su presencia era indescriptible. Ese hombre provocaba hastío y, a la vez, seducción.

Gianluca la volteó y ella comenzó a temblar. Con la mirada dominaba su consciencia. La presión que irradiaba con su oscuridad era similar a la de una veleta en su dirección, la desarmaba con una brutal atracción imperiosa que se palpaba en cada singular parte que conformaba su figura. Era bello verlo en esa faceta de cazador y, a la vez, contradictorio. Inhaló en profundidad y exhaló con lentitud, con el propósito de tomar fuerza y dar respuesta a sus dudas.

—¿Cómo es posible?

—¿Cómo es posible que sea El Cazador de cisnes? —Él terminó la frase y le dio énfasis al apodo que le habían puesto en la comisaría, hecho que consideraba ofensivo.

—Sí.

—Tú estás tan sorprendida como yo. Jamás pensaste en ello, ¿es así?

—Jamás. —Advirtió cómo esbozaba las palabras con suma tranquilidad.

Una tranquilidad peligrosa que podía explotar en un santiamén.

—¿Por qué? —interrogó Gianluca, en un modo sorprendido, nutriendo esa oscuridad que dominaba su personalidad.

—Porque eres la persona menos indicada.

—O sea, no tengo perfil para ello. —Con esa declaración, Ambra se tensó aún más. Captó que disfrutaba del miedo que mostraba, el cual era el causante de la desastrosa sensación que él provocaba.

—Sí.

—De eso se trata, de esconderme detrás de mi magia —Ambra pestañeó con lo que escuchó—. Todo es premeditado.

Gianluca había estudiado cada paso, cada palabra y movimientos con el fin de confundir no solo a ella, sino a los demás.

—¿Quién diría que el médico forense de la isla de Malta, Gianluca di Pietro, es el que lleva años cazando mujeres indefensas?

—Así es, Ambra, tal cual. —Ella meditó que había caído igual que las otras chicas. Quiso demandar por qué la eligió, pero lo evitó.

Era inútil.

Era claro.

—¿Cuántas son?

—¿Te refieres a las que he dormido?

—¿Dormido? —Gianluca era una caja de sorpresas compleja que germinaba en sus turbios pensamientos, por lo que, para Ambra, era complicado ponerle un nombre.

Se quedó atónita por lo que había oído.

—Sí. Han encontrado a cuatro, las otras... —Calló.

—Y las otras, ¿dónde están? —inquirió con la incertidumbre a tope.

Era la primera vez que Ambra mantenía una conversación tan delicada con un asesino, parecía que, para él, era excitante hablar abiertamente de las sombras que anidaba en su interior.

—Están en una fosa, en un terreno que tengo a las afuera de La Valeta —contó él, en modo funesto, con una apabullante cautela y sin dar peso al número de víctimas. Quizás, desde no sabía cuánto tiempo, la gente ignara se acercaba y hablaba con él como si nada. Entonces, la engatusaba para que cayera en su red y la devoraba como una tarántula en su telaraña cuando encontraba un insecto.

Ambra casi vomitó sus pies.

Era difícil comprender la psique de Gianluca, había algo que no funcionaba correctamente; por su serenidad, parecía encontrarse en perfecto estado, o eso aparentaba.

Ambra reflexionó acerca del reporte de la comisaría; eran solo cuatro mujeres, lo que significaba que la policía no había hecho su trabajo como debía. El problema radicaba en que ciertos documentos de las desapariciones de las víctimas tenían que estar archivados.

—¿Por qué el Cazador de cisnes?

—No fue idea mía llamarme así. Además, es una larga historia, tendría que sentarte en mi regazo para contártelo —replicó con perversión, en tono atrevido e invasivo.

—Jamás, Gianluca, jamás. —Ambra escrutaba cómo le daba vueltas a su móvil entre las manos, prestaba atención a su diatriba y, a la vez, estudiaba cómo quitarle el dispositivo—. El día que puse el origami en el cementerio, ¿fuiste tú? Me mentiste.

—¿Qué querías? ¿Que declarara que era el causante del descanso de Concetta? Cuando te vi, rápido, apoyé el origami y me escondí detrás de una columna.

—Eres despreciable, ¿lo sabes?

—No estoy de acuerdo en absoluto. —Con una abrumadora franqueza y con una sinuosidad elegante, pronunció aquellas palabras que, en su velada mente, de verdad se sentía así. Por segundos, reinó el silencio entre ambos.

Un silencio que volaba como vapor tras su sombra.

Un silencio que se elevaba con la oscuridad que transmitía.

Un silencio que obstaculizaba la expectativa de que Ambra pudiera salir viva de allí, después de su insolente declaración.

—Entonces, ¿cómo te definirías?

«Qué manera tan racional de negarlo. ¿Cómo era posible que él no se considerara repugnante? Este, a pesar de ser doctor, lo que necesitaba es un médico que haga aterrizar su cerebro», reflexionaba, atónita, a la conversación que fluía entre ellos y a lo que descubría con el pasar de los minutos.

—Un ser humano que adora los cadáveres y el perfume del formol. —El interés de ella se convertía en rareza, sin poder comprender las respuestas que él daba. Había arribado a tal punto que ni siquiera meditaba las preguntas que hacía; más bien, surgían a consecuencia de sus respuestas.

—Y que disfruta con quitar la vida a las mujeres.

Ambra notó que insinuaba una sonrisita ingrata.

—Así suena feo.

Ambra soltó una carcajada histérica por la barrabasada que acababa de decir.

—Asesino, entonces.

—Tampoco. —Negó con destreza y, sobre todo, convencido de que él no era un asesino.

—¿Y cómo?

Se pasó el dedo sobre la mandíbula mientras meditaba.

—El que pone en reposo a sus cisnes.

«Que pone en reposo, ¿en qué universo vive este hombre?».

—¿Qué dices?! No tienes derecho a acabar con la vida de nadie cuando tú lo decidas.

—No les quito la vida, son mis cisnes, que están cansadas de vivir en este mundo injusto —confesó Gianluca, convencido—. Ese apodo de Cazador nunca me ha agradado.

—Eso no te lo crees ni tú.

—De acuerdo, voy a decir la verdad. Ellas se enamoran y se vuelven una carga para mí —testificó, seguro de sus palabras, sin sentirse depravado. Una declaración perversa. Le fastidiaba tener que soportar cuando su presa comenzaba con romanticismo y cursilerías. Por su parte, lo veía como una bajeza. Según sus predilecciones, la mujer nacía para ser cortejada, no para que reemplazase el rol del hombre.

—Ya. ¿Cuál es el nombre que te gusta, Gianluca?

—Suenan mejor el Salvador de cisnes.

—Eres un psicópata —anunció Ambra, aun con el riesgo que corría al ofenderlo.

—No voy por la calle en busca de mis cisnes. Ellas vienen por su cuenta, como lo has hecho tú —claudicó él, con extrema veracidad y sobriedad—. Me encuentran atrayente, yo aprovecho e instalo un diálogo y, para ser sincero, jamás pido el número de teléfono, ellas me las facilitan solas. Ambra, quiero que quede claro que no soy un maniaco, en absoluto uso la impulsividad con ninguna. —Recordó la tarjeta personal la primera vez que lo vio en el cementerio.

—Mentira —marcó—. Cuando nos conocimos en el mausoleo, fuiste tú quien me dio el número.

—Es cierto, fue un caso peculiar. Te vi tan dolida que sentí pena.

«Ohhh, qué sorpresa, Gianluca tiene sentimientos de aflicción. Este es un loco, loco de remate, es mejor de que me vaya», meditaba, por todo lo que estaba oyendo.

—Necesito irme —manifestó al cambiar de conversación—, te juro que, al salir por esa puerta, nadie sabrá lo que me has contado.

—Eso ha sonado muy cursi y cliché a la vez.

Él se acercó a ella sensualmente, como si quisiera tener un contacto íntimo. En apenas un susurro, su voz tomó una tonalidad más romántica; el corazón de Ambra se aceleraba por el miedo que percibía. Con el índice, él delineó los pliegues de su tez, rozó sus ojos, sus cejas, luego bajó por su nariz, perfiló sus oídos y, con resuello, musitó:

—Quiero hacerte sentir, Ambra. Anhelo que te entregues en exclusiva, igual como lo hiciste en el mausoleo. Allí me donaste un momento mágico que coroné en mi mente por horas, y días también. Tú puedes ser mucho más que un cisne. Tienes la habilidad de domar parte de mis oscuros deseos y encender la luz en mis tinieblas. Esos *deseos* que estoy orgulloso de atesorar en mi vida.

Se quedó pasmada por lo que había escuchado. Ambra, engañada, había entrado en su tenebrosa vida y su desconocido mundo; uno que, durante años, el médico forense había construido con maestría para dar felicidad a todas las sombras que surgían en su interior.

Para Ambra sería un problema que pudiera salir de allí.

Salir de aquel insano mundo que su cabeza había construido.

De aquella convicción de ser una persona normal.

Salir de la red que había creado.

En la que ella había caído sin sospechar nada.

Salir del ambiente malvado y, a la vez, sensual que él, con su erotismo, había creado.

Y escapar de las garras del Cazador...

Capítulo 25

A medida que pasaba los minutos, el círculo se hacía más pequeño en torno a Ambra. Miró a Gianluca, el reflejo de sus iris emanaba una penumbra abismal e incomprensible. Se dio cuenta de su franqueza, el modo en que pronunciaba su discurso imponente. Era una sinceridad bizarra. Murmuraba deseoso lo que sentía en ese instante. La trataba como si estuviera en una bola de cristal. Ella tenía que mantener la calma para, cuando llegase el momento de escapar, correr. Lo recomendable en su posición era seguir su juego y actuar a su favor.

Tenía que prestar atención a su conducta.

A sus instintos.

A sus movimientos.

Se sentía atada a su diatriba espléndida, que envolvía su fecundo pensamiento. Lo dejó continuar, si lo rechazaba, podría empeorar la situación. Lo justo era ser racional hasta un cierto punto.

Sus palabras eran una melodía candente en forma de cenizas.

Una composición agridulce con doble sentido.

Un alma letal con un original veneno que causaba la muerte.

—¿Cómo podría hacer para que me hagas sentir? —preguntó Ambra, mientras comenzaba a ser partícipe de un pasatiempo peligroso, uno que podría costarle la vida.

«Jamás se contradice al asesino, porque, en tal caso, terminaría rápido su trabajo y me mataría». Ambra debía empeñarse en que creyera que era su ama, para luego huir de allí.

—Tu complicidad. —Él la abrazó y comenzó a seducirla, empero ella estaba de piedra. Esta vez, su dote de cazador erótico fallaba debido a que Ambra no respondía de ninguna forma ante sus caricias—. Voy a cederte mi oscuridad, con la misma intensidad que atesoras mis tactos, con el fin de que lo acunes en un grato recuerdo.

Se apartó de ella, una niebla de un azul opaco e intenso, casi gris, brillaba en sus hermosos iris. Gianluca admiró su perfil, su cabellera roja con las ondas que caían por encima del hombro y en su espalda.

—Déjate guiar. De ninguna manera te haré daño, eres diferente a las demás.

Su corazón quería salirse de su pecho. Un torbellino de sensaciones la envolvió como si, poco a poco, la obnubilara en una emoción de miedo que su figura provocaba. Despacio, la condujo por un pasillo. Gianluca le quitó el bolso del hombro y lo tiró sobre el sofá. ¿Qué tenía él para que hiciera su voluntad? ¿Por qué Ambra reaccionaba de esa manera, consciente de lo que había descubierto? Mientras él susurraba, Ambra cedía. La hipnotizaba.

—Quiero sellar con un marcador indeleble esa sensación que tu alma recibirá con mis mimos. —Caminaba con lentitud—. Me gustaría que prepararas tu mente y me concedieras poseerte en un espléndido lugar que, quizás, para ti sea un poco inhóspito.

«¿Qué lugar, adónde me llevarás?», caviló.

»El más sublime.

»Con el que sacio mi ser.

»El que acuno desde hace muchos años.

»El que, por primera y última vez, mis cisnes se asustaron cuando lo vieron.

—Gianluca...

—Shhh. Pero tú permanecerás quieta y hará lo que te diga. Serás buena alumna, igual que cuando asistías a la escuela. Me atraes... Has plantado en mí tu figura, haciendo que mi cabeza evoque a cada instante tu nombre.

»Había pensado que necesitaba con urgencia a alguien a mi lado, y que quizás te habías aprovechado de un momento de debilidad. Con el episodio en el mausoleo, clavaste en mí un deseo espeluznante de hacerte sentir otra vez como en aquel inhospitalario sitio. Desde ese día, he ido varias veces a la misma zona. Revivo en mi mente la sensación de volver a tocarte. No tengo que especificarte lo que he hecho con esa visión.

»Llámame obsesionado, sí; *obsesionado* de un recuerdo que late desmesurado.

»Que en absoluto me da tregua.

»El que me cautiva de forma imperiosa.

»En mis días. En el transcurso de los encuentros con mis cisnes, siempre buscaba espacios con el fin de satisfacer mis más profundos designios. Sin embargo, tú, Ambra...

»Tú...

»Tú avivaste mi tenebrosidad a un nivel que desconocía. ¿Sabes qué deseo contigo?

—No —contestó al acongojarse aún más.

—Conducirte a sentir el elixir en medio de un velatorio en una funeraria.

—Madre mía. —Ambra se tapó los ojos para deshacer esa imagen viva de su mente, al arribar a la habitación. Petrificada, lo que anhelaba era alentar a su presa para poder huir.

Gianluca deslizó la puerta del aposento contiguo al suyo, encendió una luz crepuscular. Adentro, aflojó la mano de sus párpados y musitó en su oído al echar su cabellera hacia el costado:

—Conoce parte de mí.

Ambra casi se desmayó al observar la cantidad de muñecas con vestidos elegantes y lencerías y sus respectivos cisnes vecinos. El cuarto estaba repleto de la excesiva fantasía que Gianluca custodiaba. En un orden púdico y casi maniaco. Las paredes, a los lados, estaban tapizadas con pedazos de terciopelo negro. A su izquierda, había una estantería posada al final del muro. Ella notó un corazón negro con dos muñecas. Y en el fondo había un cisne grande pintado de blanco, sobre un fondo azul intenso, que emprendía el vuelo desde un lago. Debajo había un estante flotante, donde reposaban *ocho féretros con ocho muñecas*. Lo que llamó su atención fueron los miniatués que algunas tenían. Ambra pensó en el número de víctimas. Un detalle que no se le escapó: los párvulos cisnes de origami de iguales dimensiones idénticos al que había encontrado sobre la lápida de su amiga Concetta. Escuchó cerrarse la puerta tras de sí.

—Necesito irme —fue lo único que pudo decir con voz flébil e inaudible.

Él hizo caso omiso. Encendió varios velones.

—Como verás, Ambra, es aquí donde traigo a mis cisnes. Después de recrear mis sueños con su cuerpo, les doy el sublime placer que nunca han sentido. Ellas, Ambra, ellas... me repugnan al decir que estoy loco, pero en realidad no es así de ninguna manera. ¿Cierto?

—Las locas son ellas —replicó para continuar su juego.

Gianluca dio un paso en su dirección y se puso frente a ella, por lo que Ambra retrocedió hasta apoyarse en un escritorio, que parecía el lugar en el que construía los ataúdes, porque estaba lleno de pedazos de tablas de pequeñas medidas y objetos: pinzas, destornillador, tijeras...

—Serás la reina de todas.

«Debo largarme de aquí, este loco me ha declarado la muerte».

—Te enseñaré el excelso *dark desire* que un alma pueda recrear. —Encendió las

bombillas, que formaban un conjunto de luz e intercambiaban sus colores, luego puso una música instrumental, que le dio al lugar un ambiente de suspense y miedo—. Te preguntarás ¿cómo nació esta fantasía? —decía mientras acariciaba su silueta, a fin de aligerar la tensión que percibía en ella. Le palpó la espalda y le desabrochó el sostén. Besaba su cuello, su mejilla, olía su cabellera, entre tanto susurraba con ronquido erótico—. Esta pasión se activó con una persona que me enseñó a explorar las imperfectas utopías cuando apenas era un chico; primero, me hizo un lavado de cerebro, para que de ninguna manera me apartara de lo que pensaba, más bien, que admitiera mi naturaleza. Ella comenzó a aumentar mi autoestima, el control de mí mismo y a aislar mis incertezas con muchas clases y, a la vez, manipulación. Una manipulación emotiva, a la vez verdadera y propia a mi interior. Era mi Diosa. En las ocasiones en que me veía desmoralizado, a causa de que había ninfas que rechazaban o no se sometían a mis peticiones, ¿sabes lo que hacía ella? Me castigaba con no tenerla. Esa condena aumentó mi ego para no rendirme cuando alguien no entendía mi peculiaridad.

—Esa mujer fue la que te hizo el... —quería decir monstruo y asesino, pero se silenció y cambió de idea— daño.

Gianluca acariciaba con esmero y maestría el cuerpo de Ambra. Ella, con dulzura, apoyó las manos en su parte posterior para que él pensara que la excitaba. Gianluca cobijaba una anomalía albergada en su cabeza y que lo obligaba a buscar nuevas emociones.

A ponerlas en práctica.

Un *dark desire* que explotaba cuando se sentía seguro de tener la dama adecuada a su lado.

Un *dark desire* en el que cualquier chica encontraba curiosidad por el modo que lo trabajaba.

Cautivándola en su sombra.

Hipnotizándola con su fragancia.

Aprisionándola con sus caricias, esas que ejercitaba con la boca sobre su piel.

—No, ella solo ayudó a aceptar mi esencia —rebatía en un susurro sensual de saciar con extremo apetito su lujuria sobre ella—. Ahora quiero que seas mi cómplice.

Gianluca poseyó a Ambra, al mismo tiempo que se adueñaba de su debilidad.

Rozó sus labios con su aliento.

Se perdía en su cabellera.

Respiraba su piel.

Se empapaba de su olor.

Dibujaba cada fantasía con su belleza.

Con parsimonia, comenzó a tocar sus pezones.

Para ella, era difícil entregarse, ya que tenía el cuerpo en tensión.

Iba a desahogar aquella obsesión. Se deshizo de su camiseta y de la de ella también. Sedujo su piel, tomó uno de los velones que había encendido cuando entraron, en el preciso momento en que Ambra se sorprendía mientras observaba la habitación, agarró uno negro en particular, y apartó los otros, vertió la cera en su brazo.

Ambra se sobresaltó y un grito se le atragantó. Lo vio sumergir un dedo en el líquido; al sentir el contacto con su piel, Gianluca gimió con un sonido gutural y espeluznante. Tenía otros propósitos para ella, pero por las circunstancias que se habían dado diferentes; si no podía poseerla en una funeraria, lo haría frente a sus espectadores: sus cisnes y sus muñecas.

—Sé partícipe —repetía él—, déjate llevar... —musitaba con avaricia. Con el mando, reguló la intensidad de la luz en la habitación, ya era crepuscular, la puso más opaca y le dio un

aura sobria. Sus siluetas se representaban como en un acto de oscura pasión. La hizo reclinar hacia atrás, luego agarró el velón y depositó más cera.

Las últimas horas de Ambra estaban contadas. Inconsciente, había continuado el juego a Gianluca en vez de buscar la manera de salir del inhóspito espacio. Era tarde, porque él no la dejaría ir, además, ya sabía su verdad, sus secretos. Él la quería para culminar lo que su mente había imaginado.

Ella era su tesoro.

La que, inconscientemente, había desvelado su secreto.

La que se repetía en su consciencia con la última escena de intimidad que tuvieron, llevándolo a que desahogara el oscuro placer en un mundo irreal.

Ambra era la que iba a reinar en los momentos de satisfacción que sentiría.

La que no había resultado indiferente a sus caricias.

La que lo condenó a seguirla, con el fin de tener un contacto con ella.

Era ella...

La que lo hizo sentir un placer diferente a las otras.

Era...

Ambra.

Capítulo 26

—Claro que lo seré —respondió Ambra, al fingir que le había gustado la sensación del calor de la cera sobre su piel; por suerte, en la oscuridad, apenas se diferenciaban sus caras. Ambra colaboraba poco, la aprensión la tenía petrificada, le elevaba la tensión al tope.

—Ahora, voy a clavarte algunos alfileres, no sentirás nada, porque el deseo anestesiara el dolor.

Ella analizó su labio inferior torcido, de un momento a otro, simuló una lóbrega sonrisa.

Otra de sus hoscas fantasías era que adoraba ver la sangre en el cuerpo de la mujer, sobre todo en el momento en que la poseía; también ponerles fragancia de formol y tener sexo cuando estaban muertas. Practicaba ese turbio capricho antes de dar inicio a las autopsias en los cadáveres en el departamento de Patología forense. Era el pedazo de una debilidad irrisoria realizar aquella descabellada utopía. Cada vez, las seducía como si estuvieran vivas, después cautivaba sus zonas íntimas haciéndoles el amor.

Con lujuria.

Con parsimonia.

La acunaba en el desván de su cerebro; con esa tenebrosidad, se hacía más fuerte.

Nunca había pensado que dieran con él.

Ambra sostuvo su mano, mientras él destapaba la caja que contenía las agujas.

—No soporto que me pinchen —declaró.

—No te harán daño —repuso en tono ronco y decidido. Se deshizo de su agarre y perforó su antebrazo, el líquido bermellón comenzó a salir.

Ambra sintió un mareo que hizo que su vista se volviera borrosa.

Con el índice, Gianluca extendió la sangre por la piel, deseaba llevar a cabo pequeñas incisiones para que expeliera más sangre y poder masajearla por su entera dermis. Empero lo evadió.

—Ohhh, la *sangre* es parte de mí, me encanta efectuar hendiduras. Observar cómo brota el líquido rojo me da mucho placer. Me gustaría hacerte una abertura —dijo al mirarla de forma impertérrita. Ambra replicó con un gesto negativo—. Lo haremos luego...

«Sí, sí, loco de mierda», pensó.

Rayaba su piel con lentitud. Olfateó el plasma. Ambra aún estaba sentada encima del escritorio, con las piernas abiertas y él en medio. Apretaba los ojos al sentir correr la punta del aguijón. Se ahogaba en un llanto de forma imperceptible, sin emitir lloriqueo alguno. Gianluca continuaba en trance, la besaba con ardor en cada ángulo, sin arribar a su boca.

Olisqueaba.

Lamía.

Palpaba su cuerpo de una manera erótica.

Ambra advirtió que tocaba las comisuras de sus labios, sin intensificar su roce. En el fondo, lo agradecía. Probar su sabor le repugnaba. Los minutos corrían y él, una y otra vez, recorría su piel. Todavía no le había quitado el vaquero. Estaba desvestida de cintura hacia arriba. Sintió como la atrajo hacia él. Atónita pestañeó al descubrir su protuberancia. Gianluca agarró su muñeca e la hizo palpar su falo con el fin de que detectara su excitación. En aquel lugar

inhóspito que había recreado para evocar la lujuria de su oscuridad que guardaba en su cerebro nefasto. Delineaba sus miríadas imaginaciones en su cuerpo desnudo. Pasó el alfiler por un hombro y luego por el otro. Acercó una vez más sus fosas nasales a su cuello para darle cabida a sus secretos.

Ambra notó que sus pantalones se humedecían del miedo, percibió el modo en que rozaba sus palmas en su entrepierna. Gianluca, al darse cuenta, la escrutó profundamente y sonrió maléfico.

Ambra pensó: «Vamos a jugar, loco de mierda». Mojó sus manos y tocó su nuca.

—Tu perfume me pertenece, Ambra. Es admirable aspirar tu fragancia. Es como el caudal de un río en el que busco aplacar sus aguas para que puedas remar al compás de su corriente.

»Eres tú...

»La que guiará mis propios y sombríos deseos.

»La que ha suscitado mi íntimo interés.

»A quien pondré una corona.

»A quien dibujaré el cisne reina.

»A la que realizaré el mejor origami.

»Serás tú, Ambra.

»Soy tuyo.

»T-U-Y-O.

»*Siempre tuyo.*

Ambra tomó fuerzas y comenzó a recitar con sensualidad y erotismo. Se alzó de pie, al dar pasitos lentos, mientras declamaba:

—Seré tuya, Gianluca.

»La que portará el honor de ser tu compañera.

»La que saciará tus perversas fantasías, en cada ínfimo segundo que te apetezca.

»Cada día.

»Seré la rima que recitarás mientras tocas las teclas de tu piano, para que, con su contacto, surjan nuevas y oscuras emociones.

»Solo tú.

»Solo tú podrás hacerlo. Porque buscaremos y compartiremos las vibraciones que han surgido en nosotros.

»Y sobre todo las pondremos en práctica.

»Con tus sádicas prácticas.

»Así seré, tal cual.

»*Tal cual* al deseo que tienes en tu mente y en tu cuerpo. Y si algún día te sientes oprimido, me alejaré sin hacértelo pesar.

Ambra notó que él se convencía de sus diatribas. Respiraba en su cuello, pasaba de un lado a otro. Estaba en pleno éxtasis. Asustada y manchada de sangre por doquier, persistía en seducirlo.

Faltaba dar cabida al sexo.

—Anhele apreciar tu falo, sentir cuán grande es, con el fin de memorizarlo. Porque desde ese día en el cementerio es imposible arrancarlo de mi cabeza. Oh, Gianluca. —Lo palpó por encima de la tela. De súbito, bajó la cremallera y desabrochó su pantalón—. Mi perfume en tu cuello me excita tanto...

—¿Tanto cuánto? —preguntó Gianluca, conmovido en un sublime trance, en lo que

Ambra bajaba la prenda de vestir. Sonrió seductora.

—Cuanto una chispa que pretende ser apagada por quien la ha provocado —musitaba ella, entre sus labios sin besarlo. Creaba conexión. Entrelazaba de manera fortuita algunas de sus sombríos y prohibidas utopías, que no pensaba cumplir.

—Oh, así me gusta que seamos iguales —masculló Gianluca en tono suave.

»Iguales en cuerpo y alma.

»Fusionándonos el uno con el otro.

»Sabía que eras la elegida. La Diosa me dijo que algún día encontraría a la mujer que formaría parte de mi ser y que lo intuiría por mi propia mente y las circunstancias.

Ambra logró que él se desnudara con el propósito de cautivarlo aún más. Sus toques eran con un ritmo desenfrenado. Lo sentía aspirar con fatiga.

—La Diosa nunca se equivoca —contestó Ambra en modo sensual y convincente—. Seré tu compañera. Te ayudaré a evocar los deseos en tu fantástico universo.

Puso sus falanges dentro de su braga, expulsó las gotas de pis que quedaban. Las extendió en sus palmas y la llevó a sus clavículas, luego las depositó en sus zonas erógenas y lo besó.

Besos con perfume exquisito.

Besos marcados por sus cicatrices.

Besos que ornamentaban la cúspide de aquel indecoroso espacio.

Besos que llenaban de forma extravagante su fuero interno.

Con intransigencia.

Sin deseo.

Con hastío.

Gianluca coronaba y estimulaba su sadismo. Una perversión en diferentes grados que una mente puede albergar. Cada vez que alcanzaba a doblegar a una dama, recompensaba sus inclinaciones. Era una sensación avasalladora que lo conducía a codiciar y experimentar sus variopintos impulsos e instinto en una malvada euforia que, si era rechazada, se convertía en una ofensa para su naturaleza. Realizaba una pequeña venganza de modo que ella dependiese de él. La dominaba mentalmente. ¿Cómo? Dicen que las mujeres son astutas, sin embargo, tienen la sensibilidad de creer en la gente. Siempre y cuando el mentiroso ponga buena cara. Primero se interesaba por sus emociones, por sus miedos, por lo que le gustaba y lo que no, asimismo, de sus antojos. Al obtener esa información, actuaba con parsimonia y con cabeza fría. Instalaba una relación de amigos y cómplices, lo que una moza deseaba tener en la vida. Un hombre perfecto que la escuchara, que la mimase, que no la juzgase y que se mantuviera en silencio en el momento adecuado.

Esa era parte de su personalidad.

También el vengativo que sacaba el as de la manga en el instante justo. Él retenía que todo llega a su debido tiempo.

Así sería para Ambra. Porque lo mejor estaba por venir.

Sin previo aviso y con suma lentitud, Ambra retiró hacia atrás su pierna derecha. Rauda, le soltó un golpe seco en los genitales, y vio que se doblaba y caía. Oyó el ¡ay! que salió de su garganta, en lo que tomaba una forma fetal. Corrió en dirección al salón. Advirtió que decía un sinfín de maldiciones. Sin importar que estaba mitad desvestida, empuñó el bolso, lo puso delante de sus pechos y se fue con destino a la puerta. Pinchó varias veces el botón del ascensor, pero al percatarse de que no se abría, se apresuró escaleras abajo, con los latidos acelerados. Debía salir de allí antes de que Gianluca la alcanzara y la matara, y fuera la noticia de los medios

televisivos.

Cuando iba por el segundo piso, resbaló y se cayó, pudo agarrarse a la baranda de hierro. Por suerte, el edificio era solo de cuatro niveles. Corría, sentía el corazón en la boca, con la cartera apretada a su busto. Ni siquiera hesitó en mirar hacia atrás, ni amilanarse al estar desnuda. Se encaminó por el pálido vestíbulo y, sin pensar, deslizó el portón y salió con el fin de arribar hasta la avenida y parar el primer taxi que transitara por allí.

Por fortuna, el sol había calado, así pasaba un poco desapercibida. Al llegar a la vía, Ambra hizo autostop como una demente. Escuchaba las bocinas de los coches que, al verla, bajaban los cristales para observar la cara de la loca que estaba a mitad de la calle. Después de varios segundos, logró que un señor se detuviera. Con rapidez, subió en la parte trasera del vehículo.

—Por favor, lléveme a la comisaría.

El hombre la divisó atónito al ladear su costado.

—Sí, como diga. —Entendió que algo andaba mal.

—¿Puede regalarme su chaqueta? —suplicó con voz flébil.

Se intercambiaron miradas por el retrovisor.

—Señorita, lo siento —repuso con negación.

—Su abrigo, entonces.

—Está bien, se lo daré, espere, a que llegue al destino —replicó con pena—. ¿Qué ha sucedido?

Hizo esa pregunta sin esperar ninguna contestación. Con su silencio, comprendió que no quería responder, la vio comenzar a llorar.

—Me he escapado de las manos del Cazador de cisnes.

El taxista abrió los ojos, sorprendido, mientras guiaba, reafirmó:

—¿Del que se habla en las noticias?

—Sí, ese mismo. —Soltó un llanto con dolor y angustia, sin poder aniquilar la tensión que había sufrido.

El señor se calló y la dejó desahogarse.

Derramaba gotas de lágrimas en silencio y con vergüenza.

Buscaba encajar las piezas de aquel extraño rompecabezas con la figura de Gianluca que tocaba el piano a su amiga Concetta. Revivía su sufrimiento.

Un *sufrimiento* que llevaría consigo en lo más profundo de su corazón. Quizás algún día lo aliviaría o el viento lo desplazaría como polvo del Sahara y dejaría que se desvaneciera en la nada.

Un eventual comienzo se asomaba en su memoria con Gianluca entre rejas. Pero... esa posibilidad todavía era vaga porque el Cazador estaba suelto y podría ser más peligroso de lo que ella pensaba.



Gianluca cojeaba por el dolor en la entrepierna, se vistió lo más rápido posible, preparó algunas cosas, encendió su computador, envió algunos correos y salió a dar caza a Ambra.

—Me has engañado. ¿Cómo has podido? Iré a por ti, aunque sea al final del mundo.

»Me la pagarás, y no sabes qué haré contigo cuando te tengas en mis manos.

»Seré tu pesadilla.

»Cuando te encuentre, terminaré mi verídico deseo.

»Soy tuyo.

»Siempre lo seré, hasta en tu sombra, Ambra.

»TUYO.

¡El momento álgido para Ambra apenas comenzaba! Porque el Cazador se sentía traicionado.

Una traición que en su ofuscada mente era inaceptable. Porque en todos esos años nadie lo había hecho sin que él actuara primero.

Una traición que no perdonaría.

Una traición que llevaba el nombre de la mujer a quien había creído que convertiría en la reina de sus más foscos ensueños.

A la que no dejaría sin dar su merecido.

Una traición que rompía en pedazos su ego.

Su poder.

El que ejercía sobre cualquiera mujer.

Capítulo 27

Ambra quería que Donato estuviera presente y fuera testigo de lo que explicaría. Por ello, pidió el favor al policía de que se comunicaran con él. Lo esperó para iniciar la denuncia. Con su estado de ánimo por el suelo, tomó las fuerzas y esbozó la brutal experiencia con puntos y comas. El muchacho frente a ella tenía cara de sorprendido por lo que contaba. Respondió a las inquisidoras preguntas, dijo toda la verdad, incluso dio las pistas de dónde podrían hallar a las otras víctimas escondidas. Donato apoyó la mano en el hombro de Ambra, con el propósito de consolarla y que pudiera superar el momento de dificultad en el que se encontraba. Su alma estaba a punto de estallar cuando escuchó por lo que había pasado. Comprendió que se acercaba la conclusión de la investigación. Si bien, el final era meter entre rejas a Gianluca Di Pietro, un tipo variopinto en todas sus facetas.

Había llegado a la isla con el fin de situar al Cazador, quien mató a su amiga. Era un caso especial, se lo debía tanto a los padres como a la difunta, y sobre todo a las chicas muertas y a sus familiares. Ahora tocaba que ellos dieran la caza a Gianluca, ya que la comisaría tenía la información. Para Ambra, fue un día largo con una peculiaridad extrema. Lo único que sugirió a Donato fue que no quería salir en los medios televisivos. Era tímida y la atemorizaba ser el centro de la atención. Incluso se sacaba pocas fotos con su móvil, debido a que las cámaras le causaban molestia.

—Es tiempo de poner distancia —recomendó Donato a su costado, que aguardaba a que completara el reporte de la declaración.

—Lo sé, y es lo que más me asusta. —Sentía miedo. Un miedo que la traicionaba, puesto que, desde que salió del apartamento de Gianluca, siempre miraba hacia atrás.

—Haz el esfuerzo de no preocuparte —repuso Donato, categórico, al cruzar sus brazos; por el gesto, la chaqueta de cuero que vestía se arrugó en su cuerpo.

—Es algo consecuente. —En la estación de policía, por fortuna, se respiraba un ambiente tranquilo, eso ayudaba a sus nervios.

—Claro. —Ambra giró el costado y vio a Damiano a lo lejos; sus miradas se encontraron, desafiándose. Esperaba que se acercara, pero él continuó a caminar por un pasillo con unos folios en las manos. Estaba segura de que ya sabía que lo había denunciado. Al parecer, no le importaba porque seguía allí. Pronto descubriría que había identificado al Cazador de cisnes y tal vez se sentiría aliviado de cerrar aquel caso.

—Confío que, con el testimonio que has dado, lo atrapen —agregó él.

De alguna manera ese optimismo aplacaba la inquietud en su interior, o eran solo palabras para autoconvencerse, seguir adelante y regresar a Sicilia.

A su tierra.

A la vida cotidiana que la esperaba. Pero con un tilín de desilusión que se encendía, igual que una linterna en mitad de la oscuridad.

Una tenebrosidad con diferentes visajes y con una personalidad imperiosa que llevaba el nombre de Gianluca, alias El Cazador de cisnes. Ese apodo y la experiencia serían difíciles de olvidar.

—Lo harán, una patrulla ha ido tras él —manifestó el muchacho.

Donato reflejó un gesto glorioso de que el caso más popular de Malta se resolvería en breve, gracias a su agencia de investigación porque los padres de la difunta Concetta habían contratado sus servicios.

Esa sería la noticia que, en minutos, saldría como las *news* de última hora, por lo que estaban preparando los documentos para distribuirlos. Los agentes enviaron correos electrónicos a diferentes estaciones, a la zona portuaria, al aeropuerto. Finalmente, en la comisaría había movimiento, porque tenían cara para el asesino. Donato se veía contento, puesto que la publicidad para su compañía vendría a ráfagas, a pesar de ello, por una parte, lo sentía por su empleada. Seguro que él premiaría a Ambra más adelante. Era un jefe afable, con un buen corazón, con una profesionalidad en tratar a sus subalternos. Muchos podrían tomar apuntes de él.

—Apenas terminen, tengo que ir a ducharme —Ambra dijo con seriedad, olía a pis, percibía que sus fosas nasales estaban impregnadas de la fragancia de Gianluca.

—Vienes conmigo adonde estoy hospedado; alquilaremos una habitación. —Donato rozó su palma por el rostro de Ambra, y ella cerró los ojos con pesadumbre.

—Mis pertenencias están en la pensión.

—Te acompaño, recoges tu equipaje y luego vamos al hotel.

Agradeció en un murmullo. Prefería su compañía que estar sola, ya que el Cazador andaba por ahí, y su seguridad estaba en vilo. Un inoportuno término para sus oídos. Pese a ello, lo que quería oír era otra cosa e irse de allí. Desaparecer y acabar su estadía en la isla. Si no fuera así, comportaría un desequilibrio en su estado físico y mental. Viviría con una sombra que la atormentaría todos los días. Porque la entidad abstracta más peligrosa de un ser humano es la mente.

La mente es capaz de traicionarte cuando estás convencida de lo cierto.

La mente te hace dudar, pensar lo indebido, darte incertezas que, aunque sabes que son falsas, crees que son verdaderas.

A elucubrar pensamientos impuros, obsesivos, con tener un superfluo alivio.

A excluir las palabras que no echaran raíces.

En lo posible, debía extinguir con prudencia la experiencia de haberse visto involucrada, sentimental e inconscientemente, en una investigación tan bizarra que podría ser dañina para su consciencia.

Desraizar su eminente figura y las emociones que le hizo sentir, si no estaría atada de por vida a un recuerdo que surgiría a cada momento.

Tachar su corazón negro que había enviado en los intercambios de mensajes. Aquel corazón era como su logo, le donaba y revestía lo que él era en realidad. Porque Gianluca era así, con un fondo hosco donde posaba su alma y aquel deseo oscuro que encubría en lo más recóndito de su cabeza. El que conquistó su fragilidad. La fragilidad de una debilidad que se había agrietado en mil pedazos por la tensión y el sufrimiento.

Anhelaba olvidarlo.

Olvidar su roce.

Olvidar cuando intimaron en el mausoleo.

Lo que había sentido.

La atracción fatal y contradictoria de su cabeza.

Y sobre todo...

Olvidar aquel episodio en su casa, el cual sería imposible.

Olvidar al Cazador de cisnes.

Capítulo 28

Gianluca esperaba en su coche, detrás de un árbol, fuera de la comisaría, cuando desde lejos vio salir a Ambra. De ningún modo pudo arribar antes, a fin de impedir de que entrara. Maldijo encolerizado y, sin poder a hacer nada, dio media vuelta y se marchó. El tiempo se había terminado. Era consciente de que, por su culpa, toda su morbosa actitud sería expuesta. Su rabia acrecentó, no era el final que había previsto. Ahora tendría que pensar: ¿Cuál debía ser su próximo movimiento, para evitar que salieran a la luz los homicidios y las pesquisas archivadas?

Tenía miedo de ser acusado, lo que hizo que su piel se erizara.

De ser el foco central para muchas personas.

Miedo de que su impecable carrera se hubiera terminado.

De que su vida, la que con esmero había construido, se fuese al traste.

Pero...

A pesar de ello...

Planearía su último movimiento, para después escapar.

Y aquel plan llevaba el nombre de Ambra.



Para Ambra, el regreso a la casa de huéspedes fue sosegado. Al aparcar el vehículo, Donato estudió la calle con detenimiento, para eludir que hubiese amenazas antes de subir. Aguardaba en la sala mientras que Ambra terminaba de recoger sus cosas. En la habitación, ella pensó en Rose, le hubiera gustado pasar por su hogar, y comunicarle que había identificado al Cazador, pero, lamentablemente, Gianluca le quitó el teléfono. Ambra pensó que diría a Donato que, en el transcurso, había una sospechosa más, para que lo redactase en el informe final que él hacía cuando terminaba una investigación. Al doblar un vestido se asomó a la ventana. Tuvo un presentimiento al notar una sombra que se movía bajo unas ramas que lindaban con el patio contiguo del vecino, en la calle paralela. Pestañeó varias veces, era una silueta que cobraba forma cuando sus iris hacían el esfuerzo de focalizar. Era el último individuo que deseaba avistar en ese instante. Gianluca estaba allí.

Pudo apreciar la oscuridad que irradiaba su impoluta figura, su rostro y sus pupilas. «¿Cómo supo dónde se encontraba la pensión?», se preguntó para sus adentros. Tapó la cara con sus manos y volvió a mirar. Sin embargo, ya se había ido. Era una señal clara y precisa de lo que le esperaba durante las horas en las que él estuviera suelto. Nerviosa, corrió a la sala a avisar a su jefe.

—He visto al Cazador en el patio colindante. —Hizo un gesto con la mano para indicar la dirección.

—¿Cómo? —Donato corrió al cuarto y abrió de par en par el tragaluz que, por seguridad, Ambra había cerrado—. ¿Dónde?

—Detrás de ese tronco. —Señaló.

—Voy a por él. —Rauda, se encaminó hacia la salida.

—No —expresó Ambra—. Es peligroso, Donato, podría estar armado. Llamemos a la

estación de policía.

Él se tranquilizó, era un discurso sensato. Ya habían realizado su trabajo; tocaba a la policía ir tras el criminal. No era de su competencia. Si ellos no lo atrapaban, era por su negligencia. Entonces, tendrían que modificar el sistema policial de La Valeta y de Malta. Aquella divulgación sería una bofetada para las autoridades, por lo que el turismo y muchas cosas cambiaría en la isla.

Ambra se percató de que Donato colocó el auricular inalámbrico en su oído. Supuso que marcaba el número de la comisaría. La dueña de la vivienda lo observó también, puesto que no entendía su alarmismo. Percibió que hablaba y daba la referencia sobre el avistamiento de Gianluca. Oyó que inquirió a la mujer, a su lado, la dirección, ya que se la había olvidado, aunque antes la puso en el navegador para llegar hasta allí. Ella la recitó y él hizo lo mismo al teléfono. Ambra lucía confundida por la amarga experiencia que vivía. Prestó atención a su jefe, que levantó la voz, irreverente, y los acusaba de que eran una vergüenza las carentes actividades que ejecutaban. Se encontraba fuera de control a causa de su perturbación, era normal que actuara de ese modo. Su empleada se hallaba en riesgo. Aunque hacía poco que los había informado del nombre real del asesino, al que investigaban desde hacía años y él se burlaba de ellos, Donato recalcó de malos modos que Gianluca todavía andaba suelto por las callejuelas de La Valeta.

Ambra caminaba a su alrededor, miraba la casa. Con cuidado, movió un objeto que posaba en una estantería y, con sigilo, volvió a ponerlo en el mismo orden en que estaba. Sentía que la voz de Donato se alejaba, apartándose del mundo. Buscaba respuestas. Recordó la cara perturbada del Cazador; al verlo otra vez, torturaba su tranquilidad. Decía mucho, de ninguna forma él se quedaría con los brazos cruzados, la seguiría hasta dar con ella. Fuera de sí, observaba las cortinas de la ventana que, a diferencia de Rose, no tenía ni una planta ni animales. Ensimismada en su pensamiento, la angustia carcomía sus tripas. Su reacción apacible no se ajustaba a su condición interior, la que estaba alterada, que de ninguna manera le daba tregua. Solo se calmaría cuando escuchara la noticia en la que confesaran la captura de Gianluca.

Su figura en su sien era como un faro que ciega para, después de atrapar tu vista, llevarte consigo en una profundidad a kilómetros de distancia. Él sabía cómo arrastrarla junto a él, en su obsesiva osadía y provocante desasosiego, que albergaba con su psique. Con parsimonia, la conduciría al borde de la locura. La convencería de que él estaría a su espalda con esa vibración negativa de su interior. Sin poder impedir que su cabeza declarara lo contrario.

Era solo el inicio para Ambra.

El terror crecía con los minutos que pasaban.

Minutos infinitos que aumentaban su agitación en un obscuro ambiente, el que había creado en un mundo real y expuesto. La maniobraba como las teclas de su piano para que sonaran a su favor, en una fantástica melodía, donde Ambra y su presencia serían partícipes de su inoportuno acorralamiento, fruto en su interior.

Ambra miró por la ventana de bahía del salón e indagó si Gianluca aún rondaba por el lugar. Ojeó con detenimiento cada vehículo por si lo veía, a fin de comunicarlo a su jefe. ¿Qué había hecho Gianluca en la mente de Ambra? ¿A qué estado la había llevado?

Volvió en sí cuando Donato dijo:

—*Fatto*.^[6]

—Vámonos. —Agradecieron a la señora y se despidieron. Ambra caviló para sus adentro: «Espero no regresar jamás por aquí». Dirigió una sonrisa triste a la mujer y siguió a Donato, que tiraba la maleta, y se encaminaron hacia la puerta.

—Creo, Ambra, que es mejor que duermas en mi habitación. Yo dormiré en el sofá.
—No es obligatorio —comentó Ambra, al darle reparo.
—Viendo las circunstancias, lo es.
—Que esté en la misma habitación contigo, puede que te traiga problemas con tu pareja.
—Donato todavía no se había casado, era de los hombres que sostenía que para qué propósito se necesitaba firmar unos papeles si se amaban y vivían bien—. Llama a tu compañera y explícale lo que ha pasado. Después quiero hablar con ella, en videollamada, para asegurar que todo está bajo control.

Él aceptó su consejo, encendió el vehículo y condujo en dirección al hotel. En el camino hizo lo referente, marcó el número de su media naranja. Pero, al final, Ambra dijo que se sentía incómoda, que era mejor si dormía en otro cuarto; quizás contigo al de él y con una puerta en común.

—De acuerdo, cuando lleguemos, voy a hacer el cambio con la recepcionista.

Tal y como lo acordaron, Ambra se instaló en la habitación adyacente a la de su jefe y, para sentirse segura, le quitó el seguro a la puerta interna que daba a la de Donato. Tomó una ducha y, como no le parecía práctico quedarse desnuda, optó por ponerse un suéter y un pantalón corto. Se tiró en la cama a pensar. Al caer en un profundo sueño, se olvidó de lavar sus dientes.



Domingo, 2:00 am

Tras amenazar a la recepcionista, Gianluca obtuvo el número de la habitación donde se hospedaba Ambra por medio de la asustada chica, que no tuvo más remedio que decírselo. Después la inmovilizó y tapó su boca, para evitar que llamara a nadie. Accedió al quinto nivel por el ascensor, con cautela, caminó por el pasillo y forzó la puerta con una tarjeta. Se infiltró en la recámara donde Ambra descansaba plácida.

Extrajo un pañuelo de su bolsillo, que antes de entrar lo había humedecido con cloroformo. Se acercó y la contempló, estaba vestida. Apreció volver a verla. Caminaba a su alrededor y absorbía su aroma, colmaba ese desagradable deseo de haberla perdido. La siguió hasta allí, travestido con peluca, gorra, chaqueta de roquero y en una Harley-Davidson, que poseía en una propiedad, a las afueras de La Valeta. La zona resplandecía en un ambiente crepuscular por las luces de los otros hoteles. Embobado, meditaba en cómo practicaría lo que dejó inconcluso horas atrás. Captó que se giró, la melena revoloteada dio más visibilidad a su rostro. Aquel olor que expelía Ambra lo cautivaba.

Se quedó por un buen rato admirándola. Recorría cada pliegue de la sábana envuelta en su silueta. Anhelaba despertarla y llevársela con su consentimiento; sin embargo, sabía que era imposible. Ansiaba revivir la vorágine de sensaciones y reconstruir con suma parsimonia el momento que se había truncado. Enseñarle lo ilusorio que sería conducir su cuerpo, a valorar una emoción en las dimensiones más elevadas que ella pudiera probar. Si le diera la posibilidad de estar con él otra vez, sería un hombre feliz. Una felicidad meticulosa que lo induciría a una aberrante tenebrosidad que lo convencería aún más de que Ambra era la reina. Pero Gianluca era consciente de que lo bloquearía, porque ese mecanismo ya no provocaba efecto. Un *efecto* que, por su repulsión, la condenaría a concluir lo que él no deseaba.

«¿Qué me has hecho, Ambra? Me odias hasta el punto de haber mandado a la policía a mi apartamento. No imaginas la perversión erótica que tengo en contra de ti. Me has transformado en una bestia que necesita una inyección para calmar este malsano humor. Tú puedes extirpar

este molesto sentimiento y convertirlo en una fábula. Estaba seguro de que te hallaría. Lo daba por hecho, mi intuición nunca falla, y contigo he adivinado miles de las cavilaciones que tengo en mi mente. Si hubieras dado el mérito a nuestro encuentro o emociones, las cosas hubieran sido menos cansinas y más íntimas».

Sacudió la cabeza para apartar ese pensamiento. Era el momento de llevársela de allí.

Gianluca tocó su pelo y, con fuerza, puso el pañuelo en su boca. Ambra chilló en lo que luchaba por deshacerse de su agarre, tocó la lámpara de noche que reposaba encima de la mesita, que calló e hizo un estrépito. Ambra perdía fuerza, empero, en ese momento, al otro lado, Donato veía la televisión. Él al escuchar el ruido, se levantó rápido. Por suerte, era una persona que dormía poco, con un sueño bastante ligero. Apurado, entró y, al ver a Gianluca, se abalanzó sobre él, dándole un golpe en la espalda, que lo hizo aflojar el agarre a Ambra, mientras gritaba un sinfín de abominaciones en dialecto siciliano.

Sin saber cómo, Gianluca dio un cabezazo hacia atrás que lo desestabilizó, y consiguió soltarse de su amarre y escapar. Donato corrió tras él, pero fue imposible alcanzarlo. Lo único que quedó en sus manos fue la peluca grisácea que llevaba puesta para que no lo reconociesen. Regresó a donde se encontraba Ambra, desmayada sobre la cama, y dio los primeros auxilios en lo que llamaba, una vez más, a la comisaría.

Después de treinta minutos, la policía accedió al vestíbulo. Desataron a la chica que Gianluca había atado en la recepción y se dirigieron a la habitación que Donato mencionó cuando habló con ellos. Expusieron que era cuestión de horas atraparlo, porque las fronteras estaban informadas y la isla era pequeña, en algún hueco estaría.

Ambra despertó después de varias horas, Donato la acompañaba. En lo que descansaba, gestionó un billete de avión para ella y cambió la fecha del suyo.

Había llegado el momento de irse de Malta y pasar página.

Solo tocaba albergar la esperanza de que la libidinosa situación llegara a su fin.

Un fin impúdico para Ambra, si no lo capturaban.

Fin que la sometería a mirarse la espalda.

Fin que la iba a constreñir a una libertad obsesiva al pensar que él estaría ahí, en el instante menos adecuado.

Fin que impediría volver a la normalidad.

Fin que lamentaría el resto de su vida por haberse inmiscuido en esa jodida investigación.

Capítulo 29

Dark Desire

Al llegar hasta aquí, han podido darse cuenta de quién soy, de la sombría tenebrosidad que encierro en lo más profundo de mi mente. Ya han comprendido parte de mi vida, de mis turbios deseos, espero que vuestro corazón no me juzgue. Antes de irme quiero que sepan que Ambra, para mí, fue una mujer que cautivó mi mente desde el primer momento en que Concetta me mostró su foto.

En cuanto la vi, mis ojos simulaban un brillo que, con el pasar de las horas, fue oscureciéndose con la emoción de verla. Arribé a ella gracias a la difunta que, poco a poco, me facilitaba información importante sin saber lo que tramaba. Con la finalidad de pasar desapercibido, le preguntaba lo que me importaba para estar al corriente. A pesar de que las cosas con Concetta se salieron del plan, y tuve que adormecerla, porque se puso celosa y me culpaba de mi interés por su amiga, tengo que destacar que fue una de las mejores; obedecía a mis reglas, y yo le daba el placer que procuraba en diferentes ámbitos. Era mi llama ardiente, que permanecía encendida hasta que yo no apagase mi fuego, mis foscos anhelos y dejara expandidas mis cenizas sobre su cuerpo. Concetta nunca se rendía. Pese a ello, por las circunstancias, tuvo un final premeditado. Ella era consciente de quién era yo, pero siempre mantuvo silencio, porque sus pensamientos dependían de mí. Le agradecía ese silencio con el placer que buscaba. Estaba enamorada. Comenzó a buscarme, a acosarme y a perseguirme por todos lados, creía que me iría tras Ambra y la dejaría. La odiaba por ello, puesto que fue imposible que controlara sus cursis emociones.

Ver cómo se degeneraba, al igual que un trapo sucio, era inconcebible para mi ego. La mujer tiene que valorarse. Es verdad que fue una ardua batalla conquistarla. Para ella, era un insignificante, eso hizo que se encandilara la malicia sexual en mi cabeza. Si bien, ya saben que la parsimonia es un punto a mi favor, la dominé con cordura y con absoluta lascivia. Después de manipularla, le inquirí si quería seguirme y jugar a las cositas que me encantaban. De ningún modo mencioné que nos veríamos con frecuencia, pero aclaré mis sobrios deseos, que, por suerte, ella obedeció con presteza.

Casi nunca iba por su casa, para ser preciso, fueron dos o tres veces las que visité su apartamento. A menudo, hallaba una excusa para juntarnos fuera, con la intención de evitar que me relacionara con ella. Ese día, antes de irme de su hogar, decidí dormirla. Se puso insoportable y me abofeteó porque había preguntado por Ambra. Tomé una pequeña sogá que encontré en su casa y decidí terminar con aquel cursi *show*. Me da pena recordar su final. Borré fotos que me había sacado a escondidas, también descubrí que existían otras imágenes reveladas, ocultas en un cajón, bajo su lencería interior. Por supuesto, me deshice de ellas.

Con Ambra había premeditado todo, aunque no del modo en que se dieron los acontecimientos. Sabía que trabajaba para una agencia de investigación, por lo que, incluso, pensaba atarearla con seguir una pista, con el fin de encontrar a mi primo, el marido de mi Diosa, que desapareció aquí en Malta. Obviamente, le hubiera dado un nombre falso. Antes de armar el plan, los sucesos se facilitaron en el instante en que vino por su propia cuenta a la pesquisa de su

amiga. Tengo que decir la verdad; cuando la vi en el cementerio la primera vez, me pareció estar soñando. Recuerdo que evoqué todo mi autocontrol al apreciarla vestida de negro. Cómo le favorecía ese color en aquel lugar, rodeados de esqueletos, y con esos flequillos rojos que la brisa sacaba por debajo del velo. Me volví loco, pero fui cuidadoso para no echar a perder lo que mi fosca ilusión maquinaba. El día que apareció en mi trabajo, canté: «¡Bingo!» y, desde ese instante, comencé a dominar su mente con mis miradas y con palabras, agregando algunos gestos, sin que pudiese interpretar lo que pasaba por la mía.

Puedo expresar que la adoré. Me corrijo, la adoro. Soñaba con su cabellera, la olía en mis sueños, deleitaba y escrutaba pelo a pelo de su escarlata cautivante. Mi lóbrego juicio se adhería al placer de darle a conocer lo que su cuerpo nunca había experimentado.

Necesitaba conducirla a su son, con lentitud.

A un mágico mundo que exploraríamos juntos.

Pero ella... ella se concentraba en otro asunto: encontrar el asesino. Me sentí un poco irritado, en absoluto podía forzar la situación, la dejé correr por sí sola. Esto se me fue de las manos al estar a su lado. Pensaba en cómo reaccionaría y realizaría lo que tenía preparado. Sin embargo, era imposible. Su perfume y su voz me llevaban a un estado de excitación que me obligaba a contener mis habilidades. De un momento a otro, se inició la deriva, tan pronto como entendió que era el Cazador, más bien, el que salva a sus cisnes. Culpa del fatídico papel con el que fabriqué los origamis y que dejé olvidado encima del piano.

Joder, si no hubiese sido por él, estaríamos juntos. Yo descubriendo sus zonas vulnerables y deseosas de los ángulos que conforman su figura.

Quiero aclarar que, con Ambra, fue todo muy efímero y solo yo soy culpable de que no esté conmigo.

Tenía mi historia a su lado.

Sería un hombre al que su belleza daría el oxígeno justo a mi entrepierna.

Al que, con sus conceptos bizarros, ahogaría en un grito insano su nombre, con tal de trasladarla al ápice de satisfacción para que comprendiera de lo que soy capaz.

Al que alcanzaría el karma con verla obedecer a mis peticiones.

Sería un hombre que se convirtió en obsesivo con una debilidad en su interior por tenerla para siempre.

Con el deseo de que apareciera en la inmediatez de los segundos que pasaban.

Sé que soy un individuo complicado, retengo que mis gustos no pueden ser apreciados por muchos, pero entiendan que soy diferente.

Yo soy así.

Tal cual.

Asimismo, quiero que lo sepa y lo comprenda.

Cuando la encuentre, trataré de ser persuasivo, a fin de que su estado psíquico se haga a la idea de mi naturaleza; aunque sea rara, es real.

Voy a por ella...

Sé que tengo el tiempo encima. A estas horas, estarán buscándome en la entera isla. Antes de escapar, quisiera tenerla cerca. Prometo no poner un dedo sobre ella, a menos que se acelere y salga corriendo sin escucharme. Ese es mi plan A, también opto por un plan B, que daré a elegir: venir conmigo o su propia muerte.

Por favor, entienda que no soy un psicótico depravado o sádico. Solo soy una persona que acuna sus oscuros deseos.

¿Por qué la dejé escapar?, joder. Fue imposible moverme después de la patada. Me dejó

con los cojones tiesos; además, estaba desnudo, salir así era embarazoso, lo que hice fue vestirme, preparar algunas cuestiones, mandar correos, dejar mi apartamento e ir tras ella.

A través de la aplicación que tengo en mi teléfono conectado a las cámaras. Vi que la policía entraba en mi edificio. Por suerte, antes de salir, destruí la mayoría de las cosas que tenía en el cuarto. Lo último que hice fue echar un bote de pintura al cisne pintado en el muro.

Me iré a un lugar donde nadie me conozca. Buscaré la manera de rehacer mi vida he iniciaré otra vez, con ella o sin ella.

Un nuevo comienzo.

Donde la soledad me acompañará por meses si Ambra no está a mi lado.

Donde la haré feliz si me concede vivir bajo el mismo techo.

Juntos. Donde nadie pueda juzgarme.

Pero...

La realidad es que mi cisne reina no está conmigo.

Ahora toca esperar; tras desaparecer, iré a por ella a Sicilia.

Al fin del mundo.

Porque siempre seré tuyo, mi amor.

Siempre tuyo.

Gianluca Di Pietro

Epílogo

Antes del mediodía, Ambra y Donato llegaron a Sicilia. Mientras esperaban el autobús que los llevaría a la puerta de desembarque para recoger sus equipajes, Ambra se sentía angustiada y la atormentaban un sinfín de pensamientos.

—¿Puedes buscar la noticia de última hora de Malta? —pidió Ambra a su jefe. Estaba preocupada y quería saber si la policía había atrapado a Gianluca o no.

—Cierto. —Donato encendió su móvil; en ese mismo instante, recibió una notificación de llamada y un mensaje de texto de la comisaría que decía:

El cazador ha sido capturado. El noticiero de la mañana presentará todo lo relacionado con el caso.

De inmediato, se conectó a la página web de Malta. Sacó los auriculares inalámbricos de su bolsillo y pasó uno a su empleada. Ambra se acercó y se colocó el pinganillo en el oído, al igual que él. Fijó la pantalla del teléfono y vio la foto del médico forense, Gianluca Di Pietro. Donato tocó el botón de *play*, y una mujer comenzó a hablar.

«Esta madrugada, después de una larga búsqueda, El cazador de cisnes ha sido arrestado. El médico forense, Gianluca Di Pietro, ha sido acusado como el principal sospechoso de las muertes de Concetta Caruso, Claire Steven, Christine Jason, Elaine Smith...».

—¿Como principal sospechoso? ¿No culpable? —interrumpió. Ambra pensó que había oído mal por el ruido del avión.

Donato detuvo el video al escucharla.

—Acaba de pasar, es una primicia fresca. Tal vez, las autoridades no tengan nada entre manos todavía, por ello lo dicen así. —Volvió y tocó la pantalla para seguir mirando.

—Pero...

—Espera hasta que termine de hablar —cortó él mientras se concentraba.

La periodista continuó...

«Los cuerpos de las chicas aún no se han encontrado. En este preciso momento las están buscando, ya que la comisaría recibió un soplo de dónde estaban escondidas. La policía no ha querido dar detalles específicos hasta encontrar las evidencias y obtener la información precisa.

»El apartamento de Gianluca Di Pietro ha sido allanado, en este mismo instante, han hallado algunas pruebas contundentes que podrían culpar a quien, durante años, las autoridades han intentado dar caza».

«Lo han conseguido», pensó Ambra, mientras miraba el móvil con atención.

Estaban parados a diez metros del avión, Donato volvió a pausar el video. El ruido del motor no ayudaba a escuchar muy bien lo que la mujer decía. En ese instante, caminaron hacia el bus que se había detenido.

Cuando llegaron al aeropuerto, buscaron un lugar más tranquilo y volvieron a concentrarse en la noticia. Escucharon que hablaban del supuesto sitio donde Gianluca había escondido a las chicas y otras pruebas que lo acusaban. Donato y Ambra sabían que muchas veces los periodistas mentían solo para difundir noticias con tal de que fueran escuchados. La mujer mencionaba de manera explícita los delitos que Gianluca había causado. Mostraron

algunas revelaciones, como los folios con los que elaboraba los origamis de cisnes y un pequeño cisne de plástico que encontraron en el suelo. Ambra escuchó a la periodista decir que, finalmente, había llegado la hora de que pusieran fin a tanta crueldad. La falta de evidencias y la presión de las personas y familiares habían ayudado a que las pesquisas tomaran otro rumbo, gracias a la agencia *Donal Private Investigation*, contratada por los padres de la última víctima, quien fue la que dio el finiquito a la investigación.

El apartamento de Gianluca estaba lleno de reporteros que sacaban fotos y transmitían en directo para los medios en los cuales trabajaban.

—La reportera está diciendo todo a medias —interrumpió Ambra otra vez.

«Estamos frente al edificio —continuó la periodista. El operador de cámara giró para enfocar el lugar—. Vemos cómo los inspectores y policías están haciendo su trabajo...».

—Es extraño, no han presentado ninguna imagen o video de su captura —manifestó Ambra con suspicacia y con el ceño fruncido por la curiosidad.

—Es probable que no lo hagan hasta que no obtengan todas las pruebas suficientes.

—¿Y si es falso lo que dicen?

—Vamos, Ambra, es imposible que hagan algo así —aclaró Donato, con la intención de disipar un poco de incredulidad a su preocupación—. Ah, mira, que presenta el video de su captura.

Ellos escucharon atentos hasta el final. Ambra logró dar un suspiro de alivio. Se liberó de ese presentimiento que la había perseguido aquellos días.

Ahora podía pensar con libertad y dejar que la calma embargara su cabeza.

Regresaría a su vida normal, a la que había deseado con anterioridad.

Para ella y la agencia, la pesquisa se había cerrado de manera positiva.

—¿Hablarás con los padres de Concetta? —preguntó Ambra.

—Los llamaré apenas llegue a la oficina.

—Yo tengo pensado visitarlos cuando regresen de la isla. Tendrían que estar contentos por el arresto.

—Seguro.

—Te enviaré un mensaje cuando tenga un móvil para que me mande su número, para luego hacerles una llamada.

—De acuerdo —respondió Donato al guardar el móvil en el bolsillo.



En cuanto llegó a su casa, Ambra se duchó, se cambió y fue a comprar un teléfono. Envío un mensaje a Vincenzo, para saber si había regresado a Sicilia. También escribió varios textos a sus amigas para informarlas de que estaba de vuelta. Por suerte, con los teléfonos inteligentes, se podían recuperar los números de los contactos.

Ansiaba entender qué quería desde ese momento en adelante. Estaba dispuesta a apartar su timidez y preguntar a Vincenzo cuál era su intención con respecto a lo que había sucedido entre ellos, a pesar de tener una pizca de inseguridad, a la vez que sentía reparo y vergüenza.

Ambra era consciente de que faltaba un equilibrio en su vida, y ese equilibrio tenía el nombre de Vincenzo. Él que albergaba sus propias sombras. Sin embargo, era el único que podía hacer latir su corazón.

Un corazón deseoso de ser amado.

Un corazón que anhelaba seguir explorando el mundo junto a él.

Un corazón que necesitaba luz. La que él irradiaba.

Era quien nutría el sentimiento de una pasión ardiente que había despertado en su interior.

Quien liberaba la altivez que la encarcelaba para encerrarse en sí misma.

Realmente, era lo que precisaba para ser feliz.

Respiró en profundidad y decidió poner su orgullo a un lado por una vez. Despejar la niebla que obstaculizaba su mente, con el fin de dar sentido a sus emociones, las que la habían encandilado en el pasado y las había despabilado con los encuentros fortuitos, días atrás, en Malta. Otra vez, la incertidumbre afloró en lo más recóndito de su cabeza. La hacía vacilar. Se llenó de valor y observó su móvil varias veces. Le daba vergüenza lo que iba a hacer.

Por otra parte, anhelaba que él estuviera a su lado, pero antes necesitaba hablar con él, para entender si las salidas con la chica que había mencionado iban en serio o solo eran amigos íntimos. Y si tenía pensado un futuro con ella, en caso de que su respuesta fuese positiva, con dolor, se alejaría y le desearía lo mejor. Por tanto, tendría que dar cara a la soledad y la amargura. Estaba segura de que no quería ser el títere de nadie ni plato de segunda mesa.

Soledad, la que la había acompañado durante años.

La que estaba en vilo.

En la que, junto a su cuaderno de desahogo, ella escribía los pensamientos nostálgicos y negativos.

Una soledad que oscilaba, y que solo dependía de la respuesta de una persona. Vincenzo.

Tomó coraje y buscó su número, que había guardado recientemente. En ese momento, Ambra determinó que era hora de poner punto final a sus inseguridades. Aquellas que sentía y que, sobre todo, la confundían.

Su corazón palpitaba desenfrenado mientras escuchaba el sonido de la llamada en curso.

—Hola —dijo Ambra con nerviosismo.

—¿Qué tal, mi pelirroja? —preguntó Vincenzo al reconocer su voz, que sonaba extraña.

—Bien. Estoy en Sicilia —informó. Sus manos comenzaron a sudar. Las limpió sobre su vaquero, primero una y luego la otra. No sabía por qué reaccionaba de ese modo—. ¡Este es mi nuevo número!

Vincenzo producía ese efecto en ella con tan solo escuchar su voz. Él nunca olvidaría cada roce que había recibido con agrado la última vez que tuvieron intimidad.

—Ah, ¡me alegro! Yo llegaré pasado mañana.

—¿Cómo te ha ido con tu amigo? —interrogó Ambra, para aliviar un poco la tensión que sentía.

—Diría que lo ha pintado todo muy bonito. Solo me ha dicho los pros, para convencerme.

—¡Eso es positivo!

—Lo sé. Tengo miedo de que en el instante en que me haga socio con él, los contras comiencen a salir y las cosas no vayan como había dicho en un principio. Por ejemplo: Vincenzo esto es así... esto es asá... se necesita esto para...

—Piensa bien la decisión que vayas a tomar.

—Sí, gracias. Le dije que me diera quince días, y luego hablaremos —manifestó Vincenzo.

Se hizo un silencio.

En ese instante, las dudas volvieron en ella. Ambra quería decirle cuánto deseaba estar en sus brazos y dejar que su imaginación hablara por sí sola entre ellos, para borrar el amargor que quedaba del pasado, y así evadir el temor que la carcomía con asiduidad. Añoraba dialogar y

susurrar sus pensamientos con toda naturalidad.

Con la esperanza de no ser rechazada.

Con una sincera intención de empezar de nuevo para hallar un punto de partida y unificar con dulzura el maravilloso sentimiento que sentía hacia él.

Con la ilusión de alimentar sus emociones día a día.

Con la paciencia de enfrentar los días tristes y, juntos, encontrar soluciones para no sufrir.

—Ambra, te has quedado taciturna —enunció al notar su silencio a través del móvil.

—Disculpa, estaba pensando —replicó ella.

—¿En qué pensabas?

—En... —volvió a callar.

—Ambra —pronunció en espera de su respuesta.

Tenía miedo a hacer la pregunta que la agobiaba. La que impulsaba su incertidumbre a callar y mantener el orgullo en su interior. Parecía una chiquilla enamorada, con la impotencia de enfrentar al joven que la había conquistado.

—Tengo que demandarte una cosa.

—Lo que quieras —le aseguró Vincenzo para que lo hiciera.

—¿Qué intención tienes con la chica con la que sales? —Ambra escuchó una sonrisa de su parte. Se mordió el dedo índice para no gritar. De repente, de su boca salió un suspiro y tragó saliva. Cruzó los dedos a fin de escuchar una contestación positiva, porque, de lo contrario, si respondía en negativo, su corazón estallaría.

—Creo que te he dicho que era algo más por mensajes.

«¡Vamos, esto no me ayuda!», reflexionó inquieta.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos comunicamos más por mensaje de texto.

Ambra elevó los ojos al cielo, ya lo sabía. Se dio cuenta de que no se había hecho entender. Con el alma acelerada, tomó aire para continuar la conversación. Era consciente de que, si terminaba el diálogo entre ellos, nunca volvería a hacerlo de nuevo. Lo daba por hecho.

—Sí... pero...

—¿Sí, qué?

—¿Tienes planes con ella?

—¿En qué sentido? —Vincenzo buscaba la manera de entender el propósito de aquella llamada.

«Ufff, de verdad, lo pones difícil», meditó con el desánimo de que terminaría la conversación sin llegar a tener una respuesta y sin darle la oportunidad a que comprendiera su duda. Casi a punto en desistir lo que se había propuesto, se armó de valor.

—¿Es serio? —soltó con rapidez.

—Ambra, tienes que hablar con claridad. Pregúntame lo que quieras, pero que sea claro, sin atajos y sin reserva. —Él se escuchaba confundido.

—Lo sé.

—Venga, habla, ¿qué es lo que quieres saber?

—¿Ella será tu novia? —inquirió rápido.

Vincenzo soltó una carcajada por lo que había escuchado y por la timidez con la que había pronunciado esas palabras. Sin embargo, su rostro mostró alegría.

Ambra se cubrió la cara, avergonzada. Sus mejillas bullían como una olla de agua caliente. Por suerte, él no se encontraba junto a ella.

Ambos hicieron silencio.

Un silencio que duró varios segundos.

Silencio perfecto para Ambra. Así recobraría fuerzas.

Un silencio que estaba a punto de determinar el fin de la conversación.

Al que Ambra temía en lo más recóndito de su interior.

—No, es solo un «desahogo» de vez en cuando.

Ambra sintió alivio, nerviosa y feliz al mismo tiempo por lo que había oído. De nuevo, secó su palma, que estaba sudada. Ella sonrió debido a que todas sus inseguridades habían tenido respuestas. Incertidumbre que él podía hacer desaparecer. El dulce sonido de su voz fue un bálsamo que activó la esperanza de una posibilidad para estar a su lado. Y, sobre todo, reconstruir una relación sin culparlo del porqué se había ido.

En ese instante, se quedó pensativa, sintió reparo por decir la próxima pregunta.

—Ambra... —dijo Vincenzo, al notar que se había quedado sin hablar varios segundos.

—Sí, estoy aquí. Lo siento. —Ella meditaba.

—Bien.

—¿Podremos vernos cuando regrese a Sicilia? —Le daba mucha vergüenza pedir que volviera a ser su novio.

—Claro —aseguró él.

—Yo iré con las chicas a la *Scala Dei Turchi*.

—¿Qué día?

—El mismo día que llegas —afirmó al tiempo que se mordía las uñas.

—Que te diviertas.

—¿Quieres venir?

—Por supuesto —ratificó Vincenzo con una sonrisa en la boca.

—Te espero allí —dijo Ambra con alegría.

—Ahí estaré.

Ambra colgó la llamada, eufórica; finalmente, había dado un gran paso en su vida en dirección a la felicidad. Tenía el optimismo de que podría reavivar el sueño que se había apagado durante años, que, con el pasar de los días, se había esfumado para dejar una llama encendida en su corazón. Anhelaba reconstruir una fábula para no escapar a lo que sentía.

Amor.

Un sentimiento hermoso que daba la posibilidad de volver a creer.

Quizás con algunas inseguridades.

Y con una pizca de duda, pero con la certeza y convicción de que, en el corazón, nadie manda.



En la playa *Scala Dei Turchi*, Vincenzo buscaba a Ambra con unos prismáticos. Ella se había ido de excursión con sus amigas. Su madre se lo confirmó cuando había llamado a su casa, ya que Ambra no respondía a sus llamadas. *La Scala Dei Turchi* es un maravilloso acantilado de un blanco inmaculado, con una sinuosidad de forma suave que se transforma en una escalinata de piedra caliza natural.

La temperatura había subido a unos treinta grados. Aquel día, el calor tostaba su piel. Vincenzo vio nadar a Ambra como un renacuajo y decidió lanzarse al agua desde el lado opuesto. Al percibir el impacto del mar con su cuerpo, nadó en profundidad. Cada instante que pasaba, con sigilo, se acercaba más a su figura. Sacó la cabeza para respirar y, a unos metros de

distancia, la observó. Se percató de que estaba feliz, disfrutaba del rato con sus amistades. De nuevo, se sumergió y abrió los ojos; vio que vestía un bikini verde que le quedaba a la perfección.

Se había dado cuenta de muchas cosas desde la noche en que estuvieron juntos en Malta. Una de las cuales era la complicidad que ambos intercambiaban en la intimidad. Otra era que Ambra todavía formaba parte de un recuerdo vivo en él. La quería en el presente, en el hoy, en el ahora. Tomó esa decisión cuando hicieron el amor y, con el transcurrir de los días, se aseguró de ello.

—¡Hola! —susurró al asustarla y abrazarla por detrás. Pegó su cuerpo a su espalda—, ¿te he dicho que el color verde oscuro es el que te queda a la perfección en todo el sentido de la palabra?

—Gracias —agradeció Ambra con una sonrisa de oreja a oreja.

Vincenzo la hizo girar.

Puso sus labios en la mejilla. La achuchó. Lo necesitaba. Aquellos centímetros que los separaban y la forma en que se miraban eran suficientes para entender que había un sentimiento que requería ser alimentado. Con los dedos mojados, le apartó el pelo de su hombro izquierdo y lo besó.

—Te he llamado varias veces y no has respondido. —Captó que su cuerpo se ponía tenso por el contacto de su figura. Se perdió en sus hermosos ojos por el modo en que Ambra lo miraba. Él acarició su pelo mojado hasta las puntas. Se sorprendió mientras percibía que la piel se le erizaba, a pesar del calor que hacía.

—Uy, disculpa, cotilleaba con las chicas.

—Ya veo. —Sus amigas lo saludaron y, luego, se alejaron con la intención de darles un poco de privacidad—. Creo que te faltó algo por decir durante la llamada que me hiciste. —Ambra se puso roja, no quería hablar de ello.

Con una sonrisa maliciosa, él atendió a que contestara. La conocía muy bien. En su fuero interno, sabía que su desconfianza la retractaría. Estaba decidido a hacerla hablar. Notaba cómo se agitaba y evadía su contacto.

Estaba nerviosa.

—Venga... —repuso para asegurarla, así comprendería que aguardaba por ella.

En ese momento valía la pena esperar.

Esperar con la expectativa de un nuevo inicio.

Pese a que su timidez la impedía dar el paso, Vincenzo era consciente de que se convertiría en una chica más segura.

Con una mano acariciaba su cuerpo y con la otra echaba agua en sus brazos y en sus hombros. La oteó y ella esquivó su mirada al voltear los ojos hacia el lado opuesto. Él se dio cuenta de que necesitaba seguridad. La abrazó y Ambra hizo lo mismo.

El roce de sus pieles desnudas alimentaba una sensación maravillosa.

Él agarró su cara para impedir que mirara en otra dirección.

—Vamos, respira y dilo. —Advirtió cómo espiraba el aire para descargar la tensión.

—¿Esto es... un nuevo comienzo por tu parte?

Vincenzo sintió alegría al escuchar cómo aquellas palabras aceleraban su corazón. Capturó el momento en el modo más sublime para dar rienda suelta a lo que podría suceder.

—¿Tú qué deseas? —preguntó, aunque sabía la respuesta. Su cuerpo era partícipe de las sensaciones que él le provocaba.

—Esto.

—Y...

—Y, ¿qué?

—¿Qué más quieres, Ambra? —Ella calló.

Él la incitó con un roce en su nariz. Con la punta del pulgar acarició su labio inferior, mientras despertaban esas emociones que encandilaban su silueta.

Emociones verdaderas.

Emociones maravillosas que sientes cuando te sientes atraído.

Aquellas que evocan sensaciones inolvidables al estar con la otra persona.

Las que intensifican cada caricia, cada roce, para que se quede en el interior para siempre.

Las que incitan al deseo de volver y estar a su lado.

Las que confirman que su corazón sigue latiendo por él.

—Estar contigo para siempre y mantener una relación mejor que antes. —Él sabía que Ambra no era una chica de pasar el rato. Aunque no quería responsabilizarse, no podía perderla otra vez, porque nutría sentimientos verdaderos por su pelirroja.

En medio de aquellas aguas cristalinas, ella recibió un beso como respuesta.

Beso que significaba que el pasado había quedado atrás.

Un beso que demostraba que también él anhelaba estar a su lado. Con la seguridad de que no se iría.

Beso que la sintió temblar, mientras mostraba una sonrisa llena de pasión.

La que lo cautivaba.

Vincenzo tuvo la fortuna de que Ambra lo había esperado y que todavía estaba enamorada.

—Uy, ¡qué cursi ha sonado eso!

Los dos soltaron una carcajada, mientras sus mentes captaban el momento de felicidad.

Felicidad que fortalecía el sentimiento y que lo transformaba en AMOR.

La felicidad que mostraban los dos.

Vincenzo la abrazó mucho más fuerte, con el anhelo de que ese instante no terminara nunca.

Fin

Agradecimientos

Muchísimas gracias por llegar hasta aquí y dar vida a estos personajes con tu imaginación. Durante todo un año, susurraron en mi mente sus miedos, desafíos, alegrías y tristezas. Quería que los conocieras y los sintieras tan intensamente como yo.

Gracias por acompañarlos en esta historia.

Una reseña positiva de un lector maravilloso como tú, ayudará a otros a sentirse seguros al comprar el libro y será una guía hacia una nueva aventura literaria. Estaré muy agradecida si compartes tu opinión, para mí es valiosa y puede marcar la diferencia para muchos. No solo apoyas a un autor, sino que también enciendes la chispa de la curiosidad en otros lectores.

¡Gracias por tu apoyo!

Un abrazo

Sobre la autora



Ada K. Soler, tras este seudónimo se encuentra la escritora dominicana de novela romántica afincada en Italia. Arquitecto de profesión, se caracteriza por su alto sentido de la estética y el perfeccionismo en todo lo que emprende. Es autora de varios [libros](#), entre ellos: «**Tornado**», marzo 2021, «**Cacao para mis nervios**», agosto 2021, «**El Heredero del Palacio**», mayo 2022 y «**El Protector del Palacio**» junio 2022 - **La Bilogía Año del Buey** ambientada en China, «**Tu dignidad vale mucho**», junio 2023.

Nació sumergida entre libros y papeles por la profesión de su madre. Durante los años, y con el deseo de aprender el idioma italiano y el inglés, se convirtió en una lectora políglota empedernida de diferentes géneros (menos de terror). Después de numerosos libros que había leído, comenzó a idear si sería capaz de escribir, desde entonces fue poco a poco buscando información y formándose hasta que un día leyó una frase de una escritora que decía:

«Trust in your instinct write the gender that you like to read».

Adora escribir plasmar en folios todas las ideas que pasan por su cabeza, creando ambiente, atmósfera, escenarios y dando vida a personajes jamás existidos. A través de la lectura y la escritura ella se siente volar, sumergirse en ello le ayuda expulsar el estrés y sobre todo a relajarse. Sin la escritura y los libros su mundo sería totalmente aburrido. Se caracteriza, además por el género romántico, por el de viajes, sus historias se desarrollan en diferentes países y nos lleva de viaje con ellos, descubriendo culturas y la idiosincrasia de sus habitantes. Una peculiaridad de sus historias es, que te lleva a conocer ciudades declarada Patrimonio de la

Humanidad por la Unesco.

Otros títulos de la autora

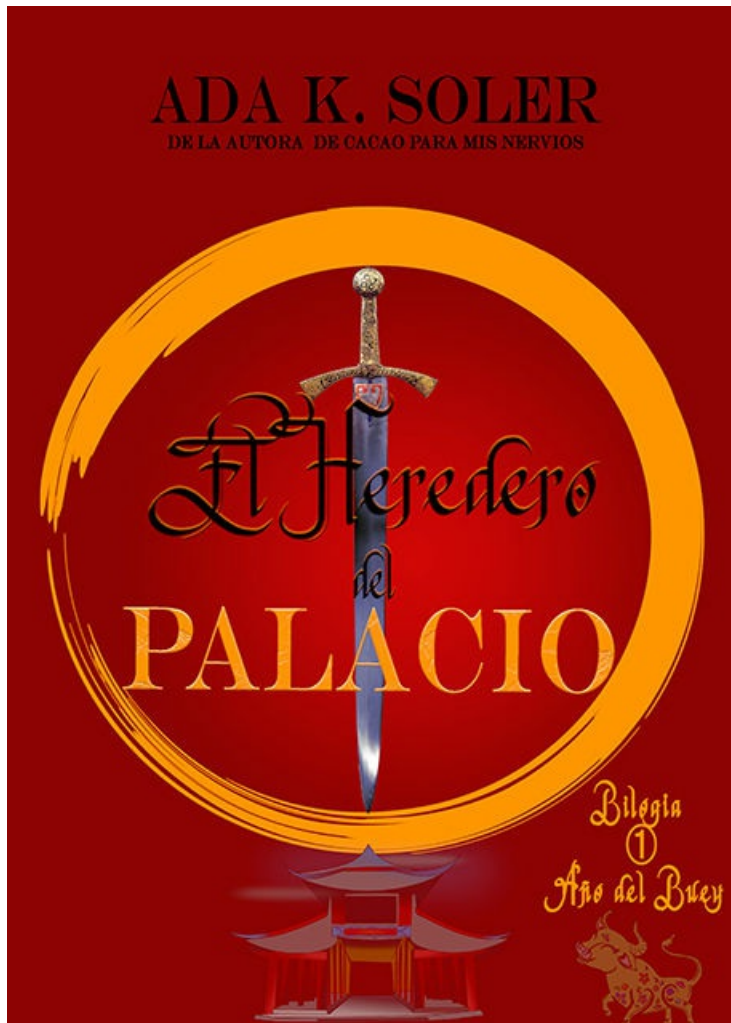


[Sinopsis](#)

Caminos espinosos.
Lugares inadecuados.
Elección de una nueva vida... ¿nueva?

¿Qué pasaría si te dieras cuentas de que por donde pisas está lleno de espinas?
La candidez lleva a Mercedes, alias la Chiqui, a buscar y querer más del mundo. Pero, lamentablemente, su alrededor no es lo que parece. Y más cuando bucea en los peores lugares. Una invitación le crea una nueva ilusión, aunque, pese a su obstinación, no sabe que conducirá sus días a nadar a contracorriente.
¡Solo un milagro podrá salvarla! ¿Cuál será?

Bilología Año del Buey 1



Sinopsis

Un recuerdo funesto,
Un destino inevitable,
Un descubrimiento inesperado.

Kumiko nació en Pingyao, China. Vive en una precaria casa junto a su Madrastra, en la que se siente cómoda, y por lo que agradece tener un techo. Desde que a sus padres los asesinaron, lucha por borrar esa pesadilla que la atormenta. El peso que lleva en su espalda por lo ocurrido la

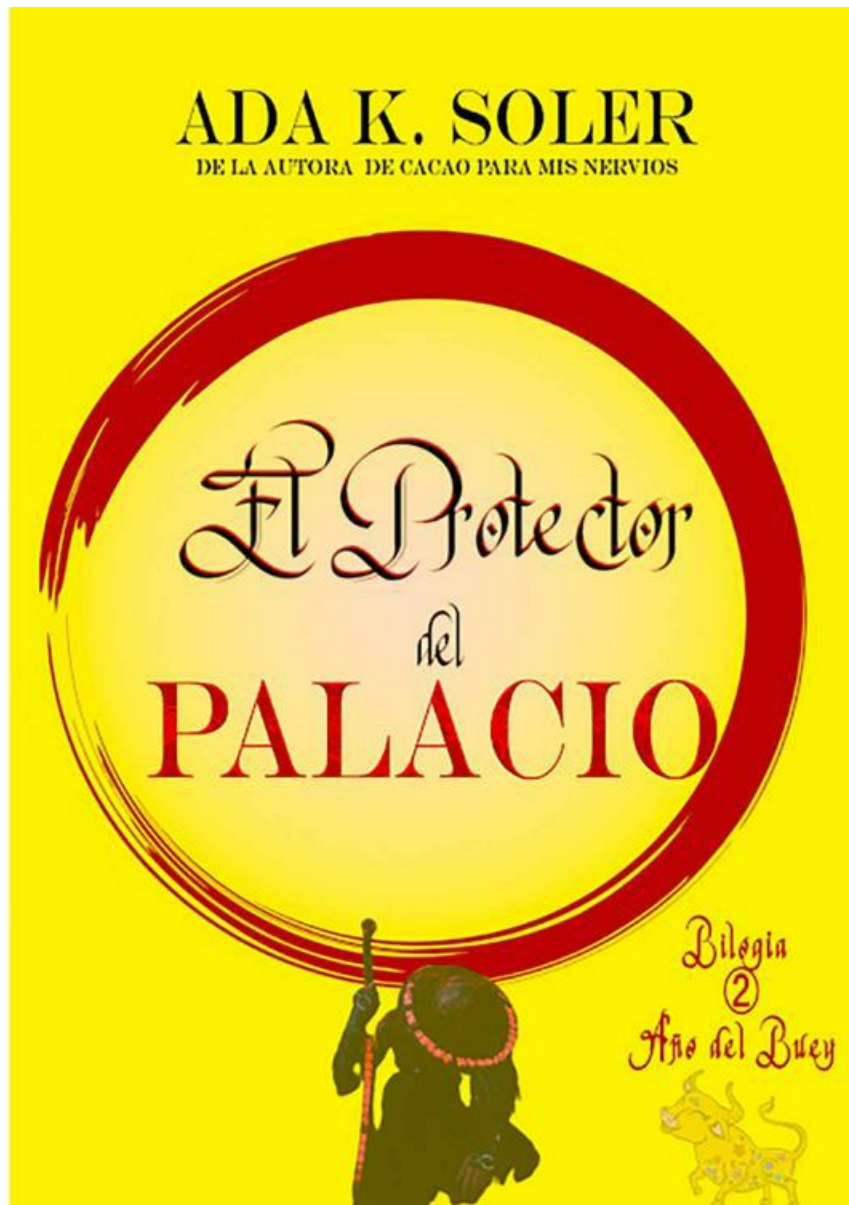
llevan a cegarse completamente y a cometer el más fatídico error.

¿Qué hará Kumiko cuando encuentre al culpable de sus tristezas durante todos estos años?

Wong es el Heredero del Palacio. Al que lo traiciona o engaña no le importa darle el más vil castigo. Nadie puede contradecir las reglas que impone. Ha luchado para llegar hasta donde se encuentra, y no le permitirá a nadie que interfiera en su camino. Solo le falta una cosa en su vida: está trabajando para conquistar Pingyao y manejar la ciudad entera a su antojo.

¿Cómo actuará el Heredero del Palacio cuando la ordinaria de Kumiko se le atraviese en su camino?

Bilología Año del Buey 2



Sinopsis

Un auxilio,
Una disputa,
Un enfrentamiento.

Al Protector del Palacio, titubante, no le queda de otra que salvar a Kumiko. Pero ¿cómo lo hará

si Wong se interpone? Encontrará la manera cueste lo que cueste, o tendrá que dejar que las ratas se la coman en el tétrico búnker.

En su interior sabe que ha infringido las reglas, pues alberga sentimientos por la fémina prohibida, ¡un acto que no quedará impune ante del Heredero del Palacio!

¡Atrévete a descubrir la segunda parte de la bilogía Año del Buey!



[Sinopsis](#)

Dos mundos completamente diferentes.

Dos océanos de por medio.

Dos tribus distintas.

Maryam es una joven asiática, de origen malayo, que creció bajo las duras reglas del pueblo orang asli. Trabajadora e independiente, vive con su mejor amiga, Jiang Li, con quien se aventura en uno de esos viajes que tanto les gusta hacer, esta vez fuera de las fronteras de Asia, lo que, sin entender el motivo, provoca en ella cierto nerviosismo.

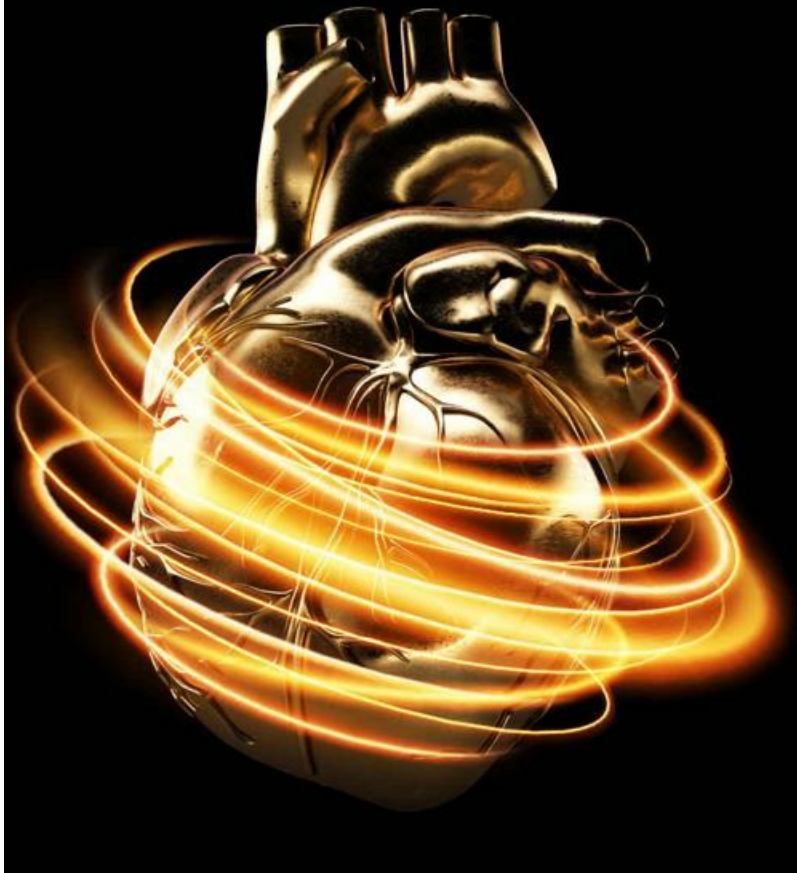
Akud Keita trabaja en una compañía que organiza safaris en su país. A pesar de su dura niñez, fue lo que siempre soñó hacer en la vida y con lo que disfruta cada día de su vida. Cuando ambos

se conocen en una de las excursiones organizadas por la agencia, la magia que siente cuando están juntos lo llevará a recurrir a terceros para poder atraerla hacia él.

¿Será lo suficientemente fuerte el amor como para romper con las barreras de dos mundos tan opuestos?

ADA K. SOLER

TORNADO



[Sinopsis](#)

¿Extraerá la fuerza para alcanzar su objetivo propuesto, el cual se planteó antes de entrar en la oficina, o dejará que el momento funesto por el que está pasando la hunda?

Maite del Llano se encuentra por culminar la carrera de

Arquitectura. Cuando creía que su vida estaba encaminada, un engaño y una noticia desastrosa arribarán derrumbándola.

En la empresa en la cual trabaja recibe la asignación de un nuevo proyecto. Con la obligación y la presión, ¿será capaz de emplear sus habilidades para persuadir al dueño y opulento de la destacada publicitaria o lo rechazará por el acongojo?

Obligada a mantener una relación laboral con Chris del Monte, la puesta en juego que él confabula acaba sin vía de escape. Tendrá que utilizar sus dotes y mover sus cartas con cautela.

¿Con la ansiedad que acrecienta encontrará el modo de poner distancia o su habilidad la traicionará?

[1] *Who is it?*: ¿Quién es?

[2] Pronto: saludo que se usa al contestar al teléfono.

[3] Ambra, sei tu?: ¿Ambra, eres tú?

[4] BDSM: Bondage, Disciplina, Dominación y Sumisión

[5] Cos'è successo?: ¿Qué pasó?

[6] Fatto: Hecho.